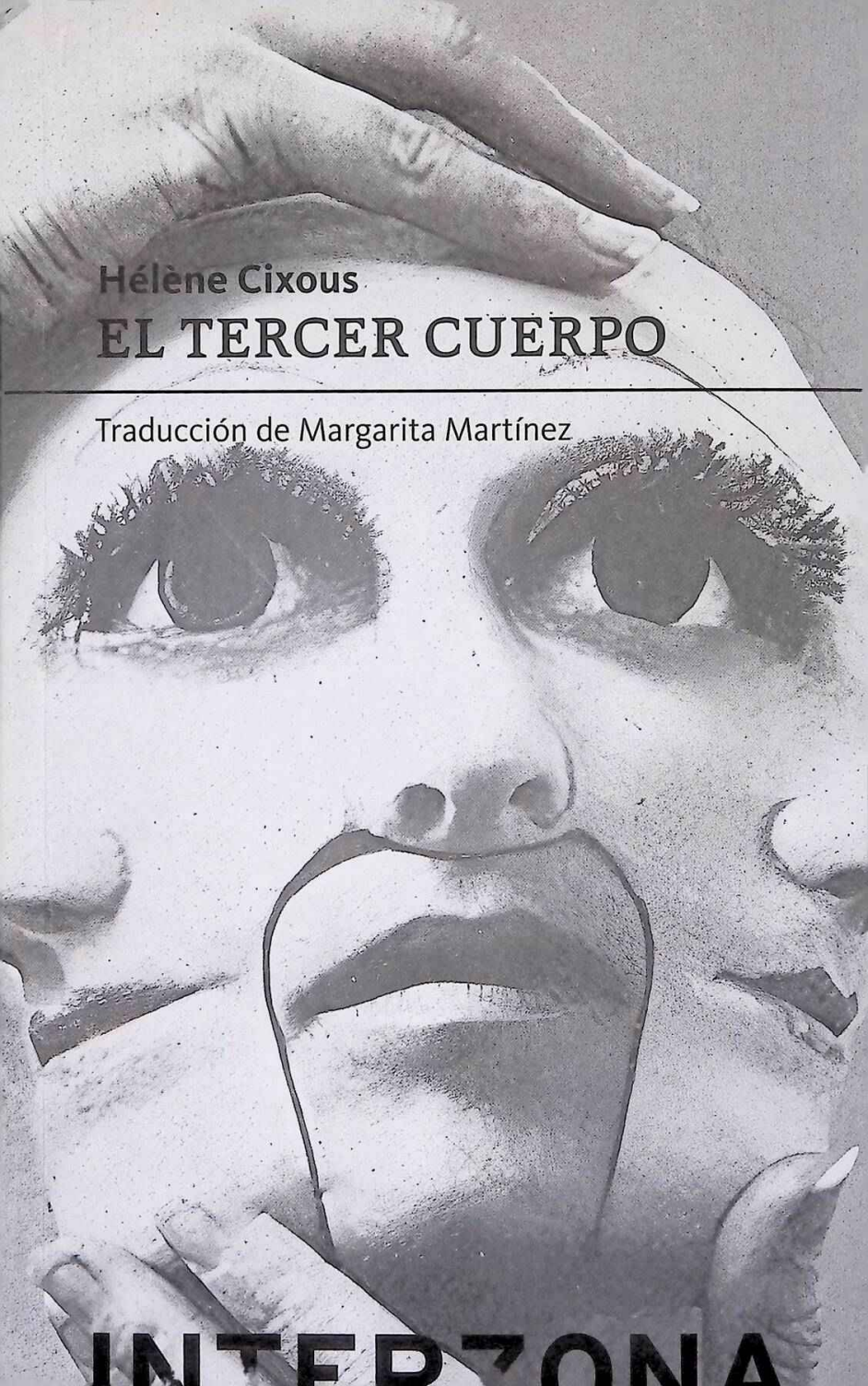




Hélène Cixous

EL TERCER CUERPO

Traducción de Margarita Martínez

INTERZONA



EL TERCER CUERPO

Hélène Cixous

EL TERCER CUERPO

INTERZONA

INTERZONA

Cixous, Hélène

El tercer cuerpo / Hélène Cixous. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2022.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de traducciones)

Traducción de: Margarita Martínez.

ISBN 978-987-790-058-3

1. Literatura Francesa. 2. Narrativa. 3. Narrativa Francesa.

I. Martínez, Margarita, trad. II. Título.

CDD 843

© Éditions Des femmes-Antoinette Fouque, 1999

© de la traducción, Margarita Martínez, 2022

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Traducción: Margarita Martínez

Corrección: Florencia Piluso

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Luciano Páez Souza

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Ilustración de tapa: Máscara utilizada en la primera representación de *Jacques ou la Soumission* de Eugène Ionesco, anónimo, 1955

ISBN 978-987-790-058-3

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Durante mucho tiempo cerré los ojos cuando se iba y me quedé con los ojos cerrados cuando hacíamos el amor. Me pasaba entonces, en aquellos años en que él estaba tan cerca o bien tan lejos, que me perdía en un sin-lugar sin-edad donde ya no sentía nada. A veces me invadía el sueño. Entonces soñaba que se iba, lo veía partir con minucia, y esa partida en detalle me desgarraba la carne de los ojos, tan minuciosamente que mi dolor por saberlo yéndose y mi dolor por verlo partir apilaban mis huesos y laceraban mi piel, y sin embargo lo veía irse, con la espalda chorreante de sangre. Lo veía partir. Entonces los brazos, las piernas, que me pertenecen cuando él está ahí, se me arrancaban para lanzarse sobre él. No busco retenerlo. Pero él está en mi carne, está en mis ojos y es el tuétano de mis huesos. Al irse, él me alejaba de mí misma que no se iba con él salvo por aquello que, en mí, es inmóvil, y si hubiera tenido los ojos abiertos, habría visto su espalda chorreante de sangre. Sos el tuétano de mis huesos. Sos mi carne. Uno de nosotros creía morir con cada partida. Uno de nosotros sabía que no era la muerte sino un dolor igual de vivo y completo como es el cuerpo de quien se iba, como el cuerpo de quien quedaba, idéntico a ese cuerpo, un cuerpo en dolor de ausencia violenta. El cuerpo y el dolor se conocían, y a fuerza de mezclarse, se fusionaban, se designaban por medio de las mismas palabras. Una nueva homonimia había nacido de ellos, a través de su voz o de la mía, sin distinción: "¡Mi brazo!" quería decir también: me duele el brazo (el tuyo, el mío). ¡Oh, mi boca, mis labios, mis dientes y mi lengua! era: salvé mi boca que

es para vos, y mis labios secos, humectalos, y separá mi lengua de mis dientes que la muerden para que no grite todavía oh, mi boca, tus labios, la lengua que me llega de vos para acusarnos mejor de tener cada uno todavía estos labios aquí, estos labios allá, mientras que hace mucho tiempo que no tenemos sino una sola lengua para interrogar y para responder. En cada partida: había que creer en lo increíble, hacer lo imposible, separar el tuétano de sus huesos, y sin embargo caminar, dejar pasar la sangre aquí, hacer latir el corazón allá. Y ver la sangre, el corazón y el tuétano dentro de los huesos. Tener en los ojos el fluir, el latido, la trituración.

Hubo una semana de octubre que fue parecida a una larga e invencible llegada, tan fuerte, prolongada, infalible, tan vibrante a través de todos los sentidos satisfechos sin descanso, que todo habría podido cambiar, y cambió muy probablemente, una semana inesperada, no obstante. Nada lo había anunciado, no lo habíamos preparado, no lo habíamos esperado ni siquiera imaginado. Al menos ni uno ni otro había detectado una huella o signo precursor. Ese momento nos llegó al cabo de varios años, múltiples meses, innumerables días, todos diferentes, con su nombre, su cifra, su gusto singular, y esto en común: todos terminaban con una partida, y cada vez había esa sangre y ese terror en mayor o menor cantidad. Se terminaban, a veces, en una hora, a veces en un minuto, a veces en varias unidades de dolor (horas, días, noches, semanas). A través de una puerta, una boca del metro, un giro en una avenida, una espalda. Hay que arrancar el final como si fuera un apósito: arranque breve, seco, quemadura breve, brusquedad de las necesarias. Teníamos uno con el otro asperezas lamentables. Él había pulido mis desapariciones: yo iba a refinar el método hasta el extremo punto del gesto, hasta el dominio inimitable de un suicidio sin muerte; supe desaparecer de modo tan fino que él no podía todavía dar crédito a sus ojos. Había llegado por fin a tal perfección que mi desaparición desaparecía. Las huellas de mi desaparición

expresaban una indiferencia resuelta respecto de los acontecimientos exteriores, el ojo que miraba directo a su ojo daba testimonio de una visión punzante y extraordinaria, penetrante, que al grabarse sobre la retina dispuesta procedía al repliegue rápido de los pensamientos sobre uno mismo. En suma, mi desaparición se hacía prever por una última mirada ahí donde estaba establecido que todo estaba en orden, porque ella *era* pero no se la podía ver, porque se absorbía a ella misma. T. t. estaba persuadido de ser el lugar de mi desaparición, y me pasaba que lo sentía como tal: pero era solamente en el instante previo a mi reaparición cuando reconocía, por la forma de sus paredes y el olor de sus tejidos, la caja torácica en la cual yo palpitaba, y eso no duraba nada, porque desde el momento en que abría los ojos, mi desaparición había desaparecido, cortada de la memoria de mis sentidos tan al ras como un sueño.

Ese año de octubre fue triunfal: no dejábamos de llegar, la llegada se desplegaba hasta los brazos del otro; repercutía, resurgía, mientras que las desapariciones eran ejecutadas tan notablemente que no las sentíamos siquiera: sabíamos solamente que las atravesábamos a causa de esa llegada propagada, sonora, embriagadora, perfumada, multiplicada, nutrida de ella misma, estimulada por todos los músculos juntos, pero saboreada lentamente. Y no había ni una gota de sangre. Habíamos descubierto el secreto de la llegada al mundo ininterrumpida. Atravesábamos el tiempo como si fuera La Madre Dios¹, figura cómica, protectora, vetusta, ambiciosa, no peligrosa, desbaratada. Sin apurarnos, *lente festinans*. T. t. cortó al pasar los cordones falsos que habían amenazado con

1. *Dieu la mère*, figura de ciertas corrientes del gnosticismo que reivindicaban el carácter doblemente sexuado de Dios (con atributos masculinos pero también femenino-maternales), fue retomada por algunas místicas medievales como Julian of Norwich; no obstante, en la religión cristiana como en los otros monoteísmos, Dios presenta atributos paternos y masculinos. (N. de la T.)

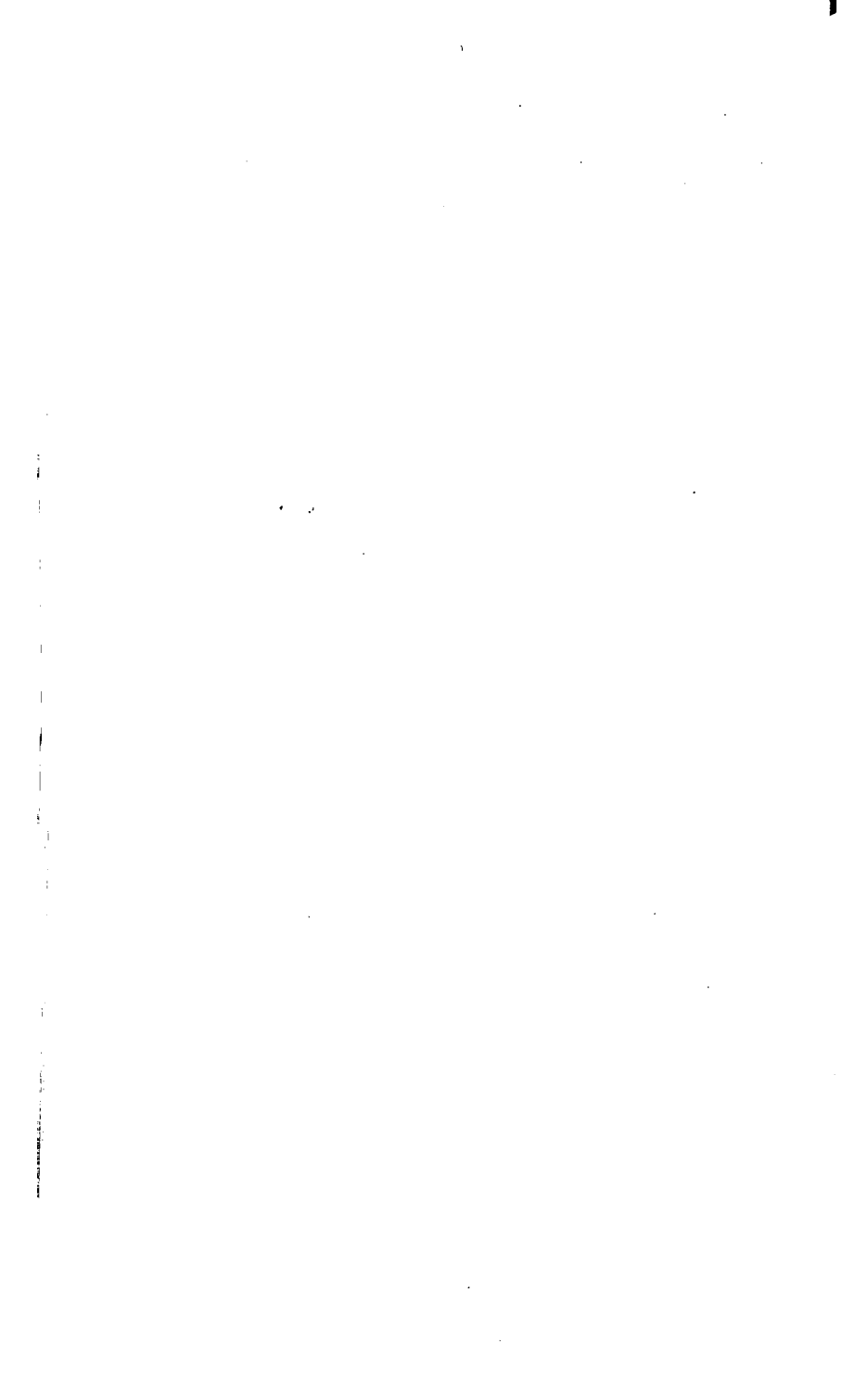
estrangularme mientras que yo estaba resignada a la permanencia de sus nudos, de tan antiguos que eran, y de tan inamovibles que me habían parecido. Y nada, no había ninguna razón para esa revolución, en todo caso ningún signo visible. Oh, Plenitud adorable de ese lunes grávido de un martes que nos dio el miércoles que nos abrió el jueves que nos depositó cerca del viernes que nos dejó en la luz apabullante del sábado. Días altos, de apuestas sostenidas, fuerzas alternadas. A veces me precedía con una alegría, a veces yo posaba nuestro primer paso del día. Me llegó al final desde los ojos, y esos ojos estaban desnudos. Con esos ojos vi primero sólo sus ojos; por extraño que parezca, todavía no había visto verdaderamente sus ojos con tanta precisión, ni su dominio y su potencia y su irradiación. Cada una de sus miradas es incluso una mirada y otra mirada, y no tengo bastantes ojos para verte. Jamás había entrado en sus ojos y me era imposible entrar sin hacerlos reventar: era la profundidad prohibida, y sus ojos no tenían una voz que, surgida de sus trasfondos, me hubiera tranquilizado, tenían una claridad, una transparencia que demostraba que tenía que haber una manera de verlo ahí a él. ¿Qué rostro, qué cuerpo me esperaban? ¿Acaso podría mirar su cerebro como si viera en él los signos de sus ojos? Mis ojos nuevos eran, lo he dicho, penetrantes. Se abismaban en todas partes con un tan enorme apetito de ver el interior como por el abismo que se construían, arqueados, y huecos, con todas esas cavidades que nos servían de lechos, de estancias explorables, mal conocidas hasta ese momento porque nunca habíamos pensado que íbamos a encontrarnos en ellas; en cuanto a mí, cada vez que se había presentado un vacío siempre había cerrado los ojos, y cada vez me había caído adentro, estaba claro, dentro de la negrura del miedo.

Franqueamos todo, zanjamos todo, soltamos, lanzamos, disipamos sábado octubre mañana por encima de septiembre, por encima de agosto, que habíamos escrito *Osto* desde hacía años, a-meses

[*a-mois*], agujero dentro del año donde no podíamos vernos. Con todos esos *ostos* habríamos podido armar un año monstruo sin astros, completamente exorbitado, que habríamos guardado para después. París era *osto* a causa del día, un sábado, del color del día, azul-azul, de la extensión de las avenidas que atravesamos en todos los sentidos, que dimos vuelta, de las que divergimos, salvajes, ladinas. Corríamos, nos mirábamos correr. Nos vestimos, nos miramos vestirnos en los espejos de las casas de ropas [*habilleries*], él más grande, yo más chica, pero con la misma piel dada vuelta, extendida, oculta, descubierta. Pintársela, grabársela, tocársela. Gastos [*dépenses*], toma [*prend*], toma, toma, tomamos todo, toma toma, prendemos fuego², tomamos aire, tomamos el el, toma toma toma, todas las imágenes, las tallamos, las intentamos. Y eso prende³; la alegría prende, en el fondo. Prendió. Después vamos a ver el departamento Día bendito. Contamos los paneles de vidrio en el departamento, hay 365 y es natural. Lo señamos [*on le prend*]. Hace mucho tiempo que tenemos el apoyo de las cifras.

2. Se trata siempre del verbo “prendre” (tomar, pero también “prender”, como en el caso del fuego). (N. de la T.)

3. Ver nota anterior. (N. de la T.)



A mediados de octubre sábado quebrado, sembrado, como ayer y ayer de ayer, hace tanto calor que nacen moscas. Entra una abeja a la habitación. El cielo se oscurece, en todo el sentido de la palabra. Mi desaparición se adelanta como una figura de sueño y de pie junto a él la contemplamos venir dejarse ver para hacerse abolir por nosotros. Viene de ahora que no sabe dónde meterse. Sin apuro, porque ya es la sombra de ella misma y ella misma no sabe dónde posarse y entonces zumba dentro de la habitación donde sábado está grávido de lunes. Finalmente me atrevere a percibir mi cuerpo perdedor, mi cuerpo sangrante de partidas. Es alto y esbelto, con los cabellos negros ondulados, la cabeza inclinada, la curva de sus párpados no es la mía: es él quien baja los ojos en el camino.

Uno junto al otro, y la miramos: entiendo que sonreís, mi mejilla, mi sien me dan aviso. Estamos felices porque ya no somos miembros de lo cotidiano. Aquella que viene hacia nosotros con ese paso que no sabe dónde posarse es una figura de sueño en pleno mediodía. Pero ahí donde no dormimos no existe día que nos retenga o que nos engañe para que lo tomemos por un modelo de siempre.

Crecemos, bajo la mirada uno del otro.

El pie izquierdo pisa adelante, y el derecho se dispone a seguirlo, pero no toca el piso sino con la punta de sus dedos, aunque su planta y talón se eleven casi verticalmente. Ese movimiento de la

desaparición que se prepara para desaparecer nos retiene, nos seduce. Hoy la distancia nos ofrece la belleza de nuestras formas vistas desde cada vez más lejos. Mis ojos a veinte metros lo acunan, a diez metros lo ciernen, a cinco metros lo cubren, a tres metros lo acarician con una única caricia desplegada. Ahí. No te muevas, no te muevas, mis ojos están colmados y abiertos. Ojos colmados de tu carne, vientres iluminados. Avanzá, lentamente, no te detengas, sí, avanzá, suavemente, un poco más, un poco más, ah, voy a desaparecer, crecés, no veo sino un pedazo de vos, pronto veo operarse la desaparición, pero qué importa entonces, la veo a través de su pecho donde estoy. El movimiento que él veía cuando mis ojos se acercaban a él expresaba a la vez la soltura ágil de una joven mujer caminando y un reposo seguro de sí mismo, un no-reclamo, que le daba, combinando una suerte de vuelo suspendido con una marcha firme, el encanto despojado de los seres que no tienen miedo de pasar.

Es lo que le digo a T. t., entonces: mi desaparición tiene el andar calmo de quien no tiene miedo de pasar. Estas palabras no estaban separadas. Me habían sido confiadas en una sola frase pulida, colmada, que inmediatamente le había pasado a T. t. Sobre ellas (esas palabras), tuvo lugar mi desaparición.

Ya no me acuerdo del pasaje.

Por la noche, L. vino a traerme algunos libros, difíciles de encontrar antes del advenimiento, y no pude evitar contarle la historia de la mosca, que me parecía que simbolizaba de modo agradable nuestro ser juntos, en una discusión matinal, antes de nuestro tránsito a través de la ciudad, y que trataba sobre mi dificultad para controlar mis gestos cuando los hago al borde del sueño, que se había agravado de modo sorprendente en esas últimas semanas. En efecto, me había pasado dos veces que me había entregado a

un acto inhabitual, banal sin duda, pero impactante en razón del momento en el que se había impuesto: me despertaba con un sobresalto en la habitación a oscuras animada por oscilaciones imperceptibles. Mi reloj marcaba una hora que desencadenaba en mí el nuevo día. Entonces me apuraba en llamar a L. por teléfono, según una promesa amistosa que había convertido ese acto en un ritual. Me atendía una voz dulce, me preguntaba sin impaciencia o sorpresa, con inflexiones de voz tranquilizadoras, me preguntaba amablemente quién era y qué pasaba. La primera vez había sentido una emoción tanto más violenta cuanto que todo me hacía dar cuenta de mi error, y sin embargo estaba convencida no solamente de que conocía la voz, sino también de que adivinaba algo, no sabía qué, y de ahí su calma y solicitud, y sin embargo yo no había puesto ningún nombre y no veía ninguna imagen, sino que me sumergía en un silencio ávido, escuchando, buscando, finalmente la escuché callarse como lamentándolo pero sin amargura. No llegué a decir quién era yo, ni a saber quién era ella. Y era yo la que cortaba el teléfono; ella esperaba. Sentí un rapto de amor loco por ella, la certeza de que mi error era la pantalla de una verdad. Pero ignoraba mediante qué números la había contactado. Y realmente me había equivocado de hora, era de noche, el día y la hora de empezar todavía estaban lejos, y cuando por fin me rodearon yo ya no estaba segura de nada. Recordaba que en otra vida a la vez lejana y cercana había amado a una mujer sin duda de más edad que yo, que todo lo sabía todo; más exactamente recordaba que ella me había amado “a pesar de todo”.

Durante la noche siguiente, otro llamado: soy llamada a llamar, pero esta vez, por suerte o mala suerte, no escucho la voz paciente; escucho los timbres de la campanilla del teléfono que atraviesan con una violencia súbita mi piel de sueño, y que empujan mi conciencia como se arroja a un indeseable a la puerta. Al caer me veo marcando un número que se deletrea a medias bajo mi índice

tembloroso, pero me aplasto sobre un despertar rocoso que interrumpe el gesto vidente. Permanecen en mí las cinco primeras cifras y la esperanza de que, si ella no atendió, es porque quizás no haya escuchado, y entonces es como si yo no hubiera hecho nada. 53333. No le hice nada malo. Recuerdo su dulzura. No le dije quién era porque no sabía entonces quién era, y en ese momento en que le explico a T. t. que tengo miedo de hacerle daño a alguien que amo mientras duermo (develar, matar, derribar, denunciar, todos los demonios están dentro de mí en el infinitivo de amenaza), leo en sus ojos tensados hacia mí con todas sus pestañas, que él conoce el número de la voz paciente. Estamos sentados con las piernas cruzadas cuando le digo 5, 3, 3, 3, 3 y lo repito, asombrándome por escuchar recién en ese segundo la multiplicidad de los 3. Me lo digo a mí misma 533, 33, 33, 33, esto pasaba en 533, a 533 grados en la escala de Jacob, tengo 3 años, tengo 33 años, él tiene 53 años menos 3, no era una abeja sino una mosca que planeaba frente a nosotros a un altitud de 33 sobre el nivel de la madre⁴, aquella que me habló alguna vez. Y he aquí que me vi invadida por un presentimiento: ella se acerca, me parece —digo— que el teléfono va a sonar, estoy poseída por una exaltación análoga a la que siento cuando repaso mis sueños, mi corazón se desplaza, se corre a la derecha, se enrosca en el centro, se tensa.

Con la boca abierta, con los ojos abiertos, con las manos abiertas, como si estuviera en una misa ansiada. La mosca se me mete en la boca. Ostia alada, muy pequeña pequeña p..., ¿qué haces? Habría podido volver a la alfombra, y hacerla volver a ella, toser, escupir, sacarla con la misma fuerza sin brusquedad que ella mostró al lanzarse sobre mí, pero era tan pequeña, y lo que nos sucede es tan grande. Me repugnaba interrumpir el curso de nuestra historia

4. *Niveau de la mère* en el original, en un evidente juego con “niveau de la mer”, el nivel del mar. “Mère” significa madre. (N. de la T.)

feliz donde alcanzábamos los extremos y nos acercábamos a todos los misterios para anunciar ese hecho innegable e insignificante que era que me había tragado una mosca. Enunciado inexacto y no solamente impertinente, por otra parte: no era una mosca común y corriente, ella (o *él*) era más chiquita y más movediza que lo que llamo una mosca, y la fineza colorida de sus alas la hacían parecer esas ínfimas maripositas nocturnas de color verde almendra, libélulas reducidas a dos milímetros que son tan devotas en septiembre. Además no estaba segura de habérmela tragado, simplemente había desaparecido en el momento en que estaba tan cerca de mi boca que no podía haber otro lugar de desaparición, ya no estuvo afuera de mi boca, de pronto, siguiendo el modelo desnudo de mi propia desaparición de pie ligero. Sentí apenas después una imperceptible irritación de la campanilla, lo que me hizo pensar que había pasado por ahí. No iba a hacer una historia de eso, ni iba a destinarle a una mosquita el tiempo de una frase. Tragué. Qué felicidad tan conocida y sin embargo única escuchar la voz alegre de T. t. decirme, perra de caza alegre y jadeante: ¿no era acaso 533 33 13? Sí, sí, 13, es ella, ella. ¿Quién? Me lo dijo con efusividad, con la pasión del juego de la pasión y estoy colmada de espanto, de miedo, no sé, lo que escucho me deja paralizada, me hiela, no puedo evitar volver a mis primeras sospechas y temer la incursión dentro de mí del demonio Develar, mi alegría ahora está entrecortada por la vergüenza, pienso con temor, desde la punta apenas perceptible de una pregunta que no se quiere desplegar. Pero lo que importa es la actitud de él: en efecto, está feliz. Ningún emisario del trasmundo opacará jamás su alegría. Lo que nos llega, cualquiera sea su origen, se convierte en algo bueno cuando nos aborda. Él está feliz, me asalta con un sinfín de preguntitas extrañas, cómplice encantado de Develar, hasta que yo misma me maravillo de ese acto cuyo desafío es ciertamente la diferencia entre la vida y la muerte, entre el conocimiento y la ignorancia absolutos.

Después cortamos París de frente y obtuvimos todos nuestros reflejos en las casas que venden prendas de vestir [*habilleries*], pero ahí es cuando la (o *el*) mosca volvió. Primero uno siente una irritación ligera, nos rascaríamos si pudiéramos alcanzar ese punto del gaznate uno se toca la garganta. Me preguntaba si la mosca se habría “posado” en alguna cornisa oscura y púrpura de mi garganta. Después todo se aceleró: primero alguien me seca la garganta lo bastante rápido, alguien quiebra mi voz que se convierte en tiza alguien prende fuego. Ya no puedo hablar sino mediante signos, y apenas respirar. Beber. Diagnóstico de una muerte estúpida. Coca-Cola. Moraleja: las leyes de lo arbitrario. Un crítico dijo que en mi último libro se veía “el hormigueo de las anotaciones precisas sobre las cosas de la vida más cotidiana”. No se debería decir en un libro que uno ya ha escrito un libro. Hay es necesario que haya una ley que deba penar este tipo de adulterio. Cito esa frase por su alta tasa de brotes de sentido, al menos para mis oídos. Entonces que haya llegado a serme susurrada me parece completamente pertinente. Primero a causa del misterioso sintagma “las cosas de la vida *más cotidiana*” (la menos cotidiana, y la más o menos cotidiana, y todas esas capas de vida donde no recuerdo jamás haber dormido). Luego a causa de las hormigas asociadas con las moscas y las tijeretas. Las hormigas hormiguean afuera, llegan a uno desde afuera. Cuando uno tiene hormigas en los miembros se van por sí mismas al cabo de un cierto tiempo. No hay nada más repugnante que esas colonias de hormigas negras que se trepaban sobre mi lecho de enferma hace algunos años, silenciosas, tan rápidas que su movimiento era fluvial, un agresión dividida al infinito que apuntaba a cada célula de mi epidermis, que me despedazaba y no en partes imaginables y tradicionales (tronco, miembros, cabeza, diversos órganos, esqueleto) sino en millones de parcelas de carne, obligándome a imaginar mi desintegración última. Una hormiga

no la contiene a una, no puede devorarla por completo. Hacen falta millones de hormigas. La mosca era diurna, activa, única, respetable e incluso bastante linda; realmente formaba parte de la vida (...) cotidiana, era uno de esos signos anónimos del ciclo de las estaciones. Es cierto que al negarme a escupirla, y a comentarla en circunstancias no cotidianas, más bien nocturnas por su causa, elegía admitir la existencia material de mi cuerpo sin darle el privilegio de la intervención, que no habría dejado de ser invasiva, hormigueante, algo que lastra.

Pero: victoria de la existencia, de lo concreto, de lo muy cotidiano. El yo-estoy-ahí de la mosca me había cortado esa respiración divina, profética, encendida por las cifras, una hora apenas después de mi decisión de anular sin decir palabra hasta la huella de esa efímera y singular existencia. La relación mosca/Coca-Cola, en su banalidad, no carecía de analogías con la imponente simetría de la relación vida/defunción. En mí sólo se había operado la absurda separación entre géneros y estilos. Felizmente estaba ese París surcado, sembrado, estaba la historia del 533-33-13, está la sonrisa de T. t. de un lado y otro de lo cotidiano, él me recuerda lo que nos ocurre, cualesquiera sean su origen y valor aparentes, y es algo bueno para nosotros. Vio a la mosquita debatirse, después la vio desaparecer dentro de mi boca y suave, pacientemente, esperaba que volviera a aparecer, un día o nunca, a través de lo más cotidiano, algún signo vital de la mosquita. Porque todo lo que existe, incluidas las hormigas y moscas, las cifras y las palabras, nos interesa.

Esto fue lo que contaba a L. subrayando sobre todo la constancia delicada de nuestro ser-juntos: saber luminoso de todo lo que pasa a través de nosotros, a nosotros, de lo más pequeño a lo más inmenso, etcétera.

Lo que ella me trajo fue la *Gradiva* de Jensen⁵, en aquella edición agotada que lleva las marcas conmovedoras de las circunstancias de la impresión, apuro y distracción nacidos de la guerra, generadoras de una cierta confusión y de una cantidad bastante alta de erratas que estaban marcadas, a las que se agregaban algunos errores que habían pasado desapercibidos. Me pareció que: hasta esa noche, momento en que examiné el texto, nunca me había preguntado por el nombre vuelto título: la *Gradiva*; nunca la había leído, nunca la había escuchado narrar. Y había esperado leerlo, sin saber si estaba esperando leerlo (al libro, él mismo leído por Freud) o si estaba esperando leerla (encontrarla, pero ¿a quién?).

Tenía ganas de leer la *Gradiva* de un rapto, durante la noche, en mi cama; me prometía un placer breve e intenso.

Me daba igual, habría prescindido de eso, no lo había buscado.

Era alguien diferente de mí, de lo cual habíamos hablado.

Mi lectura no carecía de motivos más allá del libro: me distraería allí de los mordiscos del tiempo de separación. Canalizaría en ese libro mi impaciencia. Arruinaría la fuerza inutilizada en ausencia de T. t.

Estaría donde no estoy. ¿Qué es lo que él hace cuando no está?

5. La novela de la que se habla es *Gradiva*, de Wilhelm Jensen (1837-1911). Publicada en 1903 y analizada luego por Sigmund Freud en un texto que la hizo célebre, el relato terminó "bautizando" un bajorrelieve romano neoático que representa, en uno de sus fragmentos, a una mujer que camina alzando los pliegues de su vestido mientras levanta el pie derecho dejándolo apoyado únicamente en los dedos. (N. de la T.)

Hago la *Gradiva*. Iva. I. va. Esa palabra es detestable. Hacer de ella un verbo innoble, obsceno, imperativo: gradivemos. Avidarg, son las doce del mediodía, la hora de lo pesado [*l'heure du gras*]. Divagremos, Radivag, es medianoche, la hora de la Diva.

* * *

Felizmente él no leyó la *Gradiva*. ¿Sos feliz? Sí. ¿Sos feliz? Sí, oh, sí. Una palabra que habitualmente me transporta, sinónimo de su sujeto, él es Feliz. ¿Quién es él? Feliz. ¿Qué es? Es Feliz, aquel que dice serlo.

Norbert Hanold (Viejo gallo) le pide a la jovencita si quiere recostarse de lado en las baldosas antiguas, abandonada, mortal, en la posición que tenía cuando él la siguió en sueños hasta ese lugar donde ella se había tendido, con calma, con la misma seguridad inescrutable que cuando caminaba *lente festinans* para que la muerte la tomara dulcemente y no la abandonara nunca más.

Ella no dice que no. Desaparece.

Norbert Hanold le pide a la jovencita que se recueste para él, incluso se lo va a suplicar con un ardor visionario, porque si la jovencita repitiera la escena del sueño, él la reconocería, estaría seguro de que era ella a quien la muerte había tomado bajo su mirada, sin que ella se encabritara o intentara liberarse; entonces, si la jovencita quería efectivamente prestarse a la muerte, entonces él podría dar crédito a sus ojos y ella no tendría necesidad de morir realmente, porque le bastaría con imitar la posición mortal para que él estuviera seguro de ver a aquella que ya había visto, y si los numerosos pliegues de su vestido se desplegaran como los pliegues del vestido de la otra, entonces sería porque su cuerpo es el mismo,

y él había contemplado tan bien a la otra que cada pliegue quedó grabado en su memoria, porque tiene el ojo entrenado del arqueólogo que conoce la granulación de las piedras y los granos de polvo y las curvas secretas de las inscripciones, si se verificaba por medio de cien pruebas concretas que ella era, en efecto, la misma que se había ofrecido sin vacilar a la mortalidad, eso probaría que, él sería tan Feliz, querrá usted hacerme el honor, la alegría, el favor de acostarse aquí, dándome la espalda, con las piernas apenas flexionadas, con la cabeza inclinada (porque aquello que vuelve a la memoria es el pasado, es repetición dirigida hacia el pasado, mientras que la repetición propiamente dicha es un fenómeno de memoria dirigida hacia el porvenir) –pero él se acuerda de ella en el futuro, señorita, podría usted morir y después volver, después más tarde si usted quiere, morir y entonces volver, etcétera...-. Yo sería tan Feliz.

Y ella no dice que no, desaparece en el presente no se sabe cómo, y sin recostarse ni morir.

* * *

Caminamos por un sendero angosto. A veces, el camino se reduce a un itinerario abstracto desligado de la tierra, y suspendido, lejano, hasta que se pierde de vista en un entramado vaporoso por sobre los abismos, los precipicios, donde sé que alguien camina, quizás yo aquí, pero estoy lejos de la cumbre, todavía estoy en esa escena previa, igualmente escarpada y sin horizonte real, porque aquel que veo a lo lejos es ilusorio. Solamente es verdadero lo inmediato, el angosto camino en espiral en el flanco de una montaña ancha pero poco elevada, cómica entonces mítica. Él va adelante, yo detrás de él mientras que en otra parte, más abajo, me veo obligada a

deslizarme fuera de la escena [*hors de Vinscène*]⁶ a través de cortadas angostas dentro de un enrejado que está cortado en seco, sin terminación, y cuyo perfil afilado (vidrio, acero) me despellejará, me cortará. Cuando protesto y digo que hay de qué (morir), alguien detrás de mí me corta la frase y dice en lugar de eso: hay con qué desgarrarse la ropa.

Detrás de él cuya espalda veo, en un lento ascenso. Ella es la cara, él es la espalda de un ser visto por ella, y constituido por una inconcebible espalda con cara, un ser que se abre en su faz externa, cerrado y enredado por sus paredes internas. Ella desea el delante de él. Tiene la espalda.

* * *

Sabadodomingo pegados espalda con espalda, con los rostros destripados, puré de horas, animal desmenuzado, sin piel de noche, tiempo crudo sangrante, víscera roja atravesada por sacudidas, cuerpo de cuerpo monstruoso que despliega sobre mi cama sus acoplamientos destructivos de los cuales soy testigo en náuseas, el actor enfurecido con una fuerza culminante, el espectador rechazado, derrotado, pulverizado, a veces expulsado del lecho violento, a veces arrojado allí para ser nuevamente pasado por la picadora, excoirado, soñado hasta el final del túnel que pulveriza y del cual salgo reclamando el final del sueño, un reclamo que es escuchado por el sueño y lo relanza, y mientras que acuso al sueño de ser impostor, simulador, relapso, mi acusación se sueña acusada, me empuja hacia las fauces rojas que plantan sus colmillos en mi garganta, me desprendo estrangulando con gran dificultad las

6. *Hors de Vinscène*: “Vinscène”, neologismo creado a partir de vin + scène responde fonéticamente a Vincennes, barrio parisino donde se sitúa la Universidad de París VIII donde estudió Hélène Cixous. *Hors de Vinscène*, este “fuera de escena”, supone también un *hors de Vincennes*, fuera del ámbito académico. (N. de la T.)

fauces y, con una mano repleta de sangre, busco, toco, enciendo. De inmediato él me dice: "Apagá la luz. Quiero ver la noche". Me da una orden. La apago y le cuento mi sueño en voz baja, pero ya no sé en qué día estamos y reflexiono acerca del tiempo pasado en la picadora. París está lejos. T. t. está lejos. París está en brumas. La última vez que vi a T. t. él sonreía. Todo estaba en orden. Y es ahora en este instante por primera vez entiendo, como si estuviera escuchando hablar de ella, nuestra separación. En mi sueño, en el cual había olvidado que habían pasado infinitas duraciones de tiempo, yo había vuelto sin saber al tiempo previo. De inmediato me voy a despertar vieja y él estará muerto, y en verdad yo también muerta y ya muerta si no siguiera soñando. Mientras que no se haga de día. ¿Pero qué día? Hay momentos en los que me pregunto: ¿pero a dónde se fue la existencia? Como ahora, cuando respirar todavía una vez más se convierte en casi imposible, cuando la próxima inspiración es incierta, cuando mis pulmones plegados no recuerdan ya el gusto del aire, cuando voy a morir dentro de este sueño que siento que me sueña y, de despertarme, despertarme muerta.

La situación es la que es. A veces se invierte y veo la otra cara, y ni siquiera puedo imaginar lo que había dos minutos antes, y sólo mi cuerpo queda de ese tiempo que había antes, hace dos minutos tan profundos. Quedan también: la cama, la habitación, la lámpara, las frazadas, las ropas, varios centenares de pruebas e indicios frescos y fríos, cenizas de sus cigarrillos. Queda la *Gradiva*. Es un cuento fantástico escrito con la minucia que fija la Esfinge a lo real por medio de mil costuras invisibles y diminutas o casi. El héroe es un sabio. Es bastante joven y seductor. Para mí lo ordinario es extraordinario. Para él lo extraordinario y lo ordinario se confunden, y es por esta razón que solamente ve todas las cosas, y todos los hechos y todas las mujeres tienen dos caras, que son lo ordinario y lo extraordinario, lo femenino y masculino, el sábado y el domingo,

el día y la noche; porque él es un sabio. Y sobre todo la vida y la muerte según se gire el ojo hacia uno mismo o hacia el otro.

Sábado de mañana, alegría mayor que yo misma. Sábado de noche sin embargo tinieblas. El mismo sábado pero que gira, da vuelta, se fabula.

* * *

Se puede leer la *Gradiva* por partes, mientras se respete el orden del todo. Me despertaba y me dormía, y entre ambos momentos leía, después dormía leyendo y me despertaba; leía, leí todo y dormía y releía. Todo eso reiterado, lectura, despertar, sueño, lectura, despertar, y finalmente, en un orden que no era del todo el del lector sentado de día, en posición de lectura hasta en las vértebras, y que había dispuesto primero su cuerpo en vistas a la acción. Yo leía y mi cuerpo seguía, caminábamos uno detrás del otro sobre el borde angosto y sin nombre que no tiene ni finalidad ni necesidad, y que se desliza entre el uno (masculino, único indefinido, elegido, singular, incognoscible) y el otro (masculino-femenino-neutro, dependiente, atrayente, inquietante, deseable), entre lo que es sin duda alguna día, y lo que es sin duda alguna no-día. Me agotaba. ¿Qué es lo que merodea?

* * *

El lecho se había endurecido y yo lo resistía. Después me acosté de lado, en la noche profunda, y era yo quien la despedazaba en piezas, la desmoronaba, la pulverizaba moliéndola entre mis huesos y la osatura del lecho. Cada vez que una de nosotras ganaba, la noche o yo misma, el lecho se calmaba, lo veía replegarse, relajarse, borrar las convulsiones como si yo no estuviera allí. Sin embargo, leía. En ningún momento, ni siquiera en la mayor oscuridad, el hilo

del sentido se rompió: retomaba la *Gradiva* en la misma palabra en que la había tenido que dejar para rechazar un asalto. Pero me sentía invadida por la angustia de la duración, me había convertido en una construcción golpeada por el mar rojo y a veces sentía el deseo de la grieta, abrir, abrirme [*mouvoir*]⁷, *dormir* [*dourmir*]⁸. Estaba limada, pesada.

* * *

Un día estando en cucullas, hace no mucho tiempo, al sol, en un jardín, volví a ver una lombriz –antes, en el jardín, cuando tenía el derecho de infancia, había mirado, sin contarlos, los desplazamientos, las condensaciones, los estiramientos, los reemplazos, los esquivamientos de las hormigas, de los gusanos, de las moscas-. Sobre todo de las hormigas y gusanos, cuya importancia no subestimaba. Los gusanos son músculos ciegos y parecen dotados de un sistema nervioso capaz de choques muy violentos: gastan una energía motora extraordinaria para recorrer el espacio, contrayendo su delgado bolsillo rosáceo desde el anillo α al anillo ω , imaginen que para reptar o saltar o acostarnos nos hiciera falta cargar todo el cuerpo hasta la punta de las uñas, que nuestras piernas no se sostuvieran sino a ellas mismas y que entonces fuera necesario que todos nuestros órganos se motorizaran. Seríamos el cuerpo de un desequilibrio que nos proyectaría en todos los sentidos según tal sistema predominara sobre tal otro. El gusano se impulsa, la cabeza se eriza hacia la izquierda, la cola se espira hacia la derecha, y el movimiento prosigue por sí mismo, porque el gusano no va a ninguna parte. A veces se encuentra con otro, en

7. Juego intraducible: *mouvoir*, “abrirme”, en francés, escrito aquí *mouvoir*, que se acerca entonces a *mourir* (morir). (N. de la T.)

8. *Dourmir*, en clara alusión a *dormir* (dormir) pero tomando prestado el grupo fonético *ou* de *mourir*. (N. de la T.)

general una hormiga, nunca conseguí saber si la hormiga muerde al gusano, si lo abraza o si lo lleva. Lo toca. El gusano, retraído, se acurruca con un sobresalto, después hace un salto desesperado, tan potente que vuela por encima de sí mismo. El dolor lo arranca de su propia naturaleza, conoce las cavidades blandas del aire. Su salto es un grito, lo escuché. No sabemos después en qué se convierte.

* * *

Había sido mordida por unas fauces tan pequeñas, tan ajenas, tan negras que, a pesar del agotamiento que me ataba a la cama, un espasmo me sublevaba, mis brazos reactivados se enroscaban alrededor de mí, me devolvían las apariencias y acomodaban la cama deshecha en la cual me sentaba para terminar la lectura. Finalmente ya no pensaba en lo que leía. Estaba impactada por la luminosidad del relato, por su curso intrépido, por la búsqueda de N. H. que encontraba tiempo y espacio sin vacilar, por la insustancialidad de los reinos vegetales o animales, falsas flores falsas lagartijas: bajo aquel gran sol no había colores; lo que se veía era un negativo, la luz no había perforado el mundo salvo en algunos puntos ínfimos: una pañoleta amarilla, una rosa roja, una grampa verde.

* * *

No había olvidado el sobre verde, jalonado por jeroglíficos en el cual mi amigo M. me había deslizado una carta testamentaria. La había leído, no sin alguna repugnancia provocada por la forma misma de los signos que habían raspado, surcado el pecho blando de ese papel.

Pero no había respondido porque era imposible responder sin correr el riesgo de matar a M., igual que se dice que no hay que llamar al sonámbulo por su nombre. Si yo me hubiera movido, él se

habría movido después de destruir todo el espacio a su alrededor. Y si no respondía, si lo dejaba traducir mi silencio, habría una chance, que siempre existe, la última, la desconocida, de que se diera a sí mismo la respuesta. Esto no es satisfactorio. Es la razón por la cual él me había escrito aquella otra carta, pero esta otra estaba escrita con su voz, era breve, me reprochaba que lo hubiera llevado hasta las puertas de la ciudad y no lo hubiera ayudado a entrar. Ciudad [Ville] se leía como en la palabra Bolita [Bille], y yo reconocía uno de esos actos obsesivos a los cuales se entregaba M., y que consistía en mostrarme cuán ricas de sentido eran sus palabras, cuán ricas y plenas, y cómo trataba a las mujeres que él llamaba siempre las Muchachas. Yo lo había dejado en las puertas de la Ciudad [Ville] – Muchacha [Fille] – Vida [Vie] – Vil [Vile]. ¿Cómo escapar de la sonoridad prístina de ese reproche?

Él estaba parado frente a una puerta antigua, de piedra, muy alta, más alta que todas las puertas de las ciudades, incluso de un tamaño exagerado por el carácter oblicuo del muro gigante en relación con el horizonte. Porque esa puerta era un muro gigante cuya parte superior él no veía, sin duda, porque estaba al pie de la puerta, pero que yo percibía inhumanamente alta porque no estaba tan cerca. Muro de templo. Y yo no le negaba el templo, ni la puerta en el muro. Pero si bien estaba claro que el muro inmenso era del templo, no había, no hubo jamás templo, solamente había ese muro, y detrás, nada. Lo que hacía esperar el templo era la perfección del muro. “Usted me negó el acceso a la vida”. Yo no respondía. Pero tampoco le daba la espalda, entonces escuchaba. La falta levantaba una bruma dentro de mí, pero era ligera. Me había negado, pero no había lugar. No había un oído a través del cual yo habría podido responderle. Conocía la naturaleza de su sufrimiento, ese horror del no-lugar, del final extremo, ese pasillo entre el ser deseado y la constatación de que ese ser no está ahí, entre el final de la vida y la muerte, un pasillo intolerable, sin paredes,

sin presencia, aplastante, invisible, donde agoniza la inmortalidad. Una palabra de más y lo mataba. Lo dejé creer entonces que habría podido vivir. No ignoraba la imperfección de mi silencio. Y por todo eso, o más exactamente porque aquello sufría tanto a mi alrededor, estaba velada de duelo: sentía la suavidad un poco irritante de un tejido de origen animal, una seda sin duda como un *shantung* de color gris, transparente, un velo que a veces se volvía más rígido para hacerse visera. Entraba en tristeza. Me despertaba. Me despertaba mal: era como una entrada fallida, un salto mal calculado, un compromiso que me violentaba. Una parte de mí no había seguido, ¿pero cuál? Pesada, cansada, no llegaba a dar el salto fuera de la cama y me rasguñaba la nariz, entre los ojos, no sé ni cómo. Hay zonas de la piel muy delgadas que están muy irrigadas: ese trocito de carne desgarrada liberaba una sorprendente cantidad de sangre. La sangre es un espectáculo que en general me divierte. Algo chorreaba sobre mi rostro y todas las corrientes de mi existencia se volvían a/arrojar ahí, todas las lágrimas y pérdidas, y los derrames de energía de alegría, de confianza, todas las hemorragias y sangrías, en medio de mi rostro.

No hay sangre en la *Gradiva*.

* * *

Si su hija única y virgen lo hubiera traicionado, usted ya no podría hacer un gesto sin que otra herida se abriera en su carne, de donde ella misma ha salido. Usted no podría girar su rostro hacia un dios dudoso, la duda sería su dios, su pan, su sol, su tiempo. Usted ya no se atrevería a caminar porque sus piernas lo hubieran traicionado. Usted no podría ni envejecer ni dormir. ¿Cómo fiarse de la tierra cuando la carne ha desertado? ¿Cómo creer que ese cuerpo es tu cuerpo cuando la flor de mi cuerpo me envenena el hálito? ¿Cómo vivir cuando la vida de mi vida es mi muerte? Si la joven hija

única está embarazada, entonces el palacio se hunde alrededor del constructor, la roca vuelve a la carne. Incluso puede ocurrir que usted envidie la espera pesada e insensible del niño rojo que usted ve a través de la pared del vientre de su hija única y transparente. Porque afuera, los muros de las casas se hunden y reparten su peso en las calles. Y la vida se aferra más a él que lo que él se aferra a la muerte. Ahora bien, ¿el padre puede ser el hijo? ¿Y si su boca está colmada de cenizas, por donde podría gritar su alma? Y si la catástrofe se hubiera abatido sobre usted un domingo, ¿el domingo no estaría en un estado del tiempo completamente diferente que el sábado en el cual usted era todavía virgen, y el sábado no habría sido vivido por otro, al que usted envidia? Sin embargo, usted se atrevería a pensar que “esto no puede durar”, que por mayor que sea el ultraje, siempre hay un límite a todo lo que es humano, y que, por más taponado que estuviera su pecho, al final usted se abriría paso, al final.

* * *

Al final de la noche, no hubo día. Dije que me había despertado como si hubiera perdido un camino, estaba en el umbral, acostada pero sin embargo de pie al borde del domingo, agotada, cargada de ruinas de la noche e incluso de los retozos del sábado. Si la muralla de M. se hubiera desmoronado sobre mi espalda mientras dormía, no me habría sentido más magullada. No tenía ganas [*Je n'avais pas envie*]. No estaba dentro de la vida [*Je n'étais pas en vie*]. Era lo mismo: un abismo pesado, un embarazo nervioso, un deseo desviado. El peso asesino de la nada. Un cuerpo inamovible, con los huesos enroscados en la estructura específica, con las carnes encima, pintadas, quietas. Y dentro, un reservorio de duda, volcánico, formidable. Y sus últimas palabras, ¿acaso me había tomado el trabajo de escucharlas? Me había dicho: soy Feliz. Sí. Pero esas palabras no eran las últimas. ¿Algo en mí tendría que huir? Había

dicho tres cosas, una, dos y tres, pero quizás la tercera era la primera y la segunda la tercera, etcétera. En general recuerdo bien la última palabra que acoplo inmediatamente a la primera palabra que dirá después, y así nunca interrumpimos nuestro discurso, que siembra su campo sin pausa, al punto de preparar hoy el sentido por venir. En mi alegría de sábado, había omitido este rito de amor. Pero la palabra estaba alojada en una de las últimas tres cosas, que dejo aquí sin orden; él había dicho: si muriera, tu hálito me podría traer de entre los muertos. Y yo lo había creído. Justo antes o justo después, había dicho: ¿podés, en mí, ser todo lo que quieras ser? Y yo había respondido: sí. Sí, pero cuando estás ahí. Entonces él (entonces antes o después) me había hablado con concisión de la habitación donde se retiraba para pensar al desnudo, y de donde a veces, desde lejos, me hablaba.

Él había dicho: Nada nos puede pasar.

Y yo había dicho: Nos va a pasar todo. Y era lo mismo, al menos lo yo-pensado [*pensé-je*], era la cosa de amor con sus rostros simétricos que se sonreían al bies. Entre nosotros estaba todo ese Nada de Nada, ese posible de lo imposible, que llegaba, llegaría en un momento u otro, aquí o allá (que se habían convertido en homónimos y yo respondía a: ¿dónde estás? o bien por: estoy aquí, o bien por estoy acá, y era el mismo lugar, porque ahí donde él está, yo soy, o yo soy él está en la carne y los huesos y el espíritu de él o mío). Pero hoy, aquí, ¿dónde están mi carne y mis huesos? Quiero llegar, pero no tengo cuerpo donde aparecer.

Él está allá, en esa habitación.

Escucho. Me explica cómo me ve ahí. Ahí donde no estoy. Escucho. No quiero saberlo. Eso le concierne a él. Eso. Eso no me concierne, pero él dice que en esa *h[abitación]* me mira. Y yo me miro allá.

Por eso amo la *Gradiva*; no quiere que la miren ahí donde no está. No es una razón suficiente para amarla y no la amo de verdad. Hay algo más.

Anulo esa mirada, aplano esos ojos que hacen caer. Soy precipitada, y no soy yo la que me precipito.

En vos, puedo ser todo lo que quiero (pero lo que quiero, ¿dónde está?) a condición de que pueda estar ahí donde vos estás. Cuando estás en esa habitación, ¿dónde estoy? ¿En vos, que está en ella y en la cual no puedo estar? Estoy despedazada. Ciertamente, estoy desprovista de membranas de Sabiduría y de Ecuanimidad. Pero si me cubriera, si me defendiera, lo traicionaría, estaría embarazada. ¿No es acaso él en quien yo debo ser yo?

L. dice que, si no me defiende, es porque tengo cierta aptitud para la traición creadora.

También me dijo: "Sos dura". No ese sábado, el otro. Lo recuerdo con claridad. Ese sábado no podía decidirme a desaparecer, no podía separar mis ojos de sus rasgos tensos. ¿Quién me garantizaba que lo volvería a ver? Antes incluso del momento de desaparición, él había dejado de hacerme. El día se había desmembrado, irreconocible, en parte triturado. "No funciona. Estoy cansado". Su cansancio: el mío, y yo le reprochaba vivamente su mortalidad. ¿Cómo purificarnos? Él había puesto por todas partes las sombras del final. "¿Por qué ya no me hacés más? ¿Por qué es necesario que me levante?".

"¡Sos dura!". "Pero soy mil veces más dura conmigo misma, puesto que tocarte es tocarme".

Salgo a ese jardín angosto rodeado de altos muros por donde tengo que pasar para llegar hasta la pequeña puerta del fondo a la derecha que se abre sobre aquella calle, allá abajo, que no veo, salgo al Gran Sol, Grande como un mediodía, todo es demasiado luminoso, vengo del fondo, es decir, del primer plano de la escena, en este jardín intenso, yo *voyeur*.

Conmigo hay un hombre sin rostro. En ese momento llega hasta donde estoy, viniendo desde afuera, la hermana mayor de mi padre. Su paso me sorprende por su energía. Lo puedo explicar: “Mi tía camina hacia mí con una energía y vitalidad que no son suyas, sino las de mi madre”. Quiere arrastrarnos, al hombre y a mí. Siento que es T. t., pero es poco manifiesto. Nos entrega dos ramos de flores. Las flores son de un blanco brillante, son muchas y son particularmente olorosas. Son ramos de muguete. Estoy sorprendida porque no había pensado que se trataba, sin duda, del mes de mayo. Apenas lo creo, por otra parte. Y esto también puedo explicarlo: “la hermana mayor de mi padre arrollaba la harina, el último domingo en familia, y me prometía esas tortas redondas y grasientas que me gustaban solamente porque ella las había hecho, tortas pesadas y dulces que como con un goce simbólico. Mi tía, poniendo en el horno los pollos suficientes para la mesa familiar en la cocina diminuta, el último domingo, solloza, escondiendo sus lágrimas bajo los gestos de la amasadora: “¡Tu padre, cuánto amor sentís por él! No sabía que se podía querer a alguien de esa manera”. La hermana mayor de mi padre tiene un pecho amplio que yo usaba cuando era pequeña para dormir. Mi padre nació en mayo, mes sagrado.

La segunda hermana de mi padre es muy delgada, casi esquelética. Esta mujer de gran corazón venera a mi padre y sostiene con él una relación incestuosa fantástica. Nunca tuvo hijos, pero

me estrecha y me consume: ¡ñam, ñam! Esto es muy rico, decime, ¿verdad que querés que te coma? ¡decímelo mi niña! Me soborna en tanto que médium y vocero de mi padre muerto: “Si creés en el sueño, ¿ves?, habrás visto a tu padre dos noches atrás, era él, se podría decir que lo veía”. Esta mujer trabajadora se llama Deborah, lo que significa, según dice ella, “abeja” en hebreo.

Encantada por las flores, me alegro por el gesto de mi tía. Acerco el ramo al rostro para embriagarme. Brotan de él varias abejas que se arremolinan sobre mí con una violencia increíble, como misiles agresivos, y se posan de a dos o tres sobre mi boca y algunas en mis orejas y garganta. Son grandes y zumban fuerte. Tengo miedo. Las espanto moviéndome, lo cual redobra su encarnizamiento. Vuelven a la carga. Se las muestro a Deborah, que está de pie a mi derecha y que siento que me presiona desde el costado. Tengo mucho miedo de que me piquen, me quedaría sin aliento, moriría. Deborah me aconseja que no me mueva, y se van a calmar e irse. Hay una abeja que camina por mi labio inferior: coincido con la opinión de Deborah y encierro dentro de mí mi terror, pero esto me provoca una rigidez intolerable, mi cuello es como una columna ardiente, mi cuerpo no va a poder recuperarse. Es como si, para escapar a la muerte, me tuviera que hacer la muerta. ¿O darme la media vuelta? Ya no me puedo mover. ¿Le hablaría yo a T. t. de las emisarias de mayo, de la muerte que expulsan esas flores de vida, de la agresión de mi padre muerto? Algo me retiene, como un miedo de revelar al enemigo el punto débil a través del cual podrá matarme. Recuerdo la frase fatal: “el día en que no pueda hacer el amor con vos me voy a morir”. Desde ese momento no dejo de acechar ese día. A fuerza de temerlo, lo invoco, hacer el amor se convierte cada día en un poco hacer la muerte. T. t. no le puede devolver la vida a mi pare. T. t. es mortal, si no hacemos nunca el amor, no haríamos jamás la muerte, lo acuso de no disimular las huellas de la mortalidad, él sabe que no le perdono el insomnio, la fatiga, la tensión, él me atraviesa de miedo a cada instante, lo acuso de asesinato, le

reprocho con angustia y piedad no ser Dios. Me prometió resucitar si se moría. Mi padre muerto no puede ya morir. T. t. puede hacerlo todo. Puede matar el miedo, pero es preciso que mate cada miedo, después el siguiente y así sucesivamente. ¿Le puede devolver la vida a mi padre?

El arqueólogo no se interesa sino en aquello que ya no está: ofrece a la Gradiva un ramo de asfódelos. Esas flores son blancas como la cera y a la Gradiva sólo le gustan las flores rojas como la sangre. El dolor y el espanto que siento cuando T. t. no esconde su mortalidad está cubierto de resentimiento. Cuando desnudo ese dolor, es infinitamente suave, lo perdono, siento subir a mi pecho la vieja mano rugosa del remordimiento; todos esos sentimientos me parecen extrañamente antiguos, fuera de lugar, excesivos, desproporcionados según su causa, y por lo tanto ridículos y oscuros. Emergen de una región arcaica y olvidada sin que yo pueda oponerme a esta extravagancia.

* * *

El vestido que usa la Gradiva el día de la erupción la cubría hasta los tobillos, pero la multiplicidad de pliegues que le daba volumen en torno a la cintura otorgaba una extraordinaria flexibilidad a aquello que habría podido ser un estuche espeso obstaculizando su marcha. Estaba calzada con sandalias. La elasticidad de su paso se debía a una exigencia de las baldosas, que eran bastante amplias y estaban bastante separadas entre sí en aquellas ciudades, aunque esto dé a los niños el hábito y el gusto de un paso saltarín. Bajo la amplitud plisada de su falda, la jovencita doblaba alegremente la rodilla, podía disfrutar de sentir cómo se tensaban sus músculos para soñar una carrera que no haría ahora en pleno sol, pero en la cual la sorprenderíamos en las soledades del alba. Los pliegues de su vestido le permitían esa danza que, salvo para el ojo entrenado del conocedor, no parecía revelar lo que había de excesivo y

de hermoso en la posición del segundo pie, que tendía casi hasta la vertical, desde las puntas de los dedos hasta el talón. Conocía bien esa posición, la practicaba yo misma. T. t. también camina desplegando los músculos de la marcha. Esta manera que tenemos de imitar la elevación, el vuelo, no engaña: quienes la practican se detectan inmediatamente, saben, por la verticalidad del pie, hacia dónde, o hacia qué espacio feliz de potencia uno se está tensando. Es la razón por la cual Robert Hanold pasó días vanos mirando las piernas de las mujeres que no se despegaben sino con la punta de los dedos de los pies, sin fuerza, en el paso a paso cotidiano, sin encontrar equivalente a la facilidad alada de la Gradiva. La mayor parte de las mujeres son lentas y blandas, algunas son aceleradas, pero ignoran los misterios de la verticalidad.

* * *

La Gradiva levantaba con la mano derecha una parte de su vestido de numerosos pliegues para abrirse paso. Pero habría podido desplazarse sin esa hendidura en los pliegues, que habrían escondido entonces el movimiento sin impedirle avanzar. Esos pliegues, por su número y su fluencia, hacían eco a la facilidad del pie, hacían reverberar hasta la última vibración el movimiento vivaz, podían bajo su repliegue gracioso ocultar las formas de la vida, garantizaban esa vida secreta de la mujer cuyo encanto ya no sabemos hoy cuál era.

* * *

¿En qué pensamos cuando nos vemos sorprendidos violentamente por un desencadenamiento de Naturaleza, y cuando la tierra se hunde en sus propios abismos, bajo los pies de los sobrevivientes? Personalmente me es difícil responder a esa pregunta, pero puedo darle dos respuestas diferentes y en apariencia incoherentes o

contradictorias, y todo dentro de los pliegues de los cuales la vida envolvió a la muerte: una pariente, prima de mi padre, y madre de una familia numerosa, fue atrapada así dentro del ruido atronador de un terremoto que se tragó a varios miles de sus vecinos y derribó dos tercios de la pequeña ciudad de la cual escapó en plena noche, sin haber tenido siquiera el cuidado (ella misma me lo confesó más tarde) de contar a sus hijos, ya que juzgó de un rápido vistazo que todos tenían que estar ahí: ese vistazo los llevaba ya hacia el futuro, mientras que su casa se caía; ya estaba pensando en su reconstrucción e incluso en el tiempo que esta reconstrucción tomaría. Ocupada por ese cálculo se deslizó por encima de un muro erigido como una proa hacia el cielo, hasta llegar al ropero que en esa noche espantosa había logrado sostenerse en pie, plantado, como devuelto al árbol. Mi pariente tomó sus dos cofres de joyas, joyas en las que había invertido una buena parte de su fortuna para estar a la moda del lugar. La tropa en camión, guiada por ella, que llevaba el porvenir labrado en esos cofres, llegó hasta nuestra puerta, en la ciudad vecina, en el momento en que nos enterábamos del increíble acontecimiento. La mayor parte de los niños estaban mudos. Fui yo quien abrió la puerta. En ese momento no pensé en nada, me arrojé con todo mi ser sobre aquellos que habían escapado a la muerte, sin emoción aparte de la estupefacción. Cuando me vio, la madre constructora se deshizo en lágrimas y se arrojó con fuerza y timidez a mi cuello. Era muy bajita, de manera que de pronto me vi llevándola, estrechándola mientras era estrechada por ella, casi consolándola. No la había visto desde la muerte de mi padre, según me dijo; y yo pensaba que habían pasado diez años y que ella había dado a luz una decena de hijos, todos nuestros primos, que nos rodeaban. Entonces me hizo aceptar el brazalete más importante de su cajita, en la noche, en camión impregnado de ese olor a polvo con olor a azufre, a barro, a sangre seca que desprende la tierra destripada.

Kleist⁹ cuenta una historia vertical: todo pasa muy rápido, se eleva, se consuma, se da a ver de modo muy notorio, muy evidente, sin que ninguna consideración de índole moral, ningún prejuicio, ninguna de las mallas de esa red invisible de la Ley que es como la red de venitas en nuestros ojos, malla que está por debajo de toda escritura, y de la cual es el espectro predeterminante, pueda retenerlo en las sociedades, como no puede hacerlo ningún tipo de convención. Esa escritura del “ahí-arriba” se parece a la verticalidad del pie derecho de la Gradiva: he aquí seres que saben que el provenir no es un tiempo que viene hacia nosotros, que vamos hacia él a través de un camino horizontal, sino que es este presente de altura cuyo límite jamás conoceremos, tiempo aligerado cuya cualidad principal es la potencia. Esta potencia es absoluta, divina, pura de todo proyecto humano, se utiliza totalmente para el único proyecto divino que es desplegar la vida hasta sus fronteras más extremas, con el riesgo cien veces asumido de encontrarse con la muerte. Es la historia del terremoto de Chile. Kleist cuenta que el joven Jerónimo, acusado de un crimen, estaba de pie contra un pilar de la prisión donde estaba encerrado y se quería ahorcar. La prisión, el pilar, el ahorcamiento, la joven hija única, el jardín, el día de la celebración del Corpus Christi, el vestido de carmelita de numerosos pliegues, el niño que aparece de repente, durante la procesión, entre los pliegues, el joven hombre, el jardín, la prisión, el pilar. La felicidad de la potencia total. La prisión de la impotencia en la prisión. Los escalones, las gradas, los impulsos destrozados por las volutas de pie, contra un pilar, ella, acostada sobre las gradas con el niño entre los pliegues. En el jardín

9. El texto aludido aquí es de Heinrich von Kleist (1777-1811), *Das Erdbeben in Chili* (El terremoto en Chile) publicado en 1807 en la revista literaria alemana *Morgenblatt für gebildete Stände*, números 217-221, 10-15 de septiembre de 1807 con el título *Jerónimo und Josephe*. Luego fue publicado también en Alemania como relato independiente en 1810.

ya cerrado por cinco de sus lados, el sexto muro era aéreo, encima de ellos, su porvenir, el presente en altura. Todas las máscaras de la ley se precipitan para ver cómo se las arreglan con la esperanza de que el joven hombre y la joven mujer no puedan despegar. Se les coloca un sexto muro; se les hace una procesión mortal al término de la cual se les cortará la cabeza frente a toda la familia, hermanas, hermanos, padres, obispos, leyes y vírgenes. Para ver mejor cómo salta su cabeza las vírgenes hacen saltar los techos de las casas, porque tienen el porvenir por delante para rehacerlos.

Una página más adelante, todo está dado vuelta: lo alto está debajo, el cielo ha caído sobre la tierra, los sextos muros estallaron, las murallas amortajaron la ley, el joven hombre que se quería colgar al pilar se aferra a ese mismo pilar para no caerse. La fachada de la prisión fue atravesada desde afuera y está tan destrozada que las planchas y fragmentos de muro forman mil pliegues monstruosos de tierra arcillosa. Y entre los escombros de La Madre Dios¹⁰, y de la muy santa y única Virgen, nace por fin la Justicia Absoluta cuyo ojo siempre abierto no conoce la balanza, que no tiene ni memoria, ni virtud, ni calamidad, ni medida.

* * *

Él se quiere matar, pero no quiere que lo maten. Si lo mataran, estaría muerto. Su muerte: una cuerda atada a un pilar en una prisión. Ya no hay prisión y se aferra al pilar.

* * *

Cuando me llama T. t., no puedo evitar hablarle de la *Gradiva*. O más bien no puedo evitar hablarle de cualquier cosa, y la *Gradiva*

10. Ver nota 5.

irrumpe. No leyó ese libro; le pregunto en qué palabra le hace pensar, y me dice: en una ópera italiana, pero niega que sea por contigüidad con "la Diva". Veo una Diva Gorda, él se niega a ver eso. En cambio le confío un descubrimiento: en el volumen impreso en condiciones difíciles, durante una guerra, hay algunos errores. No se lo diría a nadie salvo a él, que en dos oportunidades leímos *Gravida*.

* * *

¿Qué es una erupción? No podemos contenerla. No puedo impedirme contenerla. Más valen los desgarros, las grietas, los desmoronamientos, las bocas talladas donde no hay gargantas, las entrañas entrevistas, antes que esa aparición. Lo que se proyecta fuera de mí y me cubre, ese cuerpo ajeno a mi cuerpo que surge de mi cuerpo y lo amortaja.

* * *

Habría podido desaparecer en una fractura, en un hueco de ser, y bruscamente. Pero debajo de un ser en demasía me sofocaba. Estaba de pie, al borde del domingo; no estaba cortada del mundo. Por cierto las calles estaban obstaculizadas por los escombros y la ceniza alcanzaba en algunos lugares la altura de mi cuello, pero podía moverme todavía y no estaba en peligro de muerte, al menos mi cuerpo no lo estaba. Veía todo, escuchaba bien, no sufría. No sufría para nada. No quería nada me acordaba de otra vez, en otro lugar, pero no era un recuerdo llegado desde entonces hasta aquí y que habría irrumpido en mi conciencia. Había un cortinado espeso de cenizas entre yo y todo lo demás que ocurría allá. Veía que había un recuerdo, pero el cortinado lo alejaba tanto que no llegaba a apoderarse de mí. Era un asaltante lejano e insignificante. Se veía en el recuerdo un acoplamiento anónimo. Éramos T. t. y yo, o el

joven y la muchacha o la Gradiva y su Hanold, más bien nosotros por otra parte, pero esto dependía de la memoria sobre dónde tenía esto lugar, ahora bien, la mía estaba separada de mi cuerpo, y lo único que me quedaba claro era justamente el olvido. No llegaba a transformar el recuerdo en mi bien, no se fugaba, recomenzaba, pero era imposible hacerlo entrar: o bien era yo quien no sabía ya por dónde penetrar y estaba de pie en el exterior del tiempo en el que vivía, apenas aferrada por ese delgado cordón de memoria donde pasaba siempre la voz de T. t. o bien es el recuerdo que no encontraba mis ojos de memoria y que seguía afuera; o bien estaban mis ojos allá, colmados del recuerdo, y yo aquí relegada en un calabozo de cenizas. Estaba en estado de mala desaparición, la que no es ni carne ni pez, ni pilar ni cordón, ni hueca ni colmada. Las cenizas comenzaban a beber mis fuerzas, a absorber mi sangre y mis colores, y mi vigilancia. Arrimaba los vestigios de mi conciencia a un saber último: el domingo es un día limitado al cual sucede otro día que no le está prohibido a T. t. Me bastaría entonces con llegar hasta el día siguiente economizando mi hálito. Mis deseos se desmoronaban, mis emociones se agotaban, mis músculos se distendían: ya no estaba aferrada a nada. Si él mi hubiera dicho: ¡apretame, apretame! mis brazos habrían desobedecido. Para retenerlo y que no me olvidara, buscaba seducirlo, le contaba historias extrañas y verdaderas, como la de mi tentativa imaginaria de traducción: queriendo traducir para conservarlo en lengua francesa el nombre alemán de la *Gradiva*, por las cenizas que a veces me hacían pesada la lengua hasta el momento en que las hubiera humectado lo suficiente para tragarlas, mi lengua en general se bifurcaba; al menos es la razón que me daba para explicar sin pena mis resbalones; me valía de esta explicación cuando él se asombraba. En verdad estaba realmente triste, no habría debido decirlo, o no habría debido no decirlo, o habría debido no decirlo, Gradiva es solamente un seudónimo: significa “la que tiene el paso luminoso o ligero”. El verdadero nombre de la Gradiva es un nombre

de jovencita alemana que me parece imposible de conservar en una traducción porque allí se oculta el falso nombre de la jovencita: es preciso que el lector sepa que la Gradiva y la jovencita son la misma persona en dos lenguas diferentes. Si tradujera ese texto, habría una tercera Gradiva; si no tradujera el nombre alemán, Gradiva ya no sería la jovencita. Propongo traducir ese nombre de joven hija única y virgen por su equivalente exacto en francés, que es la palabra compuesta Bellamuerte [*Mortbelle*]. Ciertamente la presencia de la letra T en medio de la palabra puede parecer incongruente a un ojo francés, pero no veo cómo suprimirla. ¿Es correcta? Dudo. Pero sostengo la *t. T. t.* se asombra de escuchar que tengo intención de hacer una traducción, porque ya existe una, por más defectuosa que sea, y porque no tengo tiempo de comprometerme con este tipo de trabajos, mal recompensados, por otra parte, y porque siempre le dije hasta qué punto me había negado a profundizar mi lengua materna. ¿Qué pensás de la T? Pero esta pregunta, ¿dónde quedó? Norbert Hanold no encontraba valor para pronunciar un cierto pronombre. Para concluir, acordamos en este punto: nos parece que hace algún tiempo hemos hablado ya de todo esto.

Todo su discurso me parece extraordinariamente cómico, a fuerza de buena fe y de sordera. Me parece que tuve que remover toneladas de escombros *etcaetera* para volver a nuestro acuerdopartida. Es demasiado inmenso.

* * *

Para liberarse de un mal sueño que se adhiere al cuerpo, hay que sacudir la cabeza con mucha fuerza. Las sacudidas deben ser tanto más poderosas cuanto que se trate de un sueño de mal sueño que se revelaría no tan malo como la realidad. Sacudía la cabeza con todas mis fuerzas, y por casualidad, en el transcurso de esa gesticulación,

de pronto me vi recostada, un poco entumecida, un poco triste en mi cama amplia de los domingos. Estaba desvinculada. El cielo habría podido hundirse sobre mi cabeza, no tenía miedo de nada. Me levanté. *No sos vos el que me levanta cuando no estás acá.*

Él es alguien del que me hablo. Hace dos mil años que ya viví esto, después lo olvidé, al menos separé esa Vida-allá de esta vida-aquí, este domingo de sábado. Entre ambos, estuvo la erupción, que no había podido contener y todos los sentidos habían cambiado. Lo pesado se había vuelto liviano, el deseo había caído bajo el temor, ya no lo necesitaba, pero en su lugar había brotado la necesidad de tener necesidad, y esta necesidad ocupaba todo el espacio. Nada estaba más cerca de mí que esta necesidad.

* * *

El joven había olvidado su deseo de la muerte, el nombre de la muerte, y la cabeza cortada de la muerte de tanto que el cuerpo de la muerte lo había horrorizado. Se tocaba la frente y el pecho y volvía a sí. ¿Qué se ve sin ojos? Este niño que había interrumpido la procesión al caer rojo y con la cabeza en primer lugar entre los pliegues, era un varón. Nos preguntamos quién cortó el cordón, porque el autor no lo dice, pero podemos suponer que fue la madre abadesa en persona; lo que es seguro es que el cordón fue cortado puesto que se dice que llevaron a la joven a la prisión, pero puede ser que recién le hayan cortado el cordón en la prisión. Ahora bien, mientras encuentro dónde cortar, o retomar, ella ya está amamantando. En el interín la abadesa fue aplastada, la joven le había cerrado los ojos. El orden de los vivos cambió: la joven recuerda al padre de su hijo y lo espera. Lloro, espera. Lloro, espera, baña al pequeño, y el autor no dice si habría esperado hasta morir a aquel por el cual corrió, en otros tiempos, un riesgo de muerte.

He aquí cómo pasaron la noche del domingo al lunes: él estaba adosado a la pilastra de un árbol, ella estaba en sus brazos, la espalda contra el pecho del joven hombre y el niño estaba en brazos de su madre, así uno contra el otro, espalda contra pecho, y se hablaron del jardín, de la prisión, del pilar y de la cuerda durante toda la noche. El árbol era una granada llena de frutos. Una sola manta de amplios pliegues cubría a los tres. No hay que contar el final de esta historia que es antigua e injusta. Estoy celosa de ese niño que interrumpe y hace todo más pesado; mi alma aquí tiene nostalgia del presente en altura ahora impracticable.

* * *

¿Dónde estás?

Recostada de lado, en el rincón del jardín de Meleagro y bajo mi manta de cenizas. Esperando. Hace dos mil años que me acosté para vos. Él se asombrará, revolviendo la ceniza, de no encontrar aquí sino a mi alma, forma de las formas. Esperando, soy la espera. En latencia soy. Esperando que me hagas aparecer. Mi cuerpo estaba en extenso. ¡Traeme el despertar, levántame! Estoy petrificada, tierra roja de origen.

Levántame.

Llega, entonces estoy ahí. Me conmueve, y entonces aquello se agita en mí. Besa mi seno y mi vientre enciende el canal, el pozo, el pecho (uno de esos surcos a través de la cual la carne puede ser atravesada por la carrera de los elementos cuyo nombre no sé, y que unen los puntos más alejados del cuerpo) que se hunde de la ingle a la rodilla, por un lado, y que en la espalda recorre las torzadas musculosas para arrojarse en la nuca.

Pero hoy: inercia. Se huele, quiere aparecer, allá. Pero acá: seccionamiento, ensamble de todos los canales, los pechos, los pasillos. Imposible en este estado arrojarme a mí misma hacia lo que sea. Un día volveré a anudar lazos conmigo misma. Estoy en estado de analogía con la muerte en su lentitud. *Lente festinans*. “Porque eso es lo trágico en nosotros, que abandonemos muy suavemente el mundo de los vivos, en una caja sencilla”. Esta frase también está mutilada: no sé de qué texto me vino y no busco saberlo, porque me es ajena en cada una de sus palabras, salvo en cuanto a la suavidad de la partida. Ahora bien, despierta en mí una preocupación por la partida.

¿Soy acusada de infiel? La carne del infiel es una aglomeración de polvo, de cenizas y pequeñas piedras.

No hay acusación; la infidelidad no es una falta; no fui yo la que quiso la erupción y las cenizas y mi amortajamiento. Estaba aquella fractura del tiempo que succionaba, ese vacío aspirando en lo colmado, ese vientre abandonado. Si soy infiel es que manifiesto su ausencia. Si estoy vacía es por fidelidad, porque represento su ausencia.

Olvidamos a los muertos, después olvidamos que olvidamos. Yo no olvido nada. Pero es él quien tiene nuestra memoria viviente, y soy yo quien tiene la huella. Aquí el olvido que recuerda. Allá el tiempo colmado, redondo y enorme de nuestro pasado por volver. Allá la muerte del tiempo, muerte de la muerte.

En tanto que no está aquí no tengo nadie en quien meterme.

Es la razón por la cual digo lo siguiente: estoy muerta. Y sin embargo nadie me ha matado. Soy yo la que digo: estoy muerta, entonces es imposible que esté muerta en realidad. Pero digo: “siento que estoy muerta” porque “no siento que vivo”. No hay nadie en quien yo viva. Tengo mucha necesidad de tu cuerpo para ser.

Esta habitación donde él me encerró dentro de aquí.

* * *

La razón por la cual no hay que contar el final del Temblor de tierra es quizás la siguiente: a partir del día que sucede al día en que todo se dio vuelta, y a la noche donde los tres fueron envueltos vivos en los pliegues de un único manto que es el del joven, todo cae y vuelve a caer: el presente vertical indica la posibilidad del pasaje de lo humano a lo divino. Lo divino es lo que está fuera de la ley, fuera de todas las leyes de la física, de la moral, de la defensa colectiva. Hasta este nuevo día, el deseo del hombre y de la joven madre se sostiene en aquel nivel de tensión que es más alto que la vida entonces más alto que la muerte. Con el rostro vuelto hacia la imagen de ella, él la había buscado entre los escombros con sus ojos; la joven tenía los ojos vueltos hacia el recuerdo de esa alma querida que creía que se había volado, había esperado durante largo tiempo que él apareciera. Durante ese tiempo sus ojos mantenían la muerte a distancia, y ambos deseaban como dioses, contra la muerte. Su conciencia entera estaba hecha del cuerpo del otro, y ese cuerpo era imperecedero. En tanto que el cuerpo deseado llenaba el mundo, no podían morir, no podían cerrar los ojos, no podían ver lo que era mortal y lo que era real. Estaba el mundo quebrado, que gritaba mientras se desmoronaba; estaban sus cuerpos intactos y vírgenes llamándose el uno al otro.

La noche del árbol de granadas en frutos entran los tres en el mismo manto, y se cuentan cada uno su historia; en el cruce de los dos relatos, nace el niño. Conoce a su madre. Se retuerce en el agua de un río, tensa su cuerpo entre el agua y el aire, pero ella sostiene al pequeño salmón sujeto firmemente por la cabeza. Es la primera vez que aparece el agua en este relato: hasta entonces, fuego, fragmentos de muro, agujeros, cenizas pilares. Y sobre todo cuerpos:

cuerpos que hay que colgar, cuerpos para besar, cuerpos para cortar, cabezas separadas de cuerpos, cuello contra pilar, cuello segado, cuerpo que vive en una simple prisión, cuerpo perdido, desnudo fragmentado. Y la imaginación: cada uno quiere el cuerpo entero del otro en el cual está todo.

* * *

Norbert Hanold quedó flechado por la imagen de una mujer que caminaba. Ese cuerpo representado aproximadamente en un tercio de su tamaño natural lo había atraído con tal violencia que se sentía absorbido por esa figura porosa, en la cual se sorprendía queriendo penetrar como para buscar el misterio de su superficie en una profundidad inexistente; esa porosidad misma que no se abría sobre ningún órgano lo fascinaba por su contradicción sustancial. Estaba abierta, pero nada salía de ella, nada entraba. Norbert Hanold imaginaba que él se deshacía en miles de granos de polvo que entraban en los poros frescos de la figura, pero esta ensoñación lo azuzaba sin satisfacerlo. La Gradiwa lo seducía sobre todo por su pequeñez y su inmovilidad, y por la contradicción inherente a ambas cualidades: la pequeñez de la figura no podía borrar la impresión de enormidad que daba al ojo; la Gradiwa tenía un cuerpo grande esbelto sin embargo reducido. Norbert Hanold murmuraría "mi gran pequeña" cuando la desposase. En cuanto a la inmovilidad de su existencia, que lo tranquilizaba, lo apaciguaba, lo atraía y finalmente lo tragaba suavemente, ella estaba en jaque por la verticalidad de su pie derecho. ¿Quién camina sin moverse? ¿Quién se eleva sin volver a caer? Había en ella algo de la humanidad habitual y era ese cuerpo gracioso y firme que habría sido deseable si hubiera tenido su tamaño natural, o que habría sido común y desdeñable si el pie derecho hubiera seguido al pie izquierdo y hubiera posado la planta y el talón en el suelo. Pero porque el pie derecho se elevaba para siempre, había en ella

algo divino e incesante, que no era corriente, que no corría, que conservaba la inmovilidad divina. Se habría podido decir que el artista había bosquejado un modelo de tierra arcillosa en la calle pasando al costado de la vida misma. El modelo, la tierra arcillosa, el al-costado. Si se hubiera dicho de Norbert Hanold que aquello que lo absorbía era, en verdad, el cuerpo de una mujer grande caminando, ¿lo habría creído? El modelo está al costado de la vida que está al costado de la tierra arcillosa. Y el cuerpo está al costado del alma; la sombra al costado del cuerpo; la calle al costado del jardín.

* * *

En el jardín, había habido en ellos algo divino: no habían tenido miedo de su mortalidad, eran impenetrables y la ley retorció sus anillos y tensaba sus pequeños músculos circulares para intentar arrancarse a su condición de lombriz. Su inmortalidad no tenía nombre pero palpitaba de uno a la otra, y les advino en esa ininterrupción un tercer cuerpo.

Ahora bien, bajo el árbol lleno de frutos, hablaron mucho y su discurso desgranaba las horas de la noche. A fuerza de hablar y de escuchar, deteniéndose a veces para abrazar al niño, llegaron a asombrarse de estar vivos todavía, comenzaron a perdonar a los demás, después a comprender, después a rezar, después a decir gracias, a dar, a unirse, a caer, a poner el jardín en pasado. A abrazar su división. Por eso es que el final de la historia es injusto para nosotros, que habíamos olvidado la mortalidad, la humanidad corriente y la lombriz de ley. A fuerza de asombrarse por estar todavía ahí, y de admirar al niño, y de pensar en el tiempo en el que la Naturaleza destruía a todo el mundo salvo a ellos, tuvieron la impresión extraordinaria de renacer, era una sensación del alma, la describían. Una vida nueva los atraía, fácil, con sus calles donde

caminarían con la cabeza en alto, con su final mortal, donde ya no habría rastros del temblor maravilloso de la tierra.

* * *

En el origen mi tierra era roja, la tierra de la cual provengo. Cuando mi padre murió, en otra época, descubrí que él cambiaría de color con el tiempo: su tierra se volvería roja. A veces lo recuerdo antes de su muerte. Se arreglaba delante de mí, y veo todavía que su espalda viva y delgada está cubierta de una piel blanca apenas salpicada de pecas marrones. Siempre tuve la precaución de no tomar a T. t. por mi padre. Subrayo todas las diferencias. Si T. t. estuviera muerto, no tendría el mismo color rojo. Como todas las diferencias vuelven ahora a mí, y como T. t. petrifica mi carne junto con mi alma y me levanta, no sé nunca exactamente qué va a pasar cuando me haya levantado. Me pregunto en cada oportunidad a quién voy a llegar. ¿Qué va a salir de ahí?

Ese domingo, sin embargo, no estaba inquieta ni curiosa. Estaba nada. Pesada y nada. Inmóvil, recostada, reducida, indiferente, de espaldas, ovillada a un tercio de mi tamaño natural, tentada por ninguna pregunta, latente, fría. Me da lo mismo. El deseo también estaba con él en la habitación, habría podido permanecer acostada mucho tiempo, entre el domingo y el lunes: es mi estar acostada, mi forma acostada entre los días, lo que constituía una brecha materializada a través de la cual lunes no era un trozo del domingo sino otro tiempo que alojaba mis sueños del borde.

/está el camino cuyo extremo invisible es con seguridad la muerte, pero es el único. Él se hunde rumbo a un horizonte cercano. Para los adultos, hay que tomar la senda angosta, suerte de borde o ribera, a la derecha del camino porque la senda está separada. Borde de qué, no lo sabemos, puesto que el borde mismo es invisible, aunque es

sabido, presente. Lo que vemos es la entrada del camino en cuyos lindes estamos. Ese camino está bordeado de jóvenes abedules de hojas claras que forman una voluta bastante amplia: los niños pasan por ahí porque no tiene mucha altura. Túnel de hojas ligeras, hermoso, diferente del borde sin árboles. Y protesto, después de todo, ¿por qué me privaría del camino solamente porque es bajo? No tengo necesidad de recorrerlo en cuatro patas, cerca del suelo. Lo puedo recorrer con el cuerpo inclinado, con la cabeza gacha, y mala suerte si la enramada me barre la nuca. No tengo miedo.

Segundo sueño del borde.

La casa, alta, familiar, reúne a todo el mundo. De pronto me acuerdo de los niños. Felizmente mi madre los sacó del medio, si no habrían podido caerse de la terraza sin baranda. Esos niños son jóvenes, rosados, rechonchos, deseables. Los tuve, estaban muertos, tienen dieciocho meses, son quizás yo misma, están instalados en la vida y no piensan. En la casa surgen por todas partes propietarios. Abajo, y esto parece muy lejano, una suerte de gran calzada bordea nada. Para mi sorpresa, mi abuela, a la que el borde le da temor, se asoma con el riesgo de perder el equilibrio.

Sueño de la ciudad de muerte.

Él me niega todo, sin maldad, movido solamente por un egoísmo que encuentra una complicidad en la persona de las mozas de ese restaurante donde paramos. Todo esto no es él. Las mozas-amantes¹¹ están apuradas. Bajan agachadas por una escalera a

11. Les *serveuses-mâitresses*, en el original, es una expresión de múltiples connotaciones. *Serveuse* (la moza, quien sirve o atiende), se acompaña de *mâitresse*, el femenino del "encargado de salón", le *mâitre*. Ahora bien, *mâitresse* es también amante. (N. de la T.)

la izquierda de nuestra mesa (estamos siendo vistos por mí de perfil) como si salieran de bambalinas. Cortinados pesados, rojos. Quiero, y pido, helado de cassis, que él me niega porque no es necesario, por el contrario le ofrecen, y sí es necesario, cigarrillos. Al mismo tiempo, la criada nos trae una gran caja rectangular llena de cajitas de fósforos. Deseo vivamente una cajita, son planas, largas, angostas, hermosas, y no tengo necesidad de ellas, no tengo derecho; pero me robo una, y para intentar camuflar ese robo estrujo la caja en la mano para que parezca vieja, pero es inútil, me han visto, devuelvo el objeto. Tomo un fósforo lo bastante largo, chato, rojo, de la caja, porque es hermosa. Él me dice que no es necesario un fósforo porque tiene un encendedor; me muestra el pedernal, pequeños haces de cobre muy puntiagudos y duros que, por otra parte, no sabría usar. En la calle en donde nos alojamos no hay brezos, no tendremos más brezos. En su lugar, hay flores de muerte: percibo una chiquilla insignificante de trenzas rubionas que viene a dejar un ramo en el borde de la calzada, al lado de otros ramos. Descubro que la ciudad es conmemorativa. La calle central está marcada por líneas escalonadas de coronas florales: deben haber abatido en filas cerradas a personas que formaban parte de la resistencia. Al final una mujer de espaldas deja sus flores, después se levanta, con el rostro satisfecho, aliviado, tiene anteojos gruesos, una total indiferencia ante la muerte, hizo caca. Más adelante percibimos un bosque de pinos muy poco tupidos; sin duda están destinados a reemplazar a los brezos. Pero no se enciende ninguna creencia dentro de mí. No niego la necesidad de aparecer: lo sé; pero es imposible que sea dicho. Sé por qué todavía estoy muerta la víspera del lunes, incluso si es provisorio: la necesidad está adentro, en los trasfondos, y no sale a superficie. No es mi culpa. Porque está pasando algo raro: para que esta necesidad surja a la superficie, sería necesario primero que el camino estuviese libre, luego que pudiera decirlo. Pero a causa de mi saliva y mis músculos, sería *mi* necesidad. Pero para decir, hace falta todo

un aparato (laringe, cuerdas, bocas, dientes, lengua, y las palabras). Tengo todo lo que hace falta; joven, fuerte, entrenado, el aparato que me dice nunca falló. En ciertos cuentos de terror el héroe sufre un *shock* tan grande que se queda sin habla, sus cabellos encanecen de repente en una noche, etcétera. No creemos que pase, pero son síntomas familiares. El mutismo y el pelo blanco significan la muerte blanca, un retiro por fuera de la vida más acá de la muerte. Pero no vemos en la calle una persona blanqueada por el miedo. El blanco permanece escondido. Hay en el fondo una necesidad blanca oculta, y encima un lecho de cenizas y encima todavía mi tierra roja.

A esa necesidad de salir y comenzar, le falta la palabra. Su boca es mi boca, y hablamos la misma lengua, la misma lengua se pone en movimiento por nosotros. Es él ahí que tiene mi lengua. Abro la boca ante un espejo, y en el deslumbramiento de mis dientes blancos que iluminan el molde perfecto no veo mi lengua. En la espera todo se escribe, en el fondo, por necesidad. Y esto es lo que está escrito sobre las tablas de la necesidad: Levantame.

Hablame (sé palabra de mí para que pueda hablar).

Decí (Decí yo Yo).

Todo esto está trazado en un polvo que hace la lectura difícil.

Después eso grita, fulgura.

Sacame [*Sors-moi*].

Salí [*Sors*].

Salí.

Salí.

Sacame a fin de que pueda volver a entrar.

Abrí, abrí.

Quiero morir fuera de aquí, donde todo está mudo porque todo es sordo.

La expresión “un dolor sordo” se retuerce en mis oídos, se deforma, se reforma y se dice finalmente: se trataba de una suavidad pesada, o de una pesada suavidad. En efecto, mi pesadez es suave, quizás blanda. Tiene la debilidad de las masas para modelar, la falsa resistencia de esos metales blandos que se graban sin esfuerzo. No tendrá dificultad en levantarme. La Gradiva, por lo que lleva dentro de ella y sobre ella, era demasiado pesada para los músculos de Norbert Hanold. No fue él quien la levantó: no solamente ella se sacó a sí misma sola del pegote del tiempo, sino que incluso tomó a Norbert Hanold por el cuerpo, y lo trasplantó al presente del porvenir, ese presente horizontal que las parejas humanas aman recorrer tomándose de la cintura. Antes de morir, las jóvenes parejas humanas hacen un viaje de bodas: se desplazan uno al lado del otro, tan bien que jamás se ven de frente. En el transcurso del viaje, se convierten en compradores de recuerdos.

* * *

No había ya medios de dormir, y ninguna razón para la vigilia. Entre el domingo a la noche y el lunes pasaba horas y horas mirándome las rodillas. Gracias a la articulación de la pierna, es posible caminar; pero miraba mis rodillas sin objetivo, sin intención, sin deseo, sin movimiento. Miraba la posibilidad de plegar. Adquiría sentido si imaginaba un izamiento, seguido de un avance hacia un destino, tal vez incluso un viaje. Quizás el recuerdo de las bodas que tendrían tiempo y lugar en mi memoria si fuera yo quien la hubiese tenido.

Es siempre la misma historia: salir para volver a entrar, partir para llegar, empezar para terminar, y viceversa. Yo había salido, partido, comenzado, pero todo el resto estaba en su poder, salvo las articulaciones de mis miembros y mis deseos, los cuales (mis miembros y deseos) estaban entonces inertes. Esa historia ya fue contada,

ya perdí todo aquello, y ya olvidé, es el recuerdo de ese olvido el que me tranquiliza. Sé todo de antemano: la única parte que se me escapa es el final. Visto desde el otro lado, desde afuera, se podría tomar el final por el principio: esa espera ya duró, ya tuvo un final.

También nos pasó que viajamos, pero no de viaje de bodas y uno al lado del otro, sin finalidad sin embargo, y sin ninguna otra intención más que alcanzar juntos una altura. Viajar de tal manera que la distancia que separa los dos puntos sea justo lo bastante pequeña y justo lo bastante grande para que sus verticales no parezcan nunca paralelas.

* * *

Caminamos uno detrás del otro, lo seguía, y no veía nada más que su espalda, mis ojos estaban fijos en su nuca, y olvidaba que existen cosas y que él tenía un horizonte.

Caminando detrás de él, no iba más rápido que él, me perseguía en él con un paso igual y sin saberlo. ¡Qué paz activa!

¿Si yo hubiera caminado más rápido, de repente?

Caminaba sin miedo de nada.

Pronto lo veré, al final. Se dará vuelta. Lo reconoceré de inmediato. ¿Podemos imaginar una alegría más grande y más oscura todavía?

Retener el sol, gozar del final de su ausencia. Cerrar el ojo.

Estaba delante de mí.

Me disponía a apoyar el pie derecho delante de mi pie izquierdo, que elevaba desde el talón hasta la punta de los dedos del pie,

cuando finalmente él llegó. Mis ojos estaban abiertos, recibían su sonrisa, que no venía de su boca sino de una cierta tensión de sus párpados, lo que me hizo comprender que la boca es el tercer ojo.

* * *

Él había llegado y yo no llegaba. En alguna parte, el ángulo de 15 segundos era firme. Algo me desviaba en el último segundo. ¿Quién me sonrió ya antes con esa boca? Dolor sordo de ser despedida sin indemnización. ¿A qué otra sonrisa en qué rostro me remite él? Hasta ahora la había perdido, pero él llegó, me habla, tengo los ojos abiertos, estoy de pie, pero la abertura es imperceptible, nada pasa. Estoy perdida.

* * *

Como yo no decía nada y pesaba contra él, me depositó sobre la cama hecha. La cama se cierra sobre nosotros. T. t. se inclina sobre mí. En los cuentos fantásticos, las personas están despiertas con los ojos cerrados: de hecho abren los ojos del otro lado. Ese arco dibujado por T. t. encima mío me construía un lugar de descanso. Cuando se inclina sobre mí, cierro los ojos justo a tiempo para ver escribirse en el interior una palabra: "papá". Con una ortografía absurda con una "s" ("paspá"). No, me digo a mí misma. Es un error. Él murió hace mucho tiempo. En la calle en general piensan que T. t. es mi marido. Podría ser mi padre, pero

En general me cuido, por desconfianza respecto de mí misma, de no hacer un acercamiento a través del cual pueda deslizarme, pese a mí, en una confusión ficticia. Por esa razón subrayo tan seguido las diferencias (apariencia, edad, origen, rasgos particulares, temperamento, destino, etcétera) como lo indica el cuadro aquí debajo, que muestra muy bien que T. t. no puede ser el nombre bajo el cual se pudiera esconder mi padre. Subrayo también en otro cuadro

mental las diferencias que hay entre mi yo-amorosa y mi yo-hija. Por otra parte, tampoco me porto como una niña hija cuando estoy con T. t. Tuve ya varias oportunidades de verificarlo. No es que no quiera que T. t. sea mi padre, pero, al conocerme, al recordar todos los días el temblor de tiempo que sacudió mi vida cuando mi padre desapareció sorpresivamente, no quiero caer en la facilidad de una historia que comenzaría el día bendito que siguió a la catástrofe. Ya hablé de todo eso hace dos mil años, en otra parte y en otra lengua. Conozco bien la forma y la sustancia de sus cuerpos, y no tienen un solo punto en común. Si pudiera confundir a alguien con mi padre, sería más bien a mí misma.

Mi padre

Edad: treinta y ocho años. Gran cuerpo esbelto, dotado de elegancia natural, cabellos negros, rostro muy semejante al mío, constitución delgada, gusano de biblioteca, caminante no deportivo, temperamento autoritario, castigador, taciturno, socarrón, origen: frontera entre proletariado y pequeña burguesía, autodidacta, dotado para las artes, extrema sensibilidad, confiado, liberal. Destino: morir joven.

T. t.

Edad: cuarenta años. Cuerpo delgado, seco, duro, dotado de elegancia natural, cabellos blancos, rostro sin la menor semejanza con nosotros, tipo nórdico, constitución sólida, deportivo, temperamento de jefe, persuasivo, indulgente, sin ningún humor, extrema sensibilidad, sin ilusión acerca de los demás, apasionado por la Historia, optimista, inalterable, nunca se enferma ("recio", dice Eva, mi madre). Destino: perseguido.

Cuando vi que se escribía la palabra, en la oscuridad silenciosa del fondo, tuve la sensación de una burda impostura de mí misma, de una tentativa de reconocimiento fácil, como si fuera una alumna que, al no encontrar la solución de un problema, lanzara cifras al azar con una chance sobre infinitas de acertar. No acertaba; pero tuve una ligera sensación de vergüenza por esa falta de cortesía con T. t. El pensamiento de un adulterio, o de alguna otra traición

(y tuve algunos que me atraviesan sin dejar huellas, sea porque los provocho para poner a prueba alguna situación o alguna emoción) podría llenarme de culpabilidad: no pasa nada. Estoy sin reservas; por el contrario, toda alusión a mi padre despierta a la amante celosa de la unicidad; nunca desconfiamos lo suficiente de nuestro padre. A la inversa, ¿quién sabe lo que la figura de mi padre podría hacer pasar en el fraude?

¿Cómo obtener la prueba de la impostura? La palabra está escrita en letras lo bastante luminosas *bordadas* sobre el oscuro fondo de mi conciencia. Escrita a mano; entonces la palabra fue escrita por alguien. No parece que fuera yo, no creo que sea mi escritura, y tampoco es, lo habría sentido, una escritura disfrazada. Entonces, una escritura neutra. Apenas si pensé que en todas partes hay disociaciones entre los seres y sus nombres, entre la verdad y su voz. Yo soy la autora de la palabra escrita con una mano neutra. Esta palabra no es un nombre, es un vocativo que atraviesa a T. t. y se quiere hacer pasar por el objeto de mi deseo, a lo que me opongo con firmeza. Es hábil. Ya no me queda sino denunciar este simulacro de subversión. ¿Pero por qué está escrita con letras? Se diría que es una carta anónima o bien un mensaje que quiere permanecer secreto, que me envió en el silencio, y del cual T. t. no se enteraría si yo no se lo transmitiera de viva voz. ¿Qué es lo que quise? ¿Qué es lo que quiero? Todo lo que se escribe en el fondo oscuro forma parte de nosotros. Última observación: la palabra se escribió; ahora bien, cuando pienso en T. t. no le escribo nunca, lo veo, lo toco, le hablo, con voz alta o suavemente, y soy yo quien hace todo eso sin intermediarios.

Siento piedad por mi padre que carecen [*êtes*] de defensa y que no existen [*n'existez pas*]¹². Es absurdo.

Todavía una pregunta más, por si acaso: ¿quiero matar a T. t., o quiero que vaya a buscar a mi padre y lo traiga bajo el sol?

12. Ambos verbos están conjugados en la segunda persona del plural. (N. de la T.)

¿Tengo ganas de volver a ver a mi padre? Respuesta absolutamente honesta: no quiero aquí y ahora.

Mi padre y yo no nos conocimos.

* * *

En este punto dejo de dar vueltas en círculos y dejo al pasado hurgarse las entrañas. Mi memoria está aquí y saca palabras de mi boca.

“Felizmente venís”.

Qué extraordinariamente cálido es el sol este lunes, al punto que nos parece tener el ardor de un presagio, nuestra cama está en llamas sin quemarse; el aire zumba con un espesor, un fuerte olor a fiesta, y discutimos con alegría su naturaleza; afirmo que es un olor de mar fresco, el de las aguas meridionales que van y vienen entre las fisuras de las rocas de A. y que representa para mí el ritmo original. Ese ritmo es el coro de un paisaje total que toca y libera cada uno de los sentidos y abre todas las direcciones del tiempo y las gargantas de la conciencia. Huele a mar fresco, sin peces muertos, sin algas podridas, el mar móvil, que muere, que canta, que golpea, acunador de muertos antiguos que plantaron sus huesos en el borde de la tierra, en el borde del mar. A. es a la memoria un palimpsesto. Los pueblos sucedieron a los pueblos, los dioses destronaron a los dioses, los muertos de una raza sobrevivieron a los vivos de la raza triunfal, las baldosas fueron holladas a través de los siglos por extranjeros, señores, esclavos, y nadie hoy se acuerda de eso, salvo la piel de la tierra cosida con huellas ínfimas, y todos los huesos se entremezclaron. La tierra es roja y se entrega a quien la quiera hurgar. La muerte es lo que le sucedió a mi padre.

T. t. sostiene que el aroma del aire es aquel que le hice conocer y que no conozco. ¿Pensamos en el porvenir? Hay que retener este día de eclosión para volver a él: ese día es el lunes que se terminará (o no se terminará) otro día quizás muy alejado de hoy en el tiempo.

Nos llega el momento: el momento nos llega incluso desde todos los lados y desde todos los tiempos.

Es la razón por la cual la frase que dije tan naturalmente hace un momento, que tenía la impresión de que mi lengua era un oído que se escuchaba, late todavía, nueva y misteriosa. Me siento mejor después de que la he escuchado. Las espaldas ya no están del revés, estoy acostada frente a T. t. que está arqueado sobre mí y me hace sombra en los ojos. Él también ama esa frase.

* * *

Cuando el joven Jerónimo se apoyó contra el pilar para pasar la cuerda y no sabía dónde estaban la joven hija única y el niño, no tenía ya tiempo donde poner un pensamiento. El autor dice que sus pensamientos tenían alas pero que se golpeaban contra los muros de la prisión. No había ni puerta, ni luz, ni poder. Los pensamientos estallaban contra las paredes y lo salpicaban de sangre. El único objeto que no lo rechazaba era ese pilar, al cual le hablaba en voz baja. El pilar era todo: el cuerpo de la joven mujer cuando lo rodeaba con sus brazos, el futuro certero, la presencia, la prueba de que no se soñaba, y Dios. Es posible decir que esa columna era la forma del tiempo que le quedaba y el término de ese tiempo. Podemos imaginar que el joven experimentó por aquel pilar, y hasta la fractura general, un amor sublime que se burlaba de las apariencias y no se demoraba en demandas vanas, una pasión imaginaria tan fuerte que la piedra tallada no detenía los labios ni el fervor de Jerónimo. Es verosímil que, al pasar la cuerda alrededor del cuerpo de piedra, lágrimas de ternura lo encegucieran, nombres amados se deslizaran sobre la granulación calma del objeto. Porque era el único ser que le hacía bien. También es muy verosímil que, cuando el joven pasó la noche de vida bajo el árbol de granadas, no pudiera volver a pensar en ese mismo pilar sin un horror asombrado. Pero esto es humano. El amor que sentía

por el pilar era divino: no conocía límite, ni diferencia, ni memoria, ni esperanza, sino un carácter todopoderoso que no se diferenciaba de su vida, y del final de su vida. Su vida no tenía, por otra parte, "fin" imaginable, puesto que este fin no podría haber sido vivido ni pertenecer sino a la joven mujer virgen y perdida. El final estaba en la columna que no tenía ojos para llorarlo, ni orejas para escuchar sus últimas palabras, ni brazos para abrazarlo, ni carne para amortajarlo: también Jerónimo, cuando abrazaba la columna y la llamaba con el nombre de su amante, ya estaba muerto; su final no tenía continuación, había desaparecido, su muerte no tenía futuro, nadie la contaría, no tendría pasado. Tenía la inconsistencia de un presente absolutamente fuera del tiempo. Estaba dedicada a lo ausente, tiempo inhumano, perfecto, sin modo, sin otro sujeto que el que se borraba en la columna. Y de pronto, él no habría sido nunca. Y no podría volver jamás.

Felizmente la columna seguiría ahí. Quedaría algo que lo habría amado. Esta columna era su última hora, su testamento, su heredero, su hijo.

* * *

Mucho tiempo después de la llegada de T. t., suspiraba todavía con un bienestar inefable a causa del final de la frase que él había hecho aparecer y que yo escuchaba moverse, caer, proseguir con la sensación inexplicada de alivio. La escuchaba, la escrutaba, la sopeaba, trataba el encadenamiento y cada palabra como una química del alma buscando el origen de su poder. Todo en ella me daba placer, me encantaba, me parecía de una densidad mucho mayor que lo que la simplicidad de las palabras habría permitido esperar. No habría contenido sino un sentido ordinario, si no hubiera percibido en su última palabra el temblor apasionado de la concepción.

Después de haber hablado toda la noche del jardín y de la prisión, Jerónimo y la joven hija única decidieron volver a su patria (España) donde residía la familia materna del joven, para vivir allí felices. Estaban seguros de que ese retorno a la tierra materna sería su recompensa y salvación. Para embarcarse, debían ir al puerto de La Concepción. El sol ya estaba extraordinariamente caliente cuando hicieron silencio y se durmieron. Santiago ya no existía, dormían entre Chile y España sin caer, su sangre corría en sus cuerpos, no estaban muertos, la justicia había sido abatida, las personas habían conocido el azar; se paseaban en un jardín en ruinas, las paredes estaban por tierra, los techos hendidos, los palacios hundidos, los conventos despanzurrados, los cadáveres dislocados, las cabezas destrozadas, las vírgenes hendidas, los juicios amortajados; franquearon las prisiones más altas con pie calmo, con la punta de los dedos de los pies apenas apoyada sobre las aristas de los portales caídos, la joven hija única levantaba con su mano izquierda un segmento plisado de su falda, por miedo a rozar los restos de su padre con un pie sin darse cuenta. Si las calles estallaron, ¿por dónde pasaría la procesión si el cuerpo de la Ley estaba hecho trizas, cómo su letra podría hacerse edicto, si el templo estuviera roto, cómo los dioses penetrarían lo bajo? Si ya no hay puerta, no hay pasaje. Ellos anhelaban España, y entrarían a través de La Concepción, a través de los mares, por la puerta de Cádiz. Extenderían un manto en el interior de las tierras; todavía no habrían hecho el amor nunca, porque en ese nuevo mundo allá lejos la joven mujer era todavía única y virgen. Eso cuando las sacudidas terminaran. Saltaban por sobre los pilares de los templos, y creían que la destrucción de las cosas contenía la inversión de la Ley. Como si el alma fuera la estructura del cuerpo. Sólo quedaba en pie en el área un edificio religioso.

Cuando supo el verdadero nombre alemán de la Gradiva, N. Hanold miró con insistencia a la mujer esbelta cuyo paso y forma del pie conocía tan bien; y la tranquila indiferencia de ese rostro un poco menudo lo atrajo violentamente por el hecho de que ese rostro no buscaba retenerlo, ni siquiera atraerlo. Parecía uno de esos Escritos extremadamente trabajados y densos, o bien una de esas excavaciones que lo habían ocupado tan absolutamente que él se había sentido arrojado a ella, más que metido dentro por su voluntad, y respecto de la cual no había sabido nunca con claridad si se trataba de su propio proyecto que lo llevaba siempre más adelante, o si la exaltación que lo embargaba no era en realidad el reverso de una atracción irresistible ejercida por el sitio a excavar, y no por lo que podía esperar encontrar en él sino para hundirse, abandonarse, ser precedido por aquello que él diría más adelante sobre el sitio en un artículo erudito cuyo autor no sería él sino las excavaciones. Frente al rostro tranquilo que lo tentaba a fuerza de no tentarlo sentía esa sensación oscura de no tener sino que reproducir aquello que, por otra parte, lo esperaba: a fuerza [*à force*] más bien que a sentido [*à sens*], justamente, ya que Hanold no buscaba entender sino mantener la superficie inviolada, esa aterradora virginidad llamada mirada que se posaba sobre el mundo con la misma verticalidad segura de sí y lista para volar que caracterizaba el movimiento de su pie. Porque todo en ella era signo de desasimiento, tuvo el deseo de una perpetuidad: él le propone entonces hacer un viaje de bodas a Pompeya. Dicho de otra manera: ¿quiere usted se lo ruego compartir el lecho [*couche*] de polvo conmigo? Algo le decía que el sol y el polvo tenían que favorecer la concepción excitando la imaginación del porvenir. La idea de conocer a la Gradiva entre los vestigios lo llenaba de una gravedad deliciosa.

La prueba de que toda esta historia es una invención está en el retorno del viaje de bodas a Pompeya, normal si se trata del

arqueólogo, pero inconcebible para la joven hija alemana del zoólogo. Este relato se termina como un cuento de hadas, sin duda porque el autor quiere mostrar que su héroe se ha salvado, entonces ya no tiene miedo de morir sino que goza con el espectáculo de la muerte que él cree que pertenece únicamente al pasado. Todo ocurrió entonces entre dos lechos, un lecho de una plaza y un lecho de dos plazas. El casamiento es un acontecimiento de clausura. A su modo, es uno de los nombres de la muerte: lo contamos siempre en pretérito perfecto simple. Se casaron y cayeron convertidos en polvo.

* * *

Dije: felizmente venís, y no: felizmente estás aquí. Lo que quería no era entonces la presencia, la permanencia, sino el acontecimiento reiterado, el presente de confianza y de aparición, el tiempo de la irrupción deseada, renovable, el porvenir sin límite del pasado reciente. El presente, por otra parte, es el tiempo en el cual él formula todas sus preguntas, y esas preguntas tratan casi siempre sobre una esencia, una naturaleza o un lugar: si las miramos en su totalidad, el conjunto deja aparecer el sentido del cuestionamiento que tiende a suprimir todas las pistas de aterrizaje donde yo podría posar mis tinieblas: una vez por todas él ha despegado, vive en la verticalidad de nuestro lugar común, sobre este lecho cuyos pliegues borraré cuidadosamente hace un momento. En cuanto a mí, sé, cuando le respondo, que completo un cuestionario que él dejó en blanco para que yo cubra con mis palabras lo que él comprende: así, al darle respuesta, busco ser su estilo, escucho el silencio refluir después de su pregunta, como leería con la punta de los dedos si estuviera ciega, y sólo tengo, con los ojos cerrados, que seguir esos rastros.

Sueño con frecuencia que estoy frente a la puerta de entrada de una casa donde intento atraerlo; la puerta está ubicada en una callejuela extraña, un túnel de paredes protuberantes (con arcos abombados del pie de una catedral cuyo domo rojo entreveo, levantando la cabeza, como si fuera un seno, vestíbulos inflados de las moradas). Esa puerta no es la principal, es la puerta de servicio y su gracia me hechiza al punto en que viviría ahí con más ganas que en el departamento moderno y anónimo que no puedo hacer entrar en el sueño. Está hecha de vidrio y conchillas, información que la colma de una cierta curiosidad, porque, dice él, ya no se las hace de ese modo. Estamos ahí. La puerta tiene mi altura. El marco está abundantemente incrustado con conchillas; la masa central está hecha de vidrio; primero hay una franja perimetral de vidrio de ese color azul Virgen que me deslumbró en Chartres en otros tiempos; el centro es blanco, lechoso o quizás amarillo muy pálido, pero desde que el ojo se posa sobre él, descubre más bien que es de vidrio esmerilado granuloso tal como se los usa para las puertas de las habitaciones secretas, aquellas donde uno quiere arreglarse sin ser visto. Subo a la parte superior de la puerta, hay tres agujeros en el vidrio, de dos o tres centímetros de diámetro, agujeros nítidos que no provocaron rajaduras sino un simple ensanchamiento como los de un cráter en torno del orificio. Alguien disparó sobre esa puerta, deduzco que son las huellas de la guerra del 39, él afirma que es más reciente. Todo esto no tiene mayor importancia, porque lo que quería compartir con él era solamente esa playa en la cual su voz, al retirarse, me había dejado en el oído puntos de referencia. Como conchillas, sabiendo que completaría su discurso, que él mismo designa con la expresión "pregunta profunda de amor".

¿Por qué plantearla (inquiero esto porque sus preguntas siempre están en tiempo presente, y llenas de sus propias respuestas)?

Para que tu respuesta haga surgir y crecer lo que existe.

Quisiera decidirlo a permanecer conmigo en esa casa cuya puerta trasera está ribeteada de vidrio azul ultramar, pero es bastante reticente.

* * *

¿Sabe él que, cuando me interroga, no estoy ahí? Viene del sábado, tal como lo veía ahora en los espejos de los negocios de ropa sonreír a mi sonrisa, pero entonces esa sonrisa no remitía sino a las risas de nuestras imágenes de deseo, nos reíamos de disfrazarnos, mientras que dentro de nuestros verdaderos ojos estábamos franqueando los muros derribados hacia un nuevo mundo. No había nadie. Quién sabe en qué jardín él se quedó desde entonces. Recuerdo que yo estaba ahí, hace tanto tiempo, y quisiera volver a estar. Pero, entre dos días, me caí. Si me caigo él me va a buscar. Entre sus miles de fuerzas, hay una que me puede hacer volver. Hay que encontrar la fuerza correcta. Ya es bueno que él se incline sobre mí y diga mi nombre cuatro veces. Cuatro es una buena cifra. Al cuarto llamado, abro los ojos y empiezo a moverme. Todavía más, todavía más, es necesario que él me llame, todavía más, todavía más, es necesario que venga, todavía más, todavía más, todo depende ahora de su perseverancia, subo, alguien me soltó y mis miembros se mueven libremente, entonces sólo depende de él, es preciso que venga todavía un poco más; ahí voy a poder. ¡No me sueltes con una palabra!

¿Sabés qué cosa carece de límite?

Me apoyaba contra la puerta de vidrio en el punto neurálgico, de modo que se desgarró de un golpe con un ruido de rayo desconocido, gritos secos del vidrio, briznas de vértebras, horrible estallido de un cuerpo casi humano, explosiones de sentido que destruyen el mito del camino trazado: porque ahora se podrá pasar, a partir del centro, a través de todos y en todos los sentidos, puntas de verdad que se sujetan en todos los rincones, incluso los más cerrados

de la memoria, y de mis ojos. Fulguraciones que no dejan zona sin tocar, todo está capturado dentro de una luz que sorprende las furtividades, las escenas más banales están hendidas por escenas de violencia inauditas; terminados los ceremoniales, las prudencias, las concesiones; los cortinados flamean, las pestañas quemadas caen de mis párpados en el hueco de mi cuello; la sangre corre en Pompeya, se insinúa en los lechos desecados y las venas muertas. Pompeya se levanta, soy César atravesado por todos sus costados, gozo sin dolor de los veinte derramamientos. Pero, dice mi memoria sensata, César no es una mujer, no sos vos: inútil, aquí en la luz muy poderosa de nuestros ojos, no hay límite, César me sirve para derramar mi sangre que es roja.

¿Quién carece de límite?

Casi no pude volver por el orden de nuestro discurso: en efecto, esa pregunta precedía lógicamente mi exclamación: felizmente venís. Cuando ambas frases por fin se tocaron, la mía y la suya finalmente acopladas, las tinieblas se rasgaron, fui capturada desde todos los sentidos y ahora, si estoy convulsionada, es por las sacudidas largas y regulares de la visión profética. Cuando pienso que casi tomé a Pompeya por Santiago. Un detalle: la ventana de mi habitación en la extraña casa de la puerta vidriada se abre sobre un jardín-cementerio en altura. Me dicen que bajo las baldosas grises descansan los cuerpos de los ahogados por amor: son sirenas; hicieron grabar sobre la piedra convexa dulces acusaciones contra los hombres.

Oh, veo todo, veo todo, la luz gotea de mis pupilas, baño todos los cuerpos, los que vivieron, los que viven. Estoy atormentada por mi propia potencia de risa gigante. Llevá conmigo el mundo, mi amor que me llevó en tu carne cuando ya no podía ver. ¿Por qué el profesor Hanold tuvo que ir tan lejos para encontrar a su bien-amada, que estaba en la misma calle que él, en Alemania? y ¿por qué Kleist tuvo que invertir lo alto y lo bajo tan lejos de España, que está tan lejos de Alemania? ¿Y cuál es la tierra o el mar que tuve que atravesar entre el sábado y el lunes?

Veo todo, la luz está en el fondo de las aguas, las cosas en el fondo son resplandecientes.

En el detalle del sueño, son las sirenas las que perecen ahogadas. En otra parte se dice que ellas son las ahogadoras. Y en el país de mi madre, al borde del Rin, hacen caer a los hombres al río. Todos esos países y esos lechos están lejos, los he olvidado.

Aquí, en el presente de nuestros hallazgos que contamos sin descanso entre él y yo, no quise ahora convocar lo que no existe, él quería pasar, yo lo detuve, él escribió su nombre y yo lo borré. Quisieron separarnos, mi amor, el mar y el polvo quisieron envolverse, y casi te tomé por muerto. Muerto, habrías sido mi muerte. Ya dormía sin otros sueños que los de mi cuerpo; y tu lengua viva me despertó. Estaba en duelo, y vos me descubriste. Escuchá, escucho todo. La verdad me impacta los tímpanos, me dice: "Esto no tiene límite. Tu cuerpo vivo carece de límite. Vos sos el arco que me dispara y, ahí donde me planto, vibrás. El espacio afuera no está ni roto, no caigo en sus tumbas, está acá desde mí hasta vos desde vos hasta mí, circulamos de hora en hora, de saber en memoria, de noche en día, sin límites en el interior de nuestra infinitud. Nuestra superficie es el sol de nuestra profundidad. El mar es nosotros. El barco es el lugar donde cruzamos tus preguntas y mi respuesta. Hablá, y yo sé. Siempre venís".

¿Dónde sentís que no hay límite?

Ahí donde llega con su cuerpo. No es un hábito, es un milagro, es una llegada sin partida previa, el presente absoluto que ningún pensamiento, ningún ser, ninguna muerte, ningún mundo predijo, el presente total donde veo todo a la vez, desplegado con tanta perfección que lo puedo abarcar con un golpe de vista: lo visible es también lo previsible, Alemania es nuestro Chile, no hay nada que yo no haya visto hace dos mil años hoy; esa previsibilidad hace nuestro imprevisto cotidiano, nuestro increíble imaginado, ese fundido del espacio replegado entre nuestros vientres, reversible.

¿Por qué querés mi cuerpo?

Primero y último, lo atravieso para alcanzarte. Hago con él la carne y el esqueleto de mi alma. Sobre todo no hay primera pareja, no hay un par que engendre, no hay función reproductora. Quiero ser hija única y virgen y a rehacer. En todo momento quiero poder entrar en este cuerpo, en este pensamiento, en todo momento poder estar delante de él como ante el muro del templo que no existe, que no existe sino cuando franqueo el muro y si soy la puerta misma. No puedo “prescindir” de tu cuerpo totalmente otro, por lo tanto todavía no salí. Él me hace hacer millones de amor, no soy yo, no es mi padre. Todos los misterios están ahí presentes: veo mis huesos a través de tu sangre, estoy delante y sin embargo estoy adentro, soy la mirada y su abolición. Conozco eso mucho mejor que mi propio cuerpo, esta es la forma de mi organismo, lo concreto, el mundo reunido, la prolongación de mi consciencia, el pasaje de mi esperanza.

En el presente de vigilancia absoluta, responde en el soplo de mi pregunta.

¿Cuando estoy mal, llorás?

Sí, cuando estoy mal vos llorás.

¿Cuándo lloraría yo?

Un día voy a llorar, habré encontrado nuestras lágrimas.

Y cuando escucho estas palabras no puedo contener mis lágrimas: lo escucho decir la palabra “lágrimas” y he aquí que, como en una desgarradora *lectio divina* que se transmitiera a través de su voz a mi imaginación hecha rostro –en llanto– del amado, esa palabra se expande en mi lengua hasta mi pecho en una continuación amarga, y dulce sin embargo, hace sonar sus sentidos que o bien se desatan, y parecen evaporarse, o bien recomponen una amenaza que se cierra sobre mi garganta y me hace temer la muerte, alarmas, armas, filos se entrechocan alrededor de nuestras almas. Tengo miedo. Un temblor retrospectivo subleva a Pompeya bajo mis pies: casi me recosté de lado en el rincón de la casa de Meleagro. Si no venís, agonizo.

Le puedo decir todo: cómo lo perdí en el polvo, cómo el amor no llegaba, cómo las palabras no salían, y que eso no me afectaba, y que sentía solamente el aumento del peso; él hablando yo me aligero. La historia de esa nada es nada. Pero pronto es el desahogo y no tengo nada que explicar. Se expandió.

Todo se deposita.

Por esta larga espera en una posición poco cómoda mis piernas se entumecieron, mis muslos se tensaron. Me alza y me despliega hasta que vuelvo a mi altura natural, y la memoria de nuestro porvenir, el uso amoroso de la cama y la estructura de todo movimiento. Alegría de la articulación: imaginen un ser sin rodillas, sin codos, sin deseo. Un huevo. Después imaginen ese ser desatado, plegándose, doblado, arrugado, en circulación: viajamos cambiamos. Su pierna mía.

Si no fuera él, no creería lo que me dice: “¿Sabés que desde el sábado tu lengua cambió?”. No lo creería, no lo entendería incluso si no fuera él entonces yo. ¿Lo sé?

El término *délivrance* [alumbramiento, entrega] designa familiarmente la placenta. Hay que dejar crecer la propia lengua durante 15 días.

* * *

Debe venir (llegar) a las 14.15. A partir de las 13.45, aproximadamente, mi cuerpo empieza a esperarlo, gira hacia la puerta; mi cabeza se inclina, mis brazos se abren, ya lo siento aquí, soy un vacío vibrante de pequeñas alegrías.

A las 14.15 no está, no todavía, no tengo miedo pero todo se apaga. Me hunden, me ablando, estoy sin fuerzas. Es un fenómeno que empiezo a conocer: si no venís, me muero.

Finalmente vino. Dormí esos cinco minutos con una profundidad tan lejana e impalpable que la palabra no me vuelve a los labios sino muy lentamente. Él me sostiene, me lleva, me estrecha,

se ocupa de mí, yo espero. Sonrío. Me besa pero quiero besarlo. Lo arrastro hacia la alfombra para besarlo, le digo que quiero besarlo, pero es él quien me besa. Tengo necesidad de besarlo. No se trata de un simple deseo, de una excitación, de un impulso, sino que estoy empujada por la necesidad de besarlo reproduciendo ese beso de la noche cuyo sentido no entendí, ni sus agentes, pero que siguió pegado en el fondo de mí bajo la forma de necesidad: exactamente lo que hace falta para vivir.

/estábamos en un recorte de paisaje veneciano o italiano, ya no sé —sin dudas pensé en Venecia porque al pie de la escalera bastante abrupta y enmohecida del umbral donde nos habíamos extendido, empezaba un canal arrinconado por un muro muy alto y oscuro, también tapizado de musgos húmedos—. A la derecha, a media altura, había una suerte de mercado cubierto de telas donde se exhibe un tablón en la cual se disponen mercancías muy vistosas (parece que fueron diseñadas para algún proyecto creativo). Y he aquí la acción: estoy combada, recostada, sobre un ser que está muriendo, que quizás ya esté muerto, entonces justo antes, y lo reanimo. No me veo: en lugar de mí, hay una neblina blanca, difusa, activa, dotada de sensibilidad, puesto que siento todo. Beso al ser extendido debajo de mí. Este beso nada tiene de un beso erótico: es un acto de poder. Hay que arrancar al ser de la muerte, hacerlo volver a la vida. Ese ser me perturba pese a la extrema familiaridad que hay entre nosotros: es largo, delgado, angosto, negro, y aunque no pueda en lo más mínimo discernir sus rasgos (pero ese negro oliváceo es del color del muro) es a la vez femenino y masculino. Sin embargo, no dudo en besarlo. Lo beso de este modo: tiene la boca abierta, la veo, grande, abierta. A decir verdad, es más bien el orificio oscuro por donde tengo acceso al más allá, quizás a la tierra, y donde sé que puedo recuperar su hálito. Lo beso, mi lengua en su boca se hunde recta, succiona, trabaja, gira, convoca, esta lengua es mi lengua, musculosa, poderosa, se puede cansar pero es fiel, segura: es imposible que el ser híbrido delgado

negro agotado no vuelva a la vida. Aunque el éxito de mi tentativa no sea todavía manifiesto, es indudable: futuro es ya presente, lengua poderosa de mi certidumbre. Ahora bien, no me alegro; en algún lugar, ese delgado cilindro oscuro se une con las canalizaciones antiguas a través de las cuales hice correr mis lágrimas de impotencia, antes. ¿Qué es un ser largo, delgado, negro, joven-viejo, masculino-femenino, ni hombre ni mujer, ni muerto ni vivo, extendido en un rincón sepulcral de Venecia? (Hanold propone entonces a Zoé que hagan su viaje de bodas al pie del volcán. Otro la habría llevado ahí donde los canales no se hunden en la tierra en fusión sino en el mar en coagulación).

Ese beso me vuelve; quería reanimarlo, debo reanimarlo. Y he aquí que en mi cuerpo soñador se propagan chispazos inconvenientes: gozo ahí donde estoy trabajando. Si siento ese placer familiar pero desplazado, cortado de la pareja de Venecia sin embargo porque lo que siento aquí no tiene lugar allá, es entonces T. t. quien se estira negro y descarnado, debe ser él, es preciso que sea él; pero solo ese placer negro difícil (esa lengua está anudada, endurecida, túrgida, y es cada vez menos mía, está cortada de mi cuerpo soñador; se parece a un brazo, se hunde, va a buscar en lo negro) y embarazoso me obliga a pensar que el ser que vuelve, puesto que estamos atravesados por un soplo oscuro, yo niebla informe, el ser anónimo, debería ser un sustituto de T. t. Pero mientras junto y excavo y el agujero se convierte en cráter, y salgo de lo negro para esperar a T. t., se me revela que el ser que no tiene forma sino ese alargamiento negro y esa cabeza estrecha y desconocida, sin ojos, sin voz, sin edad, es el cuerpo de la muerte. ¿Besé a la muerte para que ella viviera? Pero el fuego se propaga en mí. ¿Y si la atrapé, entonces voy a morir por ello? ¿Estoy donde estoy? “¿Para qué hombre excavás, amigo? Para ninguno. ¿Para qué mujer, entonces? Para ninguna, señor”.

Hace algunos años, supe lo siguiente: mi padre no era ni hombre ni mujer. Lo vi ahí donde lo había dejado cuando todavía era un

hombre, en el lecho angosto de un hospital. Ahí vegetaba entre las edades y los sexos. Con los años, había perdido el envejecimiento y era largo y débil, oscuro y polvoriento; no hablaba sino que miraba. Sus cabellos largos rozaban el suelo. Mi madre contaba que no estaba muerto, pero que, al no tener ya fuerza para vivir, se había retirado con su acuerdo. La felicidad era mi ojo derecho, la infelicidad era mi ojo izquierdo, ¿cómo habría podido mirarlo? Anhelaba un tercer ojo que nunca lo hubiera visto. Y no me acerqué a él, no lo toqué. No lo besé, no estaba muerto.

Dejemos que nuestras madres amortajen a nuestros padres.

No es él, ese ser negro y joven que hay que besar, que está entre dos lugares y podría devenir [*devenir*] volver [*revenir*]; recuerdo que uno de nosotros había dicho “llamame por mi nombre para que te conozca”, pero nadie pronunció ningún nombre. “Más vale asesinar a un niño en la cuna que alimentar un deseo insatisfecho”.

Oh tú hijo mío padre mío mi sangre es preciso que, sin peso y sin forma suspendida por encima de tus miembros, cúpula brumosa, te atravesase y me alcance.

¿Era la muerte aquella cuyo cielo era yo esa noche? No me veía a mí misma. No se me reveló ningún rostro. ¿Quién moría sin nombre sin sexo, recostado de espaldas en un rincón elevado de una ciudad de aguas verdes? El ser estaba recostado de esa manera, de espaldas, como estaba recostado: se presta a la repetición. La cabeza estaba apoyada en los adoquines chorreantes en el ángulo sudeste del cuadro. La lengua venía de arriba y del centro. Así. Desposo: combada lo abordo, soy. De inmediato no soy. El afuera finalmente se me da, con el nombre, con el sexo del ser que fue llamado, con el moisés y adentro el niño recién nacido; con el deseo jugado, la boca que se volvió a cerrar, las aguas oscuras escurridas. “La cabeza: Sublime”, era la mía; ese ser que no era yo, y que no era nadie porque sólo podía ser yo, pero no tenía a nadie para decir mi nombre. ¿Quién me besa? Mi lengua en el moisés, salvada de las aguas. “Los órganos genitales: Belleza, las manos

y los pies: Proporción". Soy reconocida; estoy bien. Estoy hecha. En un momento me voy a levantar. Me llaman provisoriamente la Venecia, la que ha venido. ¿Cómo habría podido decir mi nombre cuando no tenía lengua en mi boca y la lengua estaba suspendida en la vertical, y la deseaba?

* * *

Llegó el momento de preguntar: ¿qué relaciones hay entre mis lenguas? ¿entre todas nuestras lenguas? Me cruzaste. Nuestras lenguas se cruzaron. Esta tierra roja que soy tenía necesidad de tu saliva: la actualizó con sus dientes, sacó de mí cenizas, me llevó dentro de su carne. Él dice: "Tu aliento, si durmiera, su perfume, me despertaría. Si estuviera muerto, volvería. ¿Lo creés?" –Lo creo, lo sé–. Nos pasó de morir ya dos veces. La segunda vez, volvió por mi aliento: la primera vez lo perdí de vista, de sentidos, de hálito y de carne, pero finalmente lo vi todo entero, lo odié, estaba separada de él, pero finalmente se volvió a pegar a mí.

* * *

Conocemos los terrores, las dudas, los agujeros negros y los blancos, las presencias eternas, las potencias primordiales, las primeras aguas y las últimas. En el entrecruzamiento de nuestras lenguas nos llegó un tercer cuerpo ahí donde no hay ley.

* * *

He aquí el capítulo de la ley: Tu ojo izquierdo reventarás. Después reventarás tu ojo derecho. Me escupieron a la cara, y él no estaba ahí para limpiarme. ¿Cómo perdonarle ese escupitajo? Le digo entonces: "¿Por qué me escupiste al rostro?" y también "¿Me escupirías al rostro una vez más?". Y él: "Desde el momento en que no

estoy ahí para limpiar tu rostro, eso no puede ser importante". Y yo: "Me escupieron al rostro. Y tus palabras que eran los dedos de tus manos se convirtieron en cuchillos".

No, las palabras se convirtieron en tus manos, tus dedos. Podemos decir cualquier palabra.

Vení.

Digo vení. La palabra fue dicha. Los dedos de tus manos son dichos, pero no los escucho. El escupitajo habla a la piel de mi rostro. ¿Voy a poder olvidar alguna vez esto? ¿Qué nos va a hacer? ¿Se va a incrustar en mí? Nos preguntamos cuándo ese dolor va a dejar de destrozar el corazón.

Caminábamos uno detrás del otro, yo lo seguía y solamente miraba su espalda, y me había olvidado de que existían cosas y un horizonte. Él estaba delante de mí. Deseaba su rostro, su pecho, los pelos en su pecho, las palabras sobre los dedos de sus manos. Estaba iluminada. Me escupieron al rostro. Mis párpados brillaban con la mierda del mundo, pero él caminaba delante de mí, se había olvidado de que existían leyes y grupos, y estaba delante de mí, lo escuchaba caminar. Cómo podría alguna vez dejar de sangrar y derramarme. Lo llamo pero mi voz es trémula. Le pido a alguien que lo llame por mí. Me lo pasan. Me lo envían. Es un complemento de objeto. Cuando lo llamaba, mi voz era débil, pero lo veía, era alto, era más alto que la media, como una figura de dios. Hay que ver a los objetos como son: vemos que son pequeños e insignificantes frente a la potencia humana. La ficción se descubre. Me lo envían.

Fue enviado, me mira. Tengo la cara brillante de nuestra sangre y de la mierda del mundo. El golpe de hacha nos cortó.

Estoy aquí, sólo tengo que mirar delante de mí para saber qué quiere decir la palabra distancia.

¿Cómo continuar encajando mis pasos en los suyos?

Ya no somos el encajarse de los sentidos y la palabra. Estoy pesada y luminosa y azufrada. Desde ahí donde estoy, te veo. Estás ahí donde estábamos.

Soy inmensa, soy monstruosa, esa hacha me desmesuró. Tengo tan poco ser y tanto peso. ¿Qué haría hoy con el sol, yo que destello de dolor? Perdés mi vida. Atravesás. Ese borde donde me dejás no es borde de nada. La separación separa. Ayer a la noche, ¿sobre qué tenía yo los ojos abiertos? En el momento en que iba a llamarlo, sobre él, lo estaba acariciando con los ojos. Luego, he aquí lo que veía: veía a alguien delante de él, verdaderamente así es como veía y él detrás, bastante lejos, retirado, en las sombras. He aquí lo que yo veía y estaba adelante, miraba, como se mira la propia pesadilla.

Los hechos fulguran: ¿quién limpiará alguna vez ese escupitajo? ¿quién destruirá la casa donde no estoy? ¿quién reducirá el espacio entre nuestros flancos? ¿quién me devolverá la sombra de tu cuerpo sobre mi cuerpo? Todo no tiene ningún sentido, cosa, ser, no. Todo no tiene sentido. Hay demasiada muerte, no el suficiente fin. ¿Dónde encontrar, dónde no sabemos qué fuerza, acaso es la fuerza de Dios –yo– creo, acaso es la fuerza de Mi – yo – me – hago – creer, dónde encontrar la esquirra que no hace estallar, a través de qué volver a alcanzarnos, no sé a través de qué, estoy ahí, estoy delante de nosotros, asedio tu cuerpo, nuestra piel, cómo hacer? ¿Qué decir, a quién decir?

Permanecer quietos mientras el tiempo pasa, recostados, desnudos y con los ojos abiertos después cuando el tiempo se acerca cerrar los ojos rápidamente el uno sobre el otro, los párpados apretados, entonces hay más distancia entre la mirada y el mirado, su cuerpo es mi visión, él carga los muertos sobre él, y todo vuelve a las mismas diferencias que son esos lugares donde nos cruzamos.

Hay que dejar crecer la propia lengua mientras el escupitajo se seca. Entonces él me pide las caricias más extrañas: que con la lengua lo horade ahí, y ahí, y ahí, y lo horado temblando de miedo y de esfuerzo, pero es de mí de donde sale la sangre que llora. Cruzate conmigo, dice. Lo cruzo. Le creo¹³. El tiempo pasa sobre nuestros ojos desnudos; blancos sus ojos, rojos los míos.

13. Lo cruzo (*je le croise*) establece un juego de semejanza fonética, aun si no perfecta, con “le creo” (*je le crois*). (N. de la T.)

La separación se separa. Ahora la muerte es alta —ya no hay noche—, y de ella emana la vida. Quiero dormir. Me adoso a él como Josefá a Jerónimo, pero no tenemos un niño; cada uno ve al otro y lo impregna.

Pasa su brazo izquierdo alrededor de ella que le da la espalda, siguiendo la figura de Moisés, se vierte en él, se baña en él, se moldea en él hasta prender, con su brazo par él aprieta ese cuerpo hallado sobre el cual se quiere cerrar. Quiere que ella entre ahí, que ella duerma ahí, ahí donde se abre suavemente la piel eso no nos hace mal, no hay aquí entrada, no hay hendidura ni hendidor hay ahí donde la lengua ha pasado, en el pecho. Me deslizo mientras que él me habla. Su voz es dulce y alta, viene de arriba. Dice: Soñá con nosotros. Debo haberme aventurado muy adelante. Predicado lo ilumino, hablo de él ahí donde estoy, afirmo que es muy hermoso. Lo califico apasionadamente, soy afirmativa.

* * *

Sin embargo él dijo: Soñá con nosotros. Se convierte en una orden ahí donde estoy. Me provocó: ¡Hacelo! dijo, pero es él quien debe hacerlo y yo solamente puedo decir lo que él hace. No soy sino la lengua donde se posa su pensamiento. Me conmina: Soñá con nosotros. Giro en dirección a nosotros pero en ese giro desaparezco, y soy expulsada: porque puede haber sueño pero no hay nosotros; me despierto en otro lugar de sueño, donde me hundo de nuevo en dirección a nosotros; alcanzo, dentro de una gran profundidad, un lejano de nosotros desde el cual comienzo a hacer visualmente la historia del cuerpo; me apuro, me apresuro y me rememoro, veo el cuerpo donde estoy desde los orígenes y de punta a punta, estoy ahí y aunque visto desde aquí el cuerpo conocido sea gigante, lo veo desde todos los ángulos a la vez, lo que supone el ojo gigante de Dios.

Pero al verlo desde todos lados, gigante, entero, afuera, la piel desenrollada, después enrollada, dentro donde todo es sombra y

rojo, ya no estoy ahí. No soy la soñadora de nosotros. Estoy en un sueño que envuelve un sueño, soy la piel del sueño y sueño esa piel, soy el afuera del adentro, el ojo que se ve viendo de todas partes, él es el amo gigante, el edictor de la Ley, soy el edicto que se establece. Muy rápidamente se produce una modificación en la gramática del sueño. El ser no se mueve. Es muy hermoso. Es. El sujeto, según lo mire con un ojo par o un ojo impar, es masculino o femenino: no depende del ser sino del ojo. Siguiendo. Cuando el sujeto es visto con un ojo par, me lleva en sus brazos, se hace cielo, se recuesta encima de mí como un arco, es toda apariencia. Un placer ver la superficie de su pecho desnudo o moldeado en las pieles de los suéters adherentes, un muro curvo y modelado para tranquilizarme.

Cuando lo vigilo con un ojo impar, accede a mi deseo sin resistencia: dentro de la carne está el nombre común femenino singular de nuestra existencia ilimitada; depositada en la cavidad, rociada, extendida con los ojos cerrados, me dejo hacer por quien me materializa hasta que no podamos distinguir lo masculino de lo femenino. Literalmente aquí, Él es Ella, Ella es Él; él –o– ella es el tuétano y la sangre de su belleza (de él, de ella). Es es Dios, es él o ella, gigantes, vistos con el ojo –uno de todas partes–. ¿Quién dice: “Despegame, sepárame del ser, para que mi lengua pueda entrar y salir, expulsame”? Hay momentos resplandecientes donde no sabemos ya cuál de nosotros es la madre, cuál es Dios.

* * *

Mi madre tiene un nombre importante. Ese nombre es Eva. Mi madre sobrevive. Es primordial, inolvidable. Es a veces mi hija entonces se pone mi ropa que es un poco demasiado amplia y demasiado chica para ella. Tiene esta sonrisa: A veces rogaba para que se levantara y me iluminara. Su madre la llama Eva, Eva, E'va. En la *Gradiva* no se habla de la madre: las madres fueron olvidadas,

quizás jamás hayan existido. Es cierto que la jovencita camina en Pompeya como quien habría nacido de las piedras; se desliza dentro de los muros que el terremoto agrietó [*lezardé*]¹⁴, aparece y desaparece bajo los ojos abiertos del arqueólogo. Tiene un padre con el cual se tropieza por casualidad, mientras él repta por las baldosas incrustadas de signos en las calles secas de Pompeya.

La Gradiva sale de las paredes a la hora del mediodía para ir tranquilamente a sustentarse al sol, mezclando el calor y el pan, el cuerpo dentro de sus pliegues, el rostro menudo, los párpados inmóviles sobre un pensamiento replegado. Solamente sus labios se mueven, mastica, escuchamos los insectos crepitar y las mandíbulas de la Gradiva triturar suavemente. Es una persona joven que no desdeña los alimentos. No tiene nada que hacer en Pompeya.

Yo, Gradiva, hija viva y activa de un padre que pasa sus días reptando lo más cerca posible de la tierra que excava con los dedos, con los ojos, con la paciencia, durante horas, a veces inmóvil, un tronco muerto que se confunde entre los pilares caídos, esperando que salga la bestia deseada, conozco de memoria los grafitis amorosos que arañaron los estucos de Pompeya viviente.

El verdadero nombre de la joven alemana empieza con Z. Su padre es zoólogo: ella piensa que su madre quería complacer al erudito y hacerse perdonar por ser mujer o presente, es la razón por la cual intentó que la niña pasara por un animal: ¿si no por qué razón, cuando Zoé aprendió a reconocer las inflexiones maternas, descubrió que sus primeros nombres infantiles eran los de los animalitos, pájaro, ratón, gorrión, tortuga, *Spatz*, *Mücke*, *Fliege*, *Biene*, lo que la llenaba de miedo ante la idea de que era muy difícil reconocer una polilla de otra a simple vista, y quizás su madre la llamaba Zoé para que su padre la reconociera, se acercara a ella, la estudiara?

14. *Lézarder* (agrietar, fisurar) se emparenta etimológicamente con *lézarde* (lagartija), que aparecerá en las próximas páginas. (N. de la T.)

¿Cuáles son los recuerdos infantiles de la Gradiva?

Recuerda que le gustaba torturar a los animales tomándose todo su tiempo.

¿Y qué hace en Pompeya? Pasea con un paso semejante al vuelo de un gran pájaro.

Atraviesa las casas y los templos, se desliza por las hendiduras de los muros resquebrajados [*lezardés*]¹⁵. Las casas de Pompeya no conocen las puertas.

¿Amaba al joven arqueólogo?

Sí. Sí, porque él la había conocido en otra época por su nombre y porque la había olvidado, porque él estaba completamente loco. Porque él se mantiene recto y porque es un joven bastante elegante, porque es desposable.

* * *

Mi madre ocupa. Hormiguea. Sale de todos los lugares. Esto dura algunos días, al cabo de los cuales el hormigueo es reemplazado por diversas eclosiones. Ya no contamos los días, ni las huellas. Ella gana terreno. Es numerosa.

Salís de todas partes, le digo.

¿Está bien? ¿Ya tu padre mejoró?

Los muertos no hacen nada. Arañas, picás, salís por todos los capítulos.

Para encontrarme, hay que cavar.

Te quise, sabés.

Sí.

Recordá que aprendí la pasión con vos.

Era ella a quien esperaba. Se despertaba temprano, pero yo ya estaba levantada: acucillada ante la puerta, la esperaba. La puerta no se movía, y ella seguía ahí. Y yo no sabía si estaba delante de

15. Ver nota 14. (N. de la T.)

la puerta o detrás. Lloraba. Mi infelicidad era cotidiana e infinita. Pero no me causaba daño. Acucillada, miraba cómo las hormigas pasaban de una cánula a otra al infinito, y yo lloraba encima. Algunas morían ahogadas. Una muerte que no causaba daño. Nunca eran las mismas hormigas, dado que morían pasando por una cánula en el agua. Pero yo la esperaba a ella. Tendría esa sonrisa. ¿Cuándo? Yo estaba llena de agua que quería fluir, de gritos que querían perforar. Y aquello corría, gritaba, hasta que no quedaba ni un gramo de infelicidad; entonces aquello moría, yo estaba muerta durante algún tiempo, sabía que estaba muerta porque eso aquello tenía sentido durante ese tiempo en que ella viene o no viene. No me hacía nada. También ella, entonces, estaba muerta.

* * *

Le cuento a T. t. que aprendí el amor en otras épocas, al adorar a mi madre. Y creí por mucho tiempo en la reciprocidad implícita. Pero fui yo quien la eligió, todos los días la elegía con los ojos entre todos los seres humanos. Y por otra parte no era difícil, la reconocía por su sonrisa. Ella no me había elegido. Tengo buen ojo: la habría reconocido entre todas. La halagaba, la acariciaba, la seguía, la cortejaba, la celebraba. Y ella me miraba de reojo, girando el cuello, muy rápido. No sabía si era grande o pequeña. Era hermosa. No sabía que era una mujer. Es la Belleza que era ella. Me había dicho: Una madre siempre es bella. Y creí en la Ley. Una madre tiene que ser bella; lo que hace la madre es la Belleza. Lo Bello siempre es madre. ¿Pero siempre una bella es una madre? Entre Eros y la biología, la niña ya no tenía lugar. Yo era su enamorado, era Jerónimo, para mí ella era única y virgen, la tomaba en mis brazos, la acariciaba como si conociera sus secretos. Cuando me convertí en su hermana, dejé de valerme del nombre de su especie y la llamaba Eva.

Cuando me ocurre que llamo a T. t. “mi belleza” no me confundo entonces, entiendo bien que él sigue siendo Rey; resistí varios meses al deseo de darle a veces ese nombre; sin embargo, hay momentos en donde T. t. es mi madre, él lo sabe, o bien es mi origen, o el ornamento de mi vida.

La Exuberancia es lo Bello. Lo Bello es demasiado: es por eso que desgarrar: cuando no hay suficiente lugar para que salga, lo Bello desgarrar, puede matar. Si hubiera retenido el Bello-amor, me habría ahogado. Bastaba que viera a Eva para que surgieran palabras de todas partes. Tenemos bocas en todos los rincones del cuerpo. Las palabras salen de las manos, del hueco de los brazos, del vientre, de los ojos, de la nuca.

Volvamos al Rey, al que llamo “mi Belleza”, que a veces es mi madre, que a veces es mi hijo. Este capítulo es el del Contra-Nacimiento. Todo pasa al revés y contra la ley de la naturaleza y la sociedad, en ese lugar donde la vida y la muerte tienen el mismo valor de tanto que la muerte quiere ser vida, de tanto que la vida se derrocha hasta morir. Vamos hasta ahí muy pocas veces. Algunos llegan por accidente. Imaginen una mujer bella, una joven viuda fiel a la memoria de un muy bello esposo perdido tres años antes y que estuviera embarazada, e imaginen que esa joven viuda fiel y encinta le sea a uno más querida que la pupila de sus ojos, que uno ha llorado la muerte del esposo como si hubiera sido el propio hermano o incluso uno mismo, y que uno conoce a esa joven mujer tan bien como si fuera su propia hija o uno mismo. O bien: usted duerme, la víspera ha alcanzado el lecho con el alma en paz como si el día terminado debiera ser el último, e imagine que no es el sol que llega para anunciarle el nuevo día sino que hay un sueño que a usted la despierta: sueña que lleva dentro un niño en el cuarto mes y ese sueño le recuerda violentamente el dolor vigilante de su viudez. Ese sueño le parece sin embargo portador de lo imposible que habría podido ser posible, y la llena de una nostalgia de vivir que la agita y se localiza en su propio seno, como si la matriz misma

gimiera y se convulsionara. Al mismo tiempo, de repente, el dolor derriba su razón y se aprovecha de la turbación de los sentidos para introducir los razonamientos invertidos del deseo enloquecido: un segundo sueño cruza su sueño de embarazo bajo la forma de un discurso de Visitación. Usted se dice, de pie dentro de un torrente de sol y un viento de alas que la lleva y eleva y suprime el peso de su cuerpo donde vive el segundo cuerpo, que este descubrimiento de una vida en su vientre, lejos de ser el signo de la locura o el arrepentimiento es, por el contrario, la prueba misma de lo que usted tomó por realidad, esa viudez de tres años que es el sueño del cual, finalmente, la arranca la verdad viviente. Porque si el niño se mueve es porque vive, su carne ya lo ha llevado tres veces, y reconoce esas caricias íntimas y bruscas. Y si hay un niño vivo en su propio seno, es que usted construyó ese sueño espantoso de un entierro, y he aquí que no está muerto, y así el niño desgarrar esos velos funestos y le devuelve al esposo cuya muerte usted creyó soñar por terror y superstición. ¿Hay sueño más soberano que aquel que mata la muerte y arranca de su seno monstruoso, que no quería entregar nada, a aquellos que creía retener? ¿Hay una alegría más conmovedora que la de la resurrección? ¿Y buena nueva más sublime que la del nacimiento? Así, por el retorno del dolor y de su razonamiento, ese niño todavía desconocido pone a su padre en el mundo. Así el padre puede ser el hijo. Y si ahora usted se siente arrancada del segundo sueño por aquello mismo que regocija su seno y lo tranquiliza y lo hace reír con su angustia nocturna, si el niño da vueltas en su nave y la saca del reposo donde se había deslizado la víspera a la noche en estado de pureza, de vacío y de añoranza que la hace esperar que este día terminará su vida, y si usted está aquí recostada con los ojos abiertos entre los pliegues de las sábanas finas en el lecho de viudez, ahí donde descansaba en sus brazos hace tres años ya, con su cuerpo dispuesto, y como usted ya había adquirido el amoroso hábito, en el hueco exacto de su última noche, en sus lechos de fidelidad en la huella misma de su

única noche de muerte, ahí mismo donde él estaba recostado en sus brazos cerrados sobre su cabeza, cuyos ojos uno no quería cerrar y a través de los cuales usted le suplica entonces extraviada, que deje al alma de uno entrar con él en su muerte porque sus labios no querían dar a su lengua al hálito de uno el pasaje que todavía ayer era familiar, permitido, tan fácil que le pasaba que a veces arrojaba en la comisura de esa boca hoy infranqueable un ínfimo beso atolondrado, intemporal, ciego, ligero, y ahí mismo en donde, en el final de la noche sus ojos dejaron de recibirla a usted, ya no reflejaron su imagen, la terminaron, la repudiaron, usted no era más la pupila de sus ojos, usted ya estaba borrada de su memoria y creyó morir al verse rechazada por esos globos pálidos que no podían ya soportar sus lágrimas; entonces usted odió esos ojos adorados todavía ayer gris luz velados sólo de pasión, soles, panes de sus ojos que se dieron vuelta, indiferentes, mostrando a su exigencia sólo su lado distraído, huevos blancos estériles preñados de miles de millones de miradas abortadas. Y usted tuvo celos de ese cuerpo que la dejaba en el mundo y le daba la espalda. Sus ojos habían sido gris sol cuando lo miraban. Al ver esos huevos pálidos usted creyó morir, pero simplemente estaba dormida en ese pecho silencioso. De ese sueño usted fue despertada viuda y viva.

Y de este sueño ahora es arrancada por aquel que se mueve, más viuda, más viva, más horrorizada, menos sola. Usted está acostada, con los ojos abiertos, de espaldas, en el lugar exacto en donde él la dejó. Y usted piensa que pierde el espíritu o bien la vida, porque lo que es no puede ser; para que sea, es preciso que usted no sea esa viuda fiel que usted cree ser, y sin embargo usted lo ha llorado hace tres años, y es aquella que lloraba la que usted cree ser hoy, y sin embargo ¿cómo podría usted ser viuda y estar encinta y ser fiel a sus llantos? Usted perdería la razón intentado ser a la vez fiel y encinta, o bien quizás usted sueña con un tercer sueño, pero si usted esperó soñar todavía, su vientre no sueña, su cuerpo no se engaña, ni sus ojos que no niegan su aparición repetida con una

ligera joroba que se desplaza en el blindaje del vientre sí la carne tiene una memoria innegable, no la engaña, la carne no podría dar una falsa impresión, sino que profetiza el próximo porvenir, le hace un signo que va a desarrollar la prueba de la existencia de lo Invisible.

De un lado Demasiado. Del otro lado No lo bastante.

Y Demasiado es No lo bastante; un costado es el otro costado.

De un lado la cama, dentro la mujer, dentro el niño.

Del otro lado, nada, el agujero en el tiempo, los ojos blancos, el vacío seco.

El lecho está en la habitación joven todavía, de cortinas sonoras, llena de flores y de plantas que viven, donde el sol hace bailar las motas de polvo, una pieza muy conocida, indudable. En la habitación, el lecho es de dos plazas.

La religión, la sociedad, la ley deberían arrojar a la joven mujer viuda dentro de una angustia peligrosa. ¿Los hechos no son sus enemigos? No es ni virgen ni santa, ni loca. Está encinta y es viuda y la Razón que respeta como a su propio padre se convirtió en su enemiga porque: es imposible que un padre muerto engendre, es imposible que un niño sea su propio padre; es imposible ser fiel y estar encinta. La biología, las ciencias químicas, las leyes del azar denuncian a la joven mujer. No hay hombre que no haya nacido de un hombre. Aquí se detiene el asunto. Aquí comienza el niño.

Cualquier otra persona que no fuera la marquesa de O. habría acusado a las potencias impalpables, a la ciencia, la fe, la ley, el sentido, más que rendirse a la evidencia de lo palpable: lo palpable es fruto de lo palpable.

Kleist cuenta que la marquesa de O., viéndose encinta por accidente, hizo saber por medio de la prensa que, sin explicarse cómo, estaba embarazada y que el autor se tenía que presentar para hacerse conocer y reconocer al niño. Kleist no da ninguno de los nombres de sus personajes por recelo de la religión, de la sociedad, y en general de los sacerdotes de la Falta, a fin de que

sus descendientes no paguen hoy por ayer. El cuerpo y el alma de la marquesa de O. vivían, y dentro de una armonía edénica: la presencia de un tercero, lejos de perturbar su unión, la enriquecía. El alma de la marquesa recibió incluso muy bien a ese huésped sorprendente que no ponía en duda la buena fe de ese cuerpo que en otros tiempos había servido tan bien. La culpabilidad no podía afectarla. Nunca había sido tan fiel.

T. t. y yo, un día, estaremos muertos. Entonces ustedes lo sabrán. Pero nosotros lo sabemos desde ahora, es la razón por la cual vivimos sobre la línea impalpable que no separa este lado del otro lado, esta muerte de nuestra vida.

La marquesa de O. amó al niño antes de que él apareciera en la línea impalpable, en el tiempo en que él no sabía nada, y por la razón siguiente: a través de él se borraría el sufrimiento entre todos los sufrimientos, el más ardiente que le había causado el borramiento de su imagen en los ojos que hacían hasta ese momento el día y el amor con ella. Desde que esos ojos la habían rechazado, el acceso a ella misma y toda incursión le repugnaban, porque ya no tenía que buscar incesantemente las fuentes de la vida, bastaba con continuar a ciegas y hasta el final, fuera de todos los misterios que era vano ahora querer horadar. No había entrado en la mentira de la duplicidad, no había intentado separar el amor del objeto amado a fin de continuar amando el amor más allá del objeto muerto ella había aceptado la más solitaria de las soledades, aquella en la que el recuerdo duplica el presente con un pasado que no coquetea en el espejo actual. El amor estaba vacío como el lecho. Sus ojos no podían inventarse otro misterio. Los ojos de los vivos, por otra parte, ya estaban todos repletos de otras imágenes, lugares, recuerdos, figuras del deseo: su madre la veía como una imagen de su padre, y su padre se miraba en ella, y ella no era vista de frente e inigualable. Pero estarían esos ojos que la tomarían, la llamarían, la reproducirían en cada latido; y a cambio ella serviría como primer

umbral. Estaba apurada por verlo. Sería del todo nuevo. No podía haber amor más directo. Por esa razón no tenía ganas de jugar a las adivinanzas de las parejas: porque el niño era único, estaba desligado de todo linaje, nacimiento absoluto, le daba igual que se revelara ser masculino o femenino. Era vida. No tendría cuentas que rendir a nadie, no tendría que parecerse.

* * *

Nos pasa que nos miramos, acostados de lado e inmóviles, con los ojos abiertos y estupefactos por ser dos personas en estado de intercambio de ser: aquel a quien veo es más yo que yo misma. No puede entonces existir un amor más puro y más directo. Entonces pensamos: ¿Hay momentos donde “comprendemos” nuestro amor? Lo comprendemos cuando ya no lo comprendemos. Del mismo modo que el niño aún no nacido no tiene todavía un sexo, del mismo modo comprendemos nuestro amor cuando no sabemos ya comprender quiénes somos. Entonces podemos nacer, pero no al mismo tiempo, ni de la misma manera. Hace mucho tiempo que Eva está ahí; sabemos que el tiempo es una relación entre dos personas. Cuando Eva está ahí, yo no existo, estoy furtivamente, a veces incluso me acuerdo de mí. Eva es múltiple y primordial. Se expande, no ahorra pieza alguna, desacraliza, los talones de los cheques puntúan mis libros, el espacio no tiene tabiques, las puertas caen, estoy arrinconada, estoy sin secretos, sacrifico todo en el altar ilimitado de mi madre. T. t. y yo nos deslizamos por los intersticios.

* * *

Eva es el verdadero nombre de mi madre. T. t. es un nombre falso. Hace mucho tiempo que habría debido usarlo, pero dudaba por su sobredeterminación simbólica. Es un nombre pesado y de mal

amén, sin embargo es el nombre del duelo brillante, del encarnizamiento. Es preciso que evite las confusiones probables: jamás me reconocí en Isolda, soy Tristán.

Mi nombre es imposible de pronunciar, ésta es la razón por la que no lo doy. T. t. nunca lo usa: durante todos estos años, no lo escuché intentar decirlo ni una sola vez. Eso prueba que no soy el otro: sigo estando en el reino de su ser sin ser sujeto o atributo. Soy el centro y el límite de ese reino, la piel de su existencia a través de la cual respira y se protege. Tengo esa mirada envolvente sobre él que provee al cuerpo, en este caso al suyo, la sensación de verse de modo íntimo, el afuera dado vuelto enguanta el interior. Eva usa exclusivamente mi nombre desde que soy una persona mayor: porque su lengua materna es el alemán, tiene ronqueras, exhalaciones musculosas, ascensos, caídas, que me arrojan a un paisaje accidentado, montañoso. Me precipita convocándome: me expira, me sopla para extinguirme, me corta, me *co*, me empaña oscureciendo el espejo donde ya no se reconoce. Mi madre se queda mucho tiempo. Sueña que toma mi automóvil, en el cual hay un bebé, el suyo, nacido de un padre al que no ama y que debió fecundarla con un beso dado en un rincón de una plaza. ¡Pero es bueno tener un bebé a su edad! Estaciona el automóvil en cualquier lado, se precipita a un banco, invadida por el miedo vuelve a mover el automóvil que encuentra aplastado, un montón de chatarra sobre el cual derrama lágrimas. Revolviendo en la chatarra encuentra bajo las chapas al niño vivo, con la boca obturada por una rejillita.

* * *

Quereme, colocame en el mundo, le dije a mi madre. Ella quiere mi vida, quiere mi muerte, quiere mi cuerpo reducido al silencio.

No hay lugar aquí para mí, los papeles dotados de autonomía cruzan y se multiplican, mi mano se extiende, me da dinero, ella sale de todas partes, sube, colma. Hago saltar el sexto muro *in*

extremis y T. t. me iza fuera de la madre. ¿Dónde ir? T. t. dice que nos vamos, que vamos a crear el mundo, que vamos a descubrir todo en nosotros, que vamos nosotros nosotros nosotros. Estoy tiesa de espanto [*effroi*], o de frío [*froid*] no sé. Yo sé yo, no más. No, dije, no quiero que nos vayamos.

¿Cómo? ¿No querés que nos vayamos? ¿Que nos encontremos? ¿Que seamos nosotros?

No quiero querer nada. Quiero que vos quieras. Estoy deshecha. Haceme.

Mi madre llama a T. t.: el bueno de T. t.

Él dice: Sabés que somos nosotros los que hacemos todo; sos vos quien sos nosotros, como yo mismo. Nos hacemos.

Niñera. Niñera¹⁶. No sé nada, no quiero saber nada. Yo. Es preciso que aprenda todo. Haceme. Sabeme. Vos. ¿Nacida de nosotros? No, de vos. Estoy por hacer, todo está por hacer. No hay nosotros. No hay pareja primera majestuosa. Tengo un ombligo, lo quiero, lo quiero de mi lado, arrancame o cortame, haceme, me disgusta mucho el vientre liso de la mujer que no nació de una mujer, y no tiene entonces memoria sino solamente una curiosidad, y no tiene espalda sino solamente un rostro. ¡Nada de nosotros! Después, después, después. ¿Querías hacerme primero? estoy atrasada, distanciada, buscame, empujame.

Sí, soy yo quien te llevaré y te haré. Gigante, me levanta y me pone en el bolsillo. Soy la mujer de bolsillo del buen Dios. Tomate tu tiempo, tomate tu tiempo, no me dejo hacer con facilidad. Ese Dios viviente que me pone en su bolsillo no es el Dios muerto. Entonces puede tener un porvenir y comprender todo. Él avanza, yo soy. Caminamos rápido, a veces lentamente. Cuando él se acerca, camino más lento para mantener entre nosotros la distancia correcta.

16. "Nounou. Nounou" en el original. El significado de *nounou* es "niñera"; fónicamente, suena como nosotros nosotros (*nous nous*). (N. de la T.)

Cómo engañar al agresor: hacemos como si opusiéramos una resistencia análoga al espesor de una pared sobre la cual se incrusta a golpes repetidos un carnero testarudo. Después cedemos, de pronto nos borramos, y el agresor, que había reunido sus fuerzas para el asalto, es proyectado, de cabeza, y se precipita en una ausencia. La idea de que mi madre podría no haber colmado la casa hasta el borde ni siquiera se me vino a la cabeza. Yo abría las puertas ya rota, compacta, retapizada, para ofrecer menos superficie al gesto, en silencio. Naturaleza de ratón. La saturación no era del todo nefasta: expulsada, volvía con tanto más impulso hacia T. t. Sabor de niñez amarga de naranja chupada a escondidas, de dulces disimulados debajo de la cama, de falta incrementada por el odio y el amor, las dos ubres discretas de mi madre. Por todos lados paredes. En las paredes, grafitis de enamorados frustrados. Amo T y yo te amo. Excitaciones desplazadas de pareja adúltera errante. Una adolescencia demorada. Yo niña mártir de los amores de mi madre esperando dar testimonio de los míos, más tarde.

Madre de mi madre, hija-madre y abuela yo me meto en el medio, procuro. Soy demasiado joven, soy demasiado vieja. Digo:

Espero que te hayas acostado con él.

Solamente una vez, el primer día.

¿Estuvo bien?

Nada mal.

Entonces, ¿por qué solamente una vez?

Fue suficiente. No estoy lo suficientemente a punto. Una mujer de mi edad haría bien en estar en guardia.

La edad es una ficción.

Pero juega un rol importante, sobre todo entre los hombres, y hubo además una convergencia de circunstancias: estaba muerta con mis zapatos.

Y a mí, ¿qué edad me das?

¿Y qué edad me da T. t., y yo qué edad? En cada instante, la edad de la ignorancia y del conocimiento, después de cada abrazo, la edad de Dios. Pero vivíamos en el estado de lactantes desde tres días atrás.

La puerta de vidrios anaranjados cede y caemos junto con las aguas liberadas, con la cabeza primero, como dos gemelos con empeño mutuo.

* * *

El palacio del virrey había sido tragado, el tribunal donde se había pronunciado la ejecución ardiente, en el lugar de la casa, no era sino un recipiente agitado de aguas rojas y cálidas, la madre abadesa había perecido aplastada bajo un dintel, no quedaba una sola pared de pie en la ciudad, no se sabía se salía o se entraba cuando se atravesaban las paredes reventadas. Se alzaba un tiempo nuevo desde las entrañas abiertas de la edad terminada. Una nueva naturaleza humana apareció más vasta, más abierta, más semejante a la esencia divina que la de la raza aplastada, monumental y armónica, edificio viviente de miembros regulares, de hálito poderoso, hospitalario con los infelices, templos de protesta y no ya sedes de Juicios y Ejecuciones. No daban crédito a sus ojos: se tocaban los brazos, las piernas, el cuello, se reconciliaban con el presente, creían haber soñado el tiempo de los muros y la erupción.

La Gradiva comparte con el arqueólogo un trozo de pan, y ese pan es comestible, existe. Entonces la Gradiva se alimenta de pan, como los humanos. Su boca se abre, se cierra, mastica, traga. Escuchamos sus mandíbulas triturar. Los labios de T. t. tocaban mis labios, entonces no estábamos separados. Que aquellos que nunca dieron a luz no tomen el acontecimiento que sigue por un parto: al contrario, no hay niño; hubo una travesía violenta de la madre, cuyos signos, todos, nos eran nuevos e ingobernables: me

convertí en el lugar de un fenómeno natural desconocido por mí, cuyo rasgo extraordinario era este: la pasión desencadenada que se hacía cuerpo punto por punto con la totalidad de mi cuerpo era de una fuerza mucho mayor que yo misma, mis huesos se quejaban de estar todavía atados, mi carne gemía por ser sólida, todo quería ser sangre y la sangre entera quería tener por lecho no ya solamente ese angosto sistema de canalización que me alimentaba, sino el universo, todas las energías, las sensaciones, las aspiraciones, los terrores, las sedes, se arrojaban en una misma garganta, el curso entero de mi vida desviado por la irrupción de ese torrente monstruoso que se arremolinaba en un lago burbujeante desde el cual subían vapores rojizos, y ese lago absorbía también las carnes, las aguas, las formas, volcán invertido que no dejaría nunca más de abismar, de cavar un vientre ávido, de empujar, de estar abierto, de excavar hasta amenazar con romperse. Nunca yo habría bastado para eso; no solamente estaba desbordada, descentrada, dislocada, abismo y abismada, sino que incluso el terror que sentía era inmediatamente tragado por un terror mayor: temía la interrupción de la catástrofe que se había convertido en la forma épica de mi existencia; de inmediato ese terror era tragado por el miedo de sucumbir, y así de terror en terror hasta la inversión sistemática de todo lo que existe: la cima se hundía en infinitas profundidades, el final dejaba paso al comienzo, la vida quería conocer la muerte, y yo quería que T. t. me ayudara a abismarme. Ahora bien, en el momento en que se lo suplicaba, colgada al borde de él como del abismo deseado, sea que por torpeza yo hubiera hecho caer sobre él esa caldera en llamas, sea que no haya podido contener ese edificio agrietado de mis terrores, y lo haya aplastado, él se ovilló bajo mis ojos, aplastado, horriblemente achatado, privado de todo calor y sustancia y lenguaje.

En un sentido este desvanecimiento actúa en un lapso breve como el aire exterior sobre las lavas que por fin solidifica y que se adhieren a los flancos del volcán. Ahora estamos devastados, ya

nada se mueve y la extinción sería dulce si T. t. me pudiera hablar. Pero algo lo retiene en algún lugar, en un lugar cuya entrada no conozco, donde se quiere quedar. Bajo mis ojos sus ojos se alejan, su cuerpo en mis brazos se deshace del peso natural, y puedo levantarlo sin esfuerzo. Lo llevo: el aire era un agua; ahí donde el aire es un agua, se revela el contra-amor, el amor del otro lado que no conoce ni derecha ni izquierda, ni mujer ni hombre, ni edad ni muerte, ni arrepentimiento ni disminución. T. t. pensaba morir por no ser el abismo en donde yo quería caer, por estar de este lado cuando yo me caía hacia el otro. Sus ojos estaban cerrados para mí, yo me inclinaba sobre sus labios y lo llamaba. Le pedía que volviera, le rogaba que se uniera a mí, que abriera, lo llamaba sin cesar, lo comprometía, le prometía todos los tiempos, y sin embargo lo acariciaba como si estuviéramos recostados en el borde de nuestra tumba, el último día: cada palabra, cada gesto, cada invocación tenía la perfección de lo que no será nunca más dicho, nunca más hecho, nunca más convocado, de lo que no tendrá sucesión. Era una diosa y tocaba al dios. Atravesamos la Historia, su memoria y la mía, las aguas azules las aguas rojas, y yo iba a quedarme sin aire, porque no había dejado de llevarlo, cuando por fin sentí sus ojos atravesar el desierto para volver. Recostada de lado, calma, paciente, gigante, lo tuve apretado, con sus ojos de vuelta, con los párpados arqueados sobre las primeras preguntas; lo llevé durante meses, y ahora me mira; lo miro, y no sabemos ya quiénes hemos sido. En este instante preciso de contra-nacimiento nos es dado un tercer cuerpo donde nacemos mutuamente. Primero pasa la cabeza.

* * *

El conde F. es un hombre de acción y de pasión. Kleist lo muestra comprometido en un destino tan acelerado que el conde nunca se queda inmóvil durante ese breve instante que permitiría verlo.

Por otro lado, es inútil para el funcionamiento del relato y para la serie de explosiones de la intriga que se pudieran ver los rasgos de su rostro. El conde F. noble ruso está definido por el ritmo, la audacia, la potencia, la exigencia de su comportamiento, por su desafío perpetuo a las leyes naturales, a las leyes del Accidente, a las leyes del honor y de la sociedad, por sus victorias destellantes. No espera nada, toma [*il prend*], es un hombre de asalto. Sus motivos son tan oscuros a ojos de los hombres como los de un ángel. Roba de todas partes en una inmensa gesta de destrucción y creación. Quiere todo. Se lleva puesto todo, los fuertes no se le resisten. Algún designio secreto lo espolea: su prodigiosa energía, su ahínco, su modo de empujar el tiempo y de violar el obstáculo, de fulminar, de brutalizar el acontecimiento al que hizo su esclavo, lo hace aparecer bajo los rasgos de un ángel. Sabemos que es joven y que su tez, sea cuando refleja el incendio de la ciudadela que tomó tan velozmente, sea cuando refleja el ardor de su sangre y la velocidad de sus emociones, se enciende sin descanso. Ahora bien, este hombre que es el delegado de las Fuerzas de la vida, que salvó a la marquesa de O. arrancando ese cuerpo delicado de las manos innobles de los brutos cuyos rostros bestiales hizo volar en pedazos, que tomó el fuerte en el espacio de un lunes, fue impactado a muerte el martes por un disparo en el pecho. Y a través de ello se manifiesta que no es un ángel. La sede de las pasiones vuela en pedazos bajo el impacto de una bala. Algunos seres cuya vida está absolutamente por fuera, por encima de la norma, no recuperan su forma humana sino en el momento en que la muerte los despoja de ella. Nada es más insoportable al alma que la muerte de un inmortal. Y a causa de esto, a causa de la belleza simbólica de este ángel de la guerra, la marquesa de O., que no había sido ultrajada en su confianza por la muerte de su esposo, desoladora no obstante, experimentó el mayor dolor: la muerte del conde F. en los albores de su poderío total era el signo de la saña de Dios, que sólo eximía a los blandos y a los tontos. Sintió las más vivas

angustias: si la Vida podía ser abatida por el Azar, ¿cómo no despreciar ese juguete prestado al hombre por un Dios no selectivo? Esto se tradujo por la aparición reiterada de malestares, en ella misma que habría podido pasar por ser la diosa de la salud. Los síntomas eran los siguientes: náuseas, vértigos, desfallecimiento, a veces desvanecimientos, apetitos y ascos. Era como si la marquesa de O. representara en su cuerpo ese combate desastroso entre la vida y su supresión, que la había tocado tan intensamente. O más bien como si ella, O., diosa de la salud, extremadamente inexpugnable, se hubiera convertido en la sede de un recuerdo viviente. Como si, en rebelión contra la Historia universal de la Injusticia, hubiera desafiado a su carne para que hiciera memoria viva y, al hacerlo, hubiera fecundado su propio seno, tumba viva y delicada impregnada por el espíritu del conde angélico. O. vivía en el símbolo con tanta claridad que no rechazaba la idea de una elección: daba testimonio de la nobleza sobrehumana de algunos incluso en su carne. Su nostalgia de la Belleza vista en el conde F. era tan severa que le pasaba que lamentaba que hubiera muerto sin posteridad. Se soñaba lago con oleadas de fuego en el cual avanzaba un cisne resplandeciente. El cisne se hundía en silencio, ella lloraba, el cisne emergía. Se llamaba Thinka. Se sumergía. Ella lo llamaba, y entonces él salía de su propia boca. Ese signo se le hizo necesario. Thinka se sumergía, volvía, se sumergía en una oscilación violenta que reproducía los saltos y los desafíos del conde, símbolo del ritmo guerrero de la vida. En el apuro de los acontecimientos y entre los gritos y llamas jamás había visto su rostro. Solamente había visto su faz flamígera.

Decía a su madre que, si hubiera tenido que dar un nombre a esos malestares, que por otra parte no le eran insoportables, no habría podido hacerlo sino comparando esa agitación interior con los primeros golpes dados por un niño a punto de nacer contra el vientre oscuro que lo retiene. Y al decir eso, no traicionaba al esposo perdido, ni la santidad de su madre o la autoridad de su

madre: así era la nobleza de su naturaleza que esa presencia maravillosa y trágica de la Belleza guerrera en su seno no perturbaba. No estaba encinta sino de la figura angélica de Thinka. Le pasaba incluso que deseaba, en ensoñaciones que desafiaban los límites y leyes naturales, ser una diosa extraña y poderosa que volvía a traer al mundo al héroe desaparecido. Si el conde F. hubiera encarnado la inmortalidad en esa noche del lunes al martes, la marquesa de O. se reprocharía amargamente haber sido mortal, puesto que, dentro de ese mismo fulgor en el cual él había bajado y que había atravesado para salvarla, apenas la había arrancado al peligro que ella ya había perdido el conocimiento. Así, el conde F. le había dado una vida que ella había dejado escapar. En un sentido en aquella noche el conde había oficiado de dios, incluso de padre. Pero aparte de la Santa Virgen que había sido la madre de Dios, ninguna mujer, ninguna diosa podía llevar en su seno un Dios, ni traer al mundo un hombre hecho y derecho.

* * *

El color de los ojos de T. t. cuando nadaba en el lago aéreo, y dado que volvía hacia mí a través de las aguas azules y las aguas rojas, era lechoso: era ese azul alterado de gris que no refleja todavía la luz sino que quiere beberla, ese color del origen que no se disipa en el recién nacido sino al término de una cierta edad de la ignorancia, cuando el día comienza a expulsar la noche prenatal, y eran los ojos de un niño cuya edad era apenas de algunos meses que me interrogaban, mientras yo sostenía a T. t. en mis brazos como si no fuera un hombre hecho y derecho. Rey, dije, *Infans*, volvé, sé, desposame. Y me alegraba de que mi esposo fuera también mi hijo, y que entrara dentro de mí con la cabeza primero.

En lugar de ocuparse de su hija, el padre de la Gradiva reptaba y no tenía ojos sino para el animal anhelado que saldría de la fragosidad. No hay señales de vida en esa Pompeya desecada, donde el viejo Bertgang se arrastra sobre el vientre, en el escalón inferior del universo, ahí donde el hombre es confundido con la lombriz de tierra. Su hija no le vuelve a la memoria sino cuando sus entrañas reclaman algún alimento. La Gradiva es la encargada de vigilar la alimentación de su padre. La finalidad del padre es sorprender a la lagartija *Faraglione* si sale de su agujero. Espera a la lagartija como otros al Mesías, como el arqueólogo espera a la Gradiva, y como la Gradiva espera la vida. Pero en ese campo de deseos, lo que fascina es la lagartija: por su forma de salir y de desaparecer, por sus colores extrañamente ricos, el verde y el oro —la fertilidad, la riqueza— por su infinita paciencia, ese don de la inmovilidad prolongada hasta imitar la muerte, por sus irrupciones bruscamente cortadas, sus contemplaciones misteriosas del vacío, su rendición al sol, a veces flexible, a veces rígida, vigilante en el sueño, indiferente a los hombres a quienes precedió en la tierra. Arcaica.

Esta lagartija no tiene ninguna relación aparente con el relato de Jensen. Tan poca relación tiene que su intrusión es una indecencia; si Hamlet hubiera encontrado a Polonio gordo y gris en el lecho de Gertrude, si lo hubiera visto escabullirse entre los pliegues de la sábana, si Jerónimo hubiera pensado en verificar que su manto no se había agujereado antes de extenderlo sobre la carmelita y el niño, yo sentiría la molestia que provoca la presencia de un detalle superfluo en la economía armoniosa de un sueño feliz. Esa lagartija es un lujo. Su única excusa a mis ojos es que sirve como pretexto al reptar paterno. Que Jensen haya producido un deslizamiento, por asociación, desde un zoólogo sobre su vientre al abdomen tenso de la lagartija puede calmar la irritación del lector al que se demora haciéndolo contemplar al erudito en ejercicio. Pero la lagartija no

está solamente en relación de contigüidad con aquel que la observa. Tiene un valor en sí que está marcado por la connotación del color: esa lagartija absoluta, perversión del relato, quiere ser verde y oro. Resiste toda interpretación, salvo que se le atribuya más allá de cualquier pretexto sintagmático una función irónica de sustitución: podemos decir que en el objetivo del padre zoólogo, la lagartija ocupa el lugar de la hija. Los colores (en alemán *grün* y *gold*) serían a la vez naturales y alusivos por intermediación de la inicial común G. Ahora bien, el verdadero nombre de la Gradiva era Zoé, el padre se comporta respecto de la lagartija como se comportaba respecto de su hija cuando no había llegado al término de su crecimiento. Queda la hipótesis que presenta Jensen: ese padre Bertgang que llegó a Pompeya a cazar la lagartija por consejo y gracias a una nueva invención —un lazo de hierba para atrapar al animal cuando sale, con la cabeza primero, de su agujero— está tan absorbido por su búsqueda que, si tuviera que elegir entre la lagartija y su joven hija, se arrojaría sobre la lagartija, como si la joven no fuera para él sino viento. El zoólogo está extendido sobre el vientre en pleno mediodía bajo ese sol en una pendiente al pie de la montaña que domina Pompeya. En la hendidura de un peñasco brilla la cabeza de una lagartija.

* * *

Conocí en mi infancia, la primera, ese calor y esa pendiente, y sin dudas también esa lagartija. Fue en mi primera infancia, en la cual pienso raramente dado que en general estoy en contacto con mi segunda infancia. Tuvo lugar en una ciudad entonces muy movida, montañosa, populosa, sedienta, zumbadora, era la ciudad paterna; esa ciudad desapareció en un cataclismo hace unos quince años. Desapareció sin dejar ruinas. Ese calor y esa pendiente se encontraban en un bosque de pinos que hacía las veces de cabellera de un enorme acantilado con forma de cabeza, esfinge natural que

nos protegía a nosotros, las personas de la ciudad, al borde de una cuenca de aguas azules ardientes. Se decía que había una iglesia dorada empotrada detrás de la nuca del peñasco, más allá de las pendientes soleadas, pero jamás la vi. La cabeza se llamaba Santa Cruz.

* * *

Le pido a T. t. que lea la *Gradiva*. En ausencia del texto, recorro sin esfuerzo las avenidas embaldosadas. ¿Habría tenido derecho, en otros tiempos, de pasar, de beber en la fuente pública, de bañarme entre las mujeres? Aquí hay que dejar un blanco. Podría no hacerlo, pero tengo escrúpulos en hacer trampa: confieso aquí haber olvidado: primero, cuándo la lagartija surge por primera vez; segundo, la letra exacta de las primeras palabras que el arqueólogo dirige a la *Gradiva Rediviva* y la lengua que usó entonces; recuerdo solamente que ella responde en alemán, dice: “Usted tiene que hablar alemán”. Aquí dejo un blanco. Entretanto, el arqueólogo tiene un sueño de metamorfosis. Pero para mí, es necesario que T. t. vuelva, porque él es mi memoria.

Y el manto singular que envolvía a la trinidad bajo el árbol cargado de frutos de Chile, ¿de qué color era?

Estoy en esta habitación vestibular y neutra, de la cual no veo ni las paredes, ni el techo, ni el suelo, pero que se define por el sistema geométrico de sus aristas. Dentro de esta pieza, no hay tiempo. Quizás haya entrado hace poco, pero hay una perennidad del aire que sugiere una ancianidad no fechada, no sobrecargada, por otra parte, por una duración. Estoy con mi madre. No parece que tengamos intención de salir. No tenemos actividad alguna; nos une una complicidad silenciosa y no evidente. Puede ser también que la presencia de mi madre que no veo sea puramente ficticia. Puede ser también que yo sea mi madre. Hay mi madre. ¿Tengo un sexo? Tengo un yo. Nada más. UN Yo vibrante, calmo, atento. Y he aquí que veo, en el extremo derecho de mi campo de visión, de repente: un ratón que entra a su agujero. No veo el ratón entrando al agujero. Pero es el primer saber, la ruptura del no-tiempo. Decir, tal como lo hago, que veo el ratón entrar en el agujero es una afirmación ambigua, falsa y verdadera: hay en mí una lógica deductiva que ignoraba, que en esta manifestación brusca me introduce en un tiempo iniciado, enseñándome que yo precedía a ese instante. Sin embargo, no hay pasado en esta habitación. Pero ya se abre el porvenir y se arroja hacia mí. Lo que digo es falso: no veo el agujero que está obturado por un cuerpo, solo veo el contorno, como un recorte en la pared, sin embargo otro ojo ve ese agujero, negro y sustancial pero para nada sin salida. Consideremos un conjunto E y el conjunto $P(E)$ de subconjuntos (P es la letra que abarca a todas las demás letras, conjunto de subconjuntos P forma parte de E). Entre éstos A y B están disociados. B está disociado de A pero no de C . Sea $\text{Gran } A$ el conjunto (E, A, B, C) . —La relación de inclusión definida por los elementos de $P(E)$ es una relación de orden no total: A y B pueden estar incluidos en C , pero C no está obligatoriamente incluido en A y B —. La relación no es reflexiva

sino que es antisimétrica. Veo solamente la cola: entonces la cabeza (A) y el cuerpo (C) ya penetraron. Y esa cola gris, gris nacarado, gris ratón, que va a desaparecer en el agujero, no es una cola de ratón. Larga, gorda y chata, esa cola sorprendida en el momento en que el cuerpo ya ha entrado, ¿no es otra que la irrupción en ese no-lugar incoloro y sin tiempo de la lagartija! Cómo explicar mi maravilla, la luz que se hizo en mí, la recuperación cómica y fulminante de los significantes más antiguos que hacen correr en un reguero explosivo mi memoria y mi asombro a lo largo de la arista sin pared que va detrás a la velocidad blanca del rayo, delicias de la ininterrupción, del reanudamiento, del retorno al fin, ya no tengo y jamás tuve cuerpo para tocar con mis propios dedos, y nunca vi mis ojos que pueda atravesar para verme, iluminación violenta a la cual no ofrecer ninguna resistencia porque ya no la hay, yo nunca tuve ese yo, sino que esa luz que soy por fin está ahí, en el extremo, en el otro extremo, *am andern Ende, amandernende*, una palabra que será mía sólo cuando haya llegado, oh, regocijos. Esa gran E del final, ¿no es hermosa? (éste sería un pensamiento para fijar a mi madre E.), entonces sí, si yo soy, es el agujero por donde se escabulle y sigue esa luz tan blanca que no la puedo ver, ni tocarla con el iris porque se confunde con la luz ambiente que me permite ver, entonces es una luz que hay que señalar por su final, por su velocidad, por su sentido de la historia. Y también por esa alegría blanca que me inunda.

Ella se lanza finalmente dentro de un agua azul solidificada, sin brillo, rasgada, pero lo suficientemente traslúcida como para que los contornos de las cosas que se adhieren a ella sean perceptibles y diferenciados. Ese vidrio azulado, grabado con pequeñas ondas, superficie marina vertical pálida coloreada con un azul fijo apenas diferenciado del blanco, formaba la pared externa del baño que usaba la familia cuando vivíamos en Clos-S. en una casa que ya no existe. El baño tenía un tabique de madera y estaba pintado de blanco jalonado por un gris-azul en tres de sus caras; la cuarta

era una luneta que daba al jardín, vidriada con ese vidrio ondulante sobre el cual había ramos de glicinas que posaban sus ínfimas ventosas. Sin dudas en la parte baja del tronco invisible y lejano de la planta había diferentes nidos de insectos y batracios. El espejo redondo donde probaba hacer caras estaba colgado en el centro de esa superficie. Cuando miraba cómo cambiaba de la infancia a la adolescencia percibía, con el rabillo del ojo, a la lagartija. Una vez que había entrado en calor, podía quedarse inmóvil horas enteras, en posición estable, con las patas abiertas, los dedos bien planos, la cola estirada en el reposo. Su largo era de unos diez centímetros, era delgada y estaba bien conformada. Gris sin dudas, pero nunca salí a verificarlo: durante ocho años viví frente al vientre de la lagartija, que parecía gris. Nunca vi sus ojos. Era una lagartija elegante y delgada y calma, de vientre blando palpitante de infinitas pulsaciones.

Después se retiraba con un gesto vivaz, la cabeza primero (A) después ese cuerpo arqueado, pero no articulado, largo vientre gris (C), la cola seguía, como quebrada, bestia de la bestia (B) así A después C después finalmente B, A que parecía disociado de B, B remolcado por C. Mi padre se acicalaba inclinado sobre el lavatorio blanco, de espaldas al vidrio de agua azul fija. La espalda de mi padre, el vientre de la lagartija. Yo entre la espalda y el vientre, a veces miraba la espalda de mi padre, sé que es mi padre (P), nos entendemos, o más bien él me comprende, y cuando tiene la espalda dada vuelta, lo examino e intento entenderlo: esta es la espalda de mi padre que forma parte del cuerpo de mi padre. La lagartija hunde primero la cabeza a través del agua pálida cristalizada. A, ubicado antes de B ($A < B$) y B ubicado antes de C ($B < C$) arrastra cola etc.

Todo esto me parece tan claro. El ratón sin cabeza ni cuerpo es mi lagartija; el cuerpo ya está adentro como mi sueño ya está dentro de otro sueño que lo escribe. Del otro lado del agujero, por donde

debería entrar la cola, está el lugar donde aquello se escribe. Habrá que anotar el asunto de la lagartija con cuidado y detalles: cómo la ratona (*la*) era la lagartija (*él*)¹⁷. Cómo la presencia de mi madre era una ausencia. Cómo el pasado se encontraba en el extremo de una línea que prolongaba la arista del muro, representado aquí por la arista y el agujero. Cómo hace tres semanas yo me había negado a ponerme un cinturón de lagarto para T. t. con el pretexto de que era de origen animal. Cómo nunca vi la lagartija sino a través del vidrio y nunca pensé en salir y dar la vuelta para ver su espalda mientras que sí veía la espalda de mi padre. Puede bien ocurrir que la espalda haya sido verde y oro. Cómo estudié álgebra con mi madre, y alemán también, después de la desaparición de mi padre. Ahora bien, es preciso que anotes todo esto, para que podamos ver ahí con claridad.

Y finalmente, esa orden tan fuerte, tan imperiosa, tan temeraria también, drama, mito, puerta derribada, risa de la parturienta libre al fin, del moribundo muerto, esa contraseña que en este instante de registro brota, soberbia, enorme, y desgarra, sin que brote sangre, ese sueño del himeneo que se enuncia con una voz alta, fuerte, con una voz vertical y con los ojos elevados hacia el gran cómplice en quienes están grabados todos los archivos, con voz de hijo o hija de Dios –porque, ¿no soy uno u otra y esta voz no es acaso el signo resplandeciente de ello? ¡LAGARTIJA, LEVANTATE!–. Una frase viva, sobrehumana. Fractura de latencia.

Lagartija. El sueño sale del sueño. Salgo del sueño salido del sueño, expulsada con la cabeza en primer lugar, y no salgo sola: siguen todas las letras de la palabra tomadas en el conjunto con una voz que roza lo más arcaico de mis risas. ¡Lagartija, levántate! ¿Quién me hizo este regalo quién me devolvió el vientre y la espalda? Y la lagartija y la glicina, el baño, y dentro del baño, la bañera en donde no floto, ningún recuerdo de mi madre, el

17. En francés, el sustantivo *lézarde* (lagartija) es masculino. (N. de la T.)

espejo donde se hundían todas mis fuerzas, y mi padre desnudo acicalándose.

Me preguntan cómo se llamaba mi padre: no se llamaba Lázaro, se llamaba Georges. Hijo de Samuel, hijo de David. No hay ningún Lázaro en ninguna parte. No se trata de él. Es de noche. Ni de casualidad. Nada se mueve bajo la h¹⁸. ¡Lagartija, levántate! Ni bajo el término: un quincasilabo [*quincasyllabe*]. Habrá que escribirlo, decirlo, escucharlo hasta que aparezca. Mientras se espera, prudencia, no dejarlo arrastrarse bajo los ojos de tal y de cual, amigos y familiares, que no son hombres: no quisiera que lo supieran. ¿Quién juega conmigo, quién huye de mí y me anima, quién me entrega y me vuelve a tomar? ¿O qué? ¿Mi padre es una lagartija? ¿O la lagartija es el vientre de mi madre? Pero si es mi madre la que se comió a la lagartija ¿por qué se la comió como Cronos se comía a sus hijitos engullendo primero la cabeza? A menos que haya habido no una devoración sino un vómito: y lo que vi en la noche tan blanca, no era el final de una penetración, sino un nacimiento viril y gris luz. Esa muerte era quizás un nacimiento. Entonces *am andern Ende*, del otro lado, en ese otro fin, ¿quién vive? ¿Quién nace ahí debajo? ¿Quién arrastra qué?

¿Qué?

Levántate:

Se hizo saltar la tapa de las casas de Santiago, cuenta Kleist, a fin de que los techos no privaran a las vírgenes encerradas del espectáculo: afuera la virgen, de pie, llena de marcas, apenas vestida con un velo de duelo. Y las vírgenes envidiosas encastradas en sus muros, pasando la cabeza por el agujero del techo para verla caminar. Supongamos que Dios tuviera una gran hacha curva, y

18. Azar, en francés, se escribe *hasard*. Esa "h" es la del azar previamente nombrado, también será la inicial del nombre Hélène, al que hará alusión unas líneas después. (N. de la T.)

con un gesto amplio y circular nos despegara todo eso de un golpe. Hacha. Mi nombre empieza con hache¹⁹. He aquí el retrato tipo de las vírgenes envidiosas encastradas, rígidas en sus paredes: se parecen a los demonios del orgullo por los cuales la tierra es un foso del infierno. Se desplazan sin moverse mediante una potente contracción de los músculos dorsales y de los glúteos. Sus cuellos están tensos, los mentones en ángulo obtuso con el cuello, los ojos clavados sobre la víctima escupen, escupen, escupen, escupen. Intenso dolor vertebral debido al esfuerzo del estiramiento. Las piernas temen la flexión. El cuello no puede pivotear: hay que hacer una rotación con el tronco. Los peinados están moldeados al hierro, los bucles están alineados, cañones cargados. El silencio del delirio sostiene con alfileres cada línea del rostro. Crispación de los pies privados de escalera. Ensoñaciones favoritas: sobre las caras de la humanidad recostada de espaldas al suelo, caminar con los pies provistos de zapatos que terminan en una punta con forma de gancho. Asistir a la ejecución capital, o mejor al destripamiento público de las vírgenes encintas y amadas. En silencio.

Signo particular: ellas no reconocen a la gente sino después de su muerte. Iris armados de caninos. Duermen con los ojos abiertos.

Ellas no vieron nada. Hubo columnas que les destrozaron el cráneo. Sus padres cayeron en los abismos.

* * *

¿Quién dijo *Levantate*? Fui yo. Escuché mi voz decir “Levantate”. Pero ya era comentario: era la leyenda, leyéndola en voz alta, yo condensaba, y recuerdo que me retorcí de risa. Torsión, destello, contracción de una alegría cortante que me arrojan en la orilla que media entre el saber diurno y el saber nocturno. Escribo, no, arrojo

19. La palabra que designa la letra hache (*hache*) se escribe en francés igual que la que designa la herramienta hacha (*hache*). (N. de la T.)

apenas talladas las palabras sobre una hoja de papel, el papel prende, la voz seca, queda la frase bien conocida. Todo eso no es sino asunto de inversión y de metonimia: no vi la ratona, ni la lagartija, sino solamente una cola. De la cola, concluí el animal, como el vientre de la lagartija prometía la espalda. Habría podido escuchar mi voz decir cola en lugar de lagartija. No tengo la costumbre de la alusión o del reemplazo. Esa lagartija sale de mi memoria masculina/femenina, como la criatura veneciana, vientre y cola, saliendo/ entrando. De niña vivía en un país cálido, en África, donde la lagartija era tan común como la lombriz de tierra. Después tuve que ver escabullirse una o dos por "casualidad", pero están (las lagartijas) tan lejos de mí como las palmeras datileras, o mi padre muerto.

¿Habría intentado también resucitarlo? ¿Pero mediante qué nombre convocar a quien no tiene oídos? Es demasiado tarde, siempre fue demasiado tarde: ahora llega cuando quiere. Entonces llamo a aquel que no está muerto como si estuviera muerto, y le doy una orden. Levantate, digo, y soy la hija-hija de Dios, provocho, levántate, sé el objeto y el sujeto, sé el padre y el hijo, la ley y el servidor. Erigite, digo, y soy la hija-mujer, te emplazo a no permanecer recostado, te despierto, pero no soy yo sin embargo quien da la orden, porque en el momento en que se da la orden, el aire que respiro es mi madre, y lo desgarró con los destellos de mi decir. Fue dicho: "levántate" por mi voz, pero en ella se desliza un sonido suplementario, signo de que el aire que respiro es mi madre: ¿no habría pronunciado en vez de eso, como era normal: lagartija levántate [*Lèvtoi, lézard!*], siguiendo las curvas que mi voz graba en una melodía puramente mía? ¿No habría dicho: ¡Levántate, lagartija!, evitando por inclinación natural el apóstrofe solemne, entonces la metamorfosis del sustantivo común en nombre propio, de reptil saurio en hombre muerto?

Fue mi madre la que me empujó a ese lugar del fin, *am diesen Ende*, cargando mi lengua con esa E pesada que sabe callarse la E dentro de la O [œ], el Ojo [*Œil*] que no ve nada, con su E propia, por la cual comienza y todo comenzó por Eva.

Tierras calientes y rojas de África, tómenme entre sus pliegues, estoy cansada, tierras rojas y blandas moldéenme en sus pliegues, quiero dormir. Ahí donde la lagartija se detuvo, yo viví. El agua era azul, espesa y ondulada, las tumbas al borde del agua eran rojas, mi madre hablaba una lengua extraña o bien ellos eran quienes no hablaban su lengua, y la lengua paterna estaba muerta y enterrada (quedan huellas pero pocas) y ellos hablaban una lengua que no sabía escribir que empezaba a la derecha y terminaba a la izquierda, y en la cual mi madre se habría llamado Ima, y mi padre Baba, pero nadie nunca se llamó Lázaro del lado de mi padre o de mis tierras rojas. Ninguna relación entonces entre Lázaro y yo, salvo justamente esa ausencia de relación, aspecto sobre el cual se me podría buscar pelea y decir que, si no hay nada entre Lázaro y yo, es porque hay espacio entre su nombre y el mío, y sin ese espacio nos habríamos entremezclado. Para otros, Lázaro evoca a Cristo. Escuché hablar de eso. Sé que Lázaro se levantó. Pero no sé dónde ni cómo. Sé también que es un acontecimiento admirable, una fiesta de la insensatez, un acto logrado. Todo fue sopesado: ¿quizás si Lázaro se hubiera llamado de otro modo no habría funcionado? La melodía que me sopla esa frase se levantó en Oriente, más allá de los desiertos, los ríos azules y los mares muertos. Pero eso no quiere decir que esté animada por el espíritu del hijo de Dios: es al revés. Mi leyenda no comenzó por la orden de resucitar, dirigida después a otro. Fue la lagartija la que provocó que surgiera una frase, un miembro del sintagma, más precisamente la cola de la fórmula sobre la cual mi madre inmediatamente hizo valer sus derechos: a decir verdad, mi leyenda fue desmembrada por el análisis: Cola de lagartija + cola de fórmula, que se hiende en la cabeza de 1 —) la eva [*l'ève*]²⁰ y se hace más pesada en el centro o en el vientre de una e inflada de ella misma.

20. Fonéticamente igual a la primera parte de la expresión *levantate, lève* [-toi]. (N. de la T.)

Habría que poder leer: me levanto, cómo me gustaba antes decirle a mi madre: ¿me querés? Con la esperanza de hacer pasar el amor en porción doble, la mía y la de (el otro).

Labios cálidos y rojos de T. t., tomen mi lengua en sus pliegues a fin de que me desate. Labios cálidos y móviles, tomen mi lengua y guárdenla.

Hay horas en que hablo de todo a T. t., y buscamos la lagartija. Me parece que nuestra muerte tuvo lugar hace dos mil años, antes de la era cristiana en todo caso; pero la vuelta al mundo no se termina. Hacemos el amor; el primero que se levanta es la madre del otro y así sucesivamente; para despertarlo lo llamo por su nombre entre sus labios. Para dormirme me toma en sus rodillas y con el rostro inclinado sobre mí, se asombra de no haberme visto nunca todavía, porque me mira con ojos de novio oriental. A fuerza de haberlo buscado: tengo sueño; se lo digo a T. t., que me dice: tengo tu sueño. Pero busco sueño sobre su pecho sobre su vientre, y mientras me retiro, lo escucho hablar sobre mis aguas, es su voz, la melodía sobre el agua, circula sobre el agua invisible, despliega sobre mi cuerpo invisible una melodía conocida que me acuna y que es muy antigua.

Me pusieron

En el gran moisés de mimbre

donde habían puesto

a mi padre antes que a mí.

Pero ese moisés está guardado en la habitación oscura de grandes armarios cerrados, y la habitación está en lo de la madre de mi padre, y la madre de mi padre está sobre nosotros, camina pesadamente sobre nuestras cabezas. Para verla, hay que subir un piso en la oscuridad, madera de jaula negra con olor a orina, después hay que golpear fuerte a la puerta, golpes de puño y patadas, esa puerta es gris, está laqueada de un gris algo tiznado de blanco (gris negro-blanco mal mezclados) la madre de mi padre es la persona más poderosa y más anciana de la familia, conoce el francés mejor

que yo o mi madre, pero apenas; para que la puerta se abra, hay que gritar: ¡Entre, entre! El que tiene que gritar es el que está afuera: ¡Entre entonces! Ese moisés despierta mi incredulidad: es tan grande, ¿para qué se usaba? -¡Entre, entonces! -¿Quién es? -¡Soy yo!

* * *

Ese corazón me late en la cabeza: la cabeza de T. t. se descolgó del cielo y me cayó en la cavidad craneana pasando por el oído, e impacta dando golpecitos en la bóveda de mi cabeza. Golpecitos de martillito, como el índice flexionado del médico que golpea el pecho para escuchar. *Knuckle*, la articulación; la mejor palabra en inglés. *Knuckle*, *Knock*, *toc-toc-toc*, y *suckle*, una palabra cercana. Ese corazón que golpea con perseverancia, brilla: mis ideas giran alrededor del corazón brillante de T. t. a una velocidad a la vez enorme e imperceptible dejando rastros luminosos pero efímeros. El corazón golpea, hace un calor extremo, estoy entumecida, apenas me muevo; sí, apenas me muevo y tengo la cabeza brillante soy pequeña y larga. Porque hace tanto calor tengo la cabeza pesada, pero lo que es pesado en mi cabeza es mi lengua, porque puedo, creo mover la cabeza, mi cuello gira sobre su eje, pero las pequeñas cosas, la lengua, los párpados, los labios mismos están casi inmóviles.

Si no estuviera a salvo en ese hueco al borde de Tristán, tendría miedo. Si tuviera que hacer un dibujo de lo que soy en este momento según lo que siento, me representaría como una especie de pájaro o animal de cuerpo angosto, bastante pequeño, cerrado, que contiene dentro de una membrana (vestida con cualquier cosa, plumas o pelaje) una máquina pesada y dolorosa que es mi corazón verdadero, con un cuello bastante largo, arqueado pero tieso, y una hermosa cabeza muerta con los ojos cerrados, con esos párpados abombados y angustiantes y el ojo se moldea a ellos a tal punto

que lo vemos como dentro de ese cuadro de Botticelli, y esa cabeza no sería la mía, que no conozco, sino una cabeza de ave de presa, humana sin embargo. La leyenda para esa imagen sería la frase que me hace tanto daño, y que vuelve sin cesar a aplastarse contra mi boca interior hablándome de ella misma y que dice: "esa frase no es lo bastante abierta", como si quisiera decir otra cosa, como si la cabeza de la frase que es la palabra "frase" misma se hubiera hecho una palabra en blanco, a reemplazar por la cabeza todavía desconocida.

T. t. lee la *Gradiva*, lo veo leer a través de esos pliegues de mi sueño. Le dije que buscara el lugar donde Jensen habla de la lagartija por primera vez. Me inquieto. Las hojas se mueven. T. t. lee, la frase vuelve, se arremolina, me acicatea, pegada a las mucosas de mi garganta me ahoga, no es la primera vez que me trago una mosca. Unas violentas ganas de tener ganas de morir para que salga, pero no llego a despertarlas. Esa frase no es lo bastante abierta: auscultando se detectan torpezas. T. t. se agita mientras lee encima de mí, a veces se inclina sobre mí, y golpea mis labios con besos vivos y amorosos y breves, como si fuera su hija. Desde abajo lo veo, estira el cuello e impacta mi boca con cuatro besos. Cómo si bebiera de mi boca, ¿pero qué?

* * *

Reconocía a mi madre por su sonrisa. Era lo Hermoso. Pero no quedaba saciada. La llamaba. A fuerza de llamarla, tuve que nombrarla; de lejos, de cerca, la llamaba, mi voz era alta, era una orden que le daba, un requerimiento adorador que no habría podido aceptar un rechazo: me hacía falta esa sonrisa:

¡Eva, sonreí!²¹.

21. El verbo *sourire* (sonreír), en imperativo de la segunda persona (*souris*) tiene igual grafía que ratón (*souris*). (N. de la T.)

Sonreía, yo bebía, estaba ebria, ella daba vuelta la cabeza

¡Mamá, sonreí!

Ella sonreía. –¡Sonreí! ¡Sonreí! –Ella sonreía–. –¡Sonreí! ¡Sonreí!
¡Belleza! ¡Sol!

Cuando dormíamos juntas, no sonreía, yo no la veía sonreír porque me daba la espalda. Acostada de lado, en una actitud de muerte, yo estaba detrás de ella, la protegía, desposaba el arco de su cuerpo apretadamente con el mío, la tenía agarrada de la cintura, hacía cucharita. Tenía el vientre plano y vendado de músculos como una nulípara [*nulepare*]²². En la oscuridad, me contaba historias de cuando ella era chiquita y yo me cincelaba una infancia dentro de la suya, una memoria dentro de la suya, y su lengua en mi boca era alemana: hablaba de cosas que mis ojos jamás habían visto.

He aquí cuáles eran los símbolos de nuestra infancia: la nieve (una mousse blanca y cremosa), los esquíes (un bastón con un redondel en la punta), todas las primas bajo el mismo edredón, el río (*die Hase*, un nombre de conejo), el río congelado, la catedral de Colonia, la catedral de Estrasburgo, la primera bicicleta (la de Eva, porque yo no tuve), los bosques en primavera, las primeras cigüeñas. La madre de mi madre, que tenía 27 años, pensó que su esposo era un cerdo o un judío mal educado –aunque supiera que era de buena familia, pero venía de la frontera austrohúngara–, cuando quiso pasar por el agujerito que le servía a ella entre las piernas en vez de pasar directamente a través del ombligo. Fue ella la que contó a mi madre, hacia 1915, que se encontraban niños en los repollos. Su marido fue asesinado en Rusia ese mismo año por un obús que le arrancó las piernas. Todo eso forma parte de esos *Kindheitserinnerungen* que me servían de infancia suplementaria de *Urkindheit* donde, sabiendo todo, pedía prestada la ignorancia a mi madre. Le supliqué el río, la nieve, las cigüeñas. La sonrisa fue más

22. Aquí nulípara, la mujer que no tuvo hijos, se escribe *nulepare* en lugar de *nulipare*, lo cual fonéticamente suena como *nulle part* [ninguna parte]. (N. de la T.)

reciente: en las fotos de otras épocas, sus labios estaban retraídos como sus párpados, con una malicia neutra y calma. Esa sonrisa es encantadora y sin misterios. La sonrisa dice: soy exactamente lo que parezco ser. Una jovencita virgen y deseosa de aprender. Un cuerpo flexible y ojos grandes abiertos algo grandes. Nadie se parece tan poco a un animal. ¡Sonreí [*Souris*]! ¡Eva! ¡Sonreí [*Souris*]!²³

La venganza de la ratona [de la souris].

T. t. soñó con mi sueño. Ayer, leyendo la *Gradiva* en todos los sentidos a la búsqueda de la lagartija, en *todos los sentidos* sueña sueña, sueña sin nin-gún/sueño, y primero ve un ratón que se acerca a la cama, a la cama cubierta con un grueso cubrecamas hay un tipo de cosa, una cosa, una materia desconocida, cuál es, materia orgánica pero desconocida, y que no quiere conocer. La ratona quiere conocer, salta, entra en la cosa por una hendidura, la cosa sobre la cama está hendida, agujereada –aquí yo gemí de horror, pero no T. t.–, comienza la venganza de la ratona. ¿Qué es lo que se desliza y se queda pasmado en la cama, quién siente y sufre y se abre y se hace más grande mientras que la ratona pipi-picotea? No saber, ¿esa ratona qué es? ¿Quién tre-tre en mi cama –pa? Ese cuerpo en la cama: leche cuajada, fermentada, hendida. *Käse*. Queso-cheese. Para sonreír, decir “cheese” y sus labios lo harán: *Tchi:z-Käse*. Vivo dolor después pesadez de mi brazo izquierdo ante este relato. Le cuento a T. t. a qué jugaba Leonardo da Vinci cuando tenía cuarenta años: jugaba a la lagartija voladora. En Roma, donde había seguido al duque Julián, había fabricado una pasta de cera y mientras paseaba, Leonardo moldeaba animales, muy delicados, huecos y llenos de arte: soplaban dentro, cuenta Vasari, y volaban; cuando el aire se escapaba, volvían a caer al suelo. A una lagartija muy curiosa le hizo alas con la piel sacada de otras lagartijas

23. Ver nota 21.

y las llenó de azogue, de modo tal que se agitaban y temblaban cuando la lagartija se movía; también le hizo, de igual modo, ojos, una barba y cuernos, la domesticó, la puso en una caja y asustaba con esa lagartija a todos sus amigos.

T. t. me dice que por más que hubiera surcado la *Gradiva* en todas direcciones, tuvo que rendirse ante la evidencia: la lagartija que aparece primero como un grupo móvil e indiferenciado, después aislada y acechada, ni verde ni oro sino brillante. Solo la brizna de hierba anudada para capturarla es verde. Por otra parte la lagartija es hembra, *Lacerta Faglionensis*. Adelanta la cabeza dentro de una fragosidad ante la cual, con el vientre al sol, espera el padre de Zoé-Gradiva. El nombre de Zoé comienza con Z. La lagartija mira el viejo barbudo reptar, arroja sus rayos irónicos y pesados sobre el cazador en posición horizontal, es *paciente*. Inmóvil, sonríe. Sabe que puede quedarse inmóvil en la hendidura durante cuatrocientos años. "Esta sonrisa es la encarnación de toda experiencia amorosa de la humanidad civilizada". Es lo que dice Walter Pater a propósito de la sonrisa de la Mona Lisa del Giocondo.

De la misma manera, misteriosa, aterradora, fascinante, la lagartija alada de Leonardo encarnaba la experiencia divina de la Humanidad: las diabluras, las maravillas de la naturaleza, la barba del padre, la caja de cuerpos. Dios domesticado paseando su cuerpo ingenioso y sus alas que temblaban en silencio al menor estremecimiento. La paciencia de Leonardo era ella misma una lagartija enloquecida de alas inútiles, que no dejaba atrás su caja saliendo por arriba porque no conocía sus alas. Leonardo pintaba como T. t. me besaba a veces, con apuro, a golpecitos repetidos, como se besa rápidamente y por juego los labios entreabiertos de una amante que le habla a uno. Se levantaba, se abalanzaba contra la tela o el muro, se arrojaba hacia adelante, aplastaba el pincel aquí y allá. Después se retiraba por varios días o meses. La lagartija de Leonardo tiene ojos suplementarios y una barba. ¿Se pueden imaginar objetos más dignos de repulsión que el queso en

la cama de T. t. y ese monstruo de alas mercuriales? Sin embargo, T. t. me afirma que no se vio invadido por el asco sino que, por el contrario, estaba muy interesado. Käse. Z. Reconocemos que las cosas están llenas de Z estos últimos tiempos, como si la lagartija [léZarde] hubiera puesto en todas partes Zuevos [Zoeufs]²⁴. De ahí a decir Tristeza.... Hay *die Mona Lisa*, y *die Marquesa von O*.

* * *

El conde F. es un maravilloso dragón alado: se despliega en el tiempo y en el espacio a una velocidad fulminante, con impulsos verticales. Es *la Impaciencia*. Arranca la vida en las narices y barbas de la muerte. *In extremis*. No espera, no se aplasta, no acecha a la marquesa de O. con cortesía. Porque no sufre demora alguna. Empuja el tiempo, se convierte en diez para dar un empujón a la existencia, toma a la marquesa entre dos combates, la estrecha, la adora, la fecunda entre dos puertas, en un pasillo, sin hacerle daño, después se lanza hacia la torre del palacio, apaga los incendios, atiza la acción de los soldados. Creemos verlo en cien lugares a²⁵ la vez. No puede haber intersticio en el despliegue de sus dezeos [dézirs], todo debe ser zatripadotodo [saizitout] y de inmediato. Su poder es inmediato, absoluto, zabarador [embrazée] en un parpadeo: irrezistible [irrézistible]. El asalto y triunfo del conde F. supone la escritura de Kleist: una palabra fecunda, hay que estar en estado eterno de superación para alcanzar

24. *Oeufs* (huevos) se escribe aquí con una Z delante. Cambiar una "s" por una "z", o bien agregarla, será un juego de sentido al que Hélène Cixous se entrega en las siguientes líneas. En cada oportunidad, se intentará encontrar una palabra española que lo pueda replicar, y siempre se señalará entre corchetes el término en francés. (N. de la T.)

25. En francés tanto como en español la palabra lugares [*lieux*] se liga por su terminación en S (o en X) con el inicio de la siguiente palabra o letra, en este caso la preposición a (a la vez, *à la fois*). Así, se reemplaza el sonido natural de esta liaison por una Z. (N. de la T.)

el lugar donde la razón [*raison*] y las leyes naturales dejan de tener vigencia, donde el sueño tiene la forma de un cisne hembra que se llama Thinka. Así la marquesa lleva en su seno la huella de un pasaje único y fulgurante, marcado con esa escritura que no tiene necesidad de repetirse para ser entendida.

* * *

T. t. es hermoso. Se lo puede comparar a F. por la velocidad y el ardor. Si todavía no hablé de la belleza de T. t., es porque no sabía decirla; es esencial, como lo pensaba antes respecto de Eva. Es hermoso por sorpresa [*surprize*], por impaciencia, por elevación. Es un hombre dúctil, amoroso de la materia, investigador, que interroga sin cesar con la mirada las líneas de los cuerpos, encantado de descubrir la extensibilidad casi ilimitada de lo viviente, la piel, la imaginación, todas las cavidades del cuerpo humano, todos los huecos de la conciencia, la memoria, el tiempo cuyas divisiones [*divizons*] suspendió. Es un maravillado, un ladrón. Incluso la lagartija de Leonardo le gusta. Tiene necezhidad [*bezoin*] de tocarla, sus manos rugozaz [*rugueuzez*] y sólidas tocaron mucho, tallaron mucho, esculpieron mucho, pintaron mucho, acariciaron mucho. Le pasa a veces que se ve abolido por una vizi3n [*vizion*]: el cuadro lo atrae invenciblemente, y abandona tierra, madre, cuerpo, él mismo, yo misma, para entrar ahí, pero jamás dejó de volver. Sin embargo, en esos momentos su cuerpo se queda cerca de mí. Tiene una infancia muerta. Se puede caminar sobre sus muertos sin que se sobresalte. Sin embargo nació de una madre sumiza [*soumize*] y hermosa, a la que zupo dominar [*il maîtriza*] muy pronto.

El secreto de la belleza de T. t. está en la copa de sus ojos: ahí bebí mi primera paz. Durante mucho tiempo busqué el secreto en su rostro entero cuya asimetría me arrastraba hacia largos y preciosos cálculos donde intentaba permutaciones de líneas, de rasgos, para ver dónde comenzaba lo hermoso. Sin duda jamás

habría logrado penetrarlo, sin el azar. Ciertamente que siempre había asociado en un lejano no-significante la curva de sus párpados y los pliegues del ojo con su sonrisa: era normal, su rostro se modificaba completamente por el alargamiento de su boca lo que veía entonces me alertaba, de tan legible que era la expresión de sus ojos incluso para alguien de paso. Sus ojos declaraban, palpitaban, suavemente, llamaban. Hablaban. No importa quién escuchara lo que tus ojos me dicen: yo lo advertía, temiendo que lo espieran con maldad. Pero él sonreía, pero yo estaba atrapada. Él me engatusa. Se inclina, abre los ojos, sus ojos caen, se deslizan, gotean en mis ojos: levanto la cabeza. Estamos inmóviles, una pregunta total nos enmarca:

/ese cuadro está compuesto de la siguiente manera: soy un infante alegre, musculoso, robusto, pero la sombra que baña la parte inferior de mi cuerpo desnudo es demasiado densa para que se pueda ver si soy un niño o una niña. Estoy a la derecha del cuadro. Le hago notar aquí a T. t. que desde hace algunas semanas vivo, escribo, descifro, sueño de derecha a izquierda: todo se abre y todo me detiene desde la derecha. Parece que intento montar a horcajadas a un animal que se retoba (retobarse [*rebiffer*]: palabra que me viene de mi madre) y que sostengo fuertemente por las orejas: no es una lagartija. Mi brazo derecho está inundado de luz. Tengo la cabeza levantada, girada de la derecha del cuadro (mi izquierda) hacia la izquierda del cuadro (mi derecha) y busco los ojos de T. t. que tiene la frente ligeramente inclinada hacia mí: se puede trazar una línea recta casi vertical entre el punto A (cima de mi cabeza) y el punto B (cima de su cabeza). Pero he aquí que otra cabeza se adelanta, ligeramente retirado hay un largo cuello que emerge de un torso blanco y redondeado que sostiene una cabeza compacta muy blanca, con apenas sombra, de frente abombada, de mejillas colmadas, de superficies nacaradas apenas interrumpidas en su inflamación blanquecina por la hendidura de un ojo, y ese rostro

compacto es semejante al de T. t como la luna se parece al sol y se posa entre el astro y nosotros.

Esa figura femenina de espaldas anchas, de rasgos juveniles mal desprendidos de la floración albuminosa de la carne no me impide ver que se erige, plantada en el péndulo soberbio de las espaldas, la cabeza de T. t. Contrariamente a este doble femenino de carnes blandas, de rasgos que se funden, a este busto femenino que se prolonga en un cuerpo elástico e infantil por la actitud (espalda arqueada, vientre invisible, ahuecado, repliegue atlético del busto hacia las rodillas, muslos ampliamente abiertos envueltos de velos a través de los cuales la blancura animal estalla).

T. t. me presenta su rostro entero, los rasgos son fuertes y dejan poco espacio a las superficies inútiles, el óvalo está dibujado con vigor a partir del mentón, y pese al parecido innegable con la mujer que se interpone, la fuerza de la nariz, de los ojos, de la boca, del mentón, la amplitud de la fisionomía, el hecho de que se ubique más arriba también me colman de una exaltación cómplice: pese a la tercera, somos dos y somos vencedores. Sin embargo siento cierto pesar cuando veo que el cuerpo de la mujer es invasivo: se prolonga e incluso se mezcla con los miembros de T. t. De hecho está sentada sobre él de tal modo que se podría pensar que es el cuerpo de T. t. Las piernas de él, dobladas bajo los muslos extendidos y velados, son casi invisibles. A lo sumo puedo volver a encontrar la longitud familiar de sus brazos, de sus muslos disimulados, reemplazados, porque abarca y engloba a esta mujer por todos lados. Sus pies son idénticos, largos, sólidos y blancos, acostumbrados a largas caminatas: eso parece indicar una presencia masculina en la joven entrada en carnes: por otra parte no le vemos los senos, ni su nacimiento, pese a la superficie de carne que se ha dejado desnuda desde las espaldas. Hubiera podido pensar que ella era la emanación de su ternura por mí, si él mismo no tuviera el rostro marcado por una ternura mucho más severa todavía. Finalmente, aunque haya una sospecha de seriedad adicional en la mirada de T. t.,

ambos, él y la mujer están en la edad que habría hecho verosímil la edad que se me atribuye en esta composición. Todos parecen tener unos treinta años. T. t. me mira y dice: ¡qué feliz soy de que nazcas! Sigo atentamente la frase que moldea sus labios, y en ese momento entiendo por fin el secreto de la belleza: dije, sin hacer una observación decisiva, que sus ojos hablaban. De hecho el fenómeno de la palabra de los ojos es mucho menos simple que esto; hay una causa anatómica. Vistos desde abajo, los párpados bajos parecen desprovistos de cejas. Están solamente ribeteados, en su borde externo, por una sombra que los hace más gruesos, de modo tal que esos ojos parecen ciertamente ser labios entreabiertos. De ahí la extraña emoción que me invade con cada una de sus miradas: esos labios tienen la mirada intensa e inocente de la ignorancia mística. Beber y ver se confunden ahí donde esos párpados se abren, esos ojos me besan los ojos y los labios, tocan, saborean, toman. La mirada de la ignorancia mística es la que mejor responde a todas las demandas y todas las necesidades, porque nunca niega nada. Buen ojo nutricio.

Labios de T. t., mírenme, labios nutricios, ábranse. Tristán, levantanos.

Cuando volvía a mí a través de las aguas azules y las aguas rojas, T. t. abrió esos ojos de origen cuyo color era ese azul opaco, turbio, lechoso, que no corresponden sino al lactante. Ese azul de la ignorancia primera colorea el único manto que ciñe a la doble madre que representa Leonardo bajo los rasgos de Anna de ojos semejantes a labios oraculares, y de María, de ojo semejante a una boca tímida de amante. Los labios de T. t. inclinados sobre mí tienen un ligero perfume a calostro.

Está ese cuadro, donde somos tres, y donde no sabemos todavía qué cosa seré yo misma, salvo aquello que T. t. me anuncia: habrás nacido. Luego, están todas esas fotos que fueron tomadas hace treinta años y donde somos dos, mi padre y yo. ¿Dónde estaba la mujer de mi padre cuando yo nací? Según las fotos y mis recuerdos,

es evidente para T. t. que: *soy hija de mi padre*. T. t. es perfecto. T. t. no está muerto. T. t. no es mi padre. Por otra parte, le prohíbo morir.

Estoy sentada sobre sus rodillas en la posición de la amante del pintor, y miramos ese cuadro que él me explica, después esas fotos, las tuyas, después las mías. En las tuyas se ve a su madre: él tiene dos años, está en el centro del espacio sentado en la arena. El rectángulo está partido en dos triángulos, uno está hecho de arena, el de la izquierda, el otro está totalmente ocupado por su madre que obtura el cielo al inclinarse sobre T. t., gran hermosa lagartija inmóvil y los cabellos que caen y arqueada sobre su pequeño. Tan hermosa, impregnada de amor maternal, que la escritura de luz, ese triángulo obturado, da la impresión de que las tinieblas se van a desplomar sobre la arena blanca y envolver al pequeño en sus cabellos. El arco de carne oscura lo hechiza, lo imanta. Vení, dicen los labios negros, vení ¡de pie! He aquí mi madre, cuando yo era pequeña. Ella está sola en la playa, la arena le forma una capa tibia, paralela al cielo; es Eva, sonrío, sus dientes regulares brillan, sus ojos regulares brillan, sus párpados están muy abiertos. Es una joven muchacha virgen y encinta sin huellas del paso de los niños. Carne cálida cabellos castaños; es una princesa. Vino a este país porque era exótico; pero es su nieve la que hace fundirse al sol.

Nos mira. Estamos acucillados en posiciones simétricas mi padre y yo sobre la arena, frente a ella. En la foto, estoy a la derecha. Frunzo las cejas y ataco; habrá que llenar de arena esa sombra. Soy la hija de mi padre. En esta foto es todavía más claro: él está parado en toda su longitud, sin pies, porque ocupa demasiado lugar. Somos dos, es demasiado. Me levanta alto, me eleva, su brazo izquierdo me aprieta los muslos, apunto al bolsillo de su saco, y me aferro a él retorciéndome para intentar entrar en el bolsillo deslizándome con los pies. Es bueno estar en el bolsillo del padre. Frunzo las cejas y digo: quiero.

Escucho tronar allá lejos hace treinta años la voz correctiva de la poderosa madre de mi padre:

No se dice "quiero", se dice "querría".

En lo cual se equivoca, porque justamente lo que hay que decir es *yo quiero*.

* * *

La madre de la que Leonardo mama se metamorfoseó en un buitre que introduce su cola en la boca del niño que está en la cuna. Luego el buitre que solicitó la boca del niño se metamorfosea en un manto azul que ciñe la doble madre del cuadro.

Moisés, que salió de la cuna, avanza en cuatro patas hasta el recipiente de fuego, y se lleva a la boca una brasa: por este acontecimiento, su lengua quemada le fallará; pero, le decía yo a mi madre, ¿cómo pudo llevarse la brasa a la boca sin quemarse la mano?

Hubo bastantes otros enigmas desde que comencé a pensar en los cuentos. Era Eva quien me los contaba: sus historias empezaban por *cuando*.

* * *

En su escritura diminuta que se dirigía de derecha a izquierda, Leonardo tomaba notas destinadas a él solo. Se tuteaba a sí mismo: se daba órdenes. ¿Para qué sirve un Padre?

* * *

Se tuteaba a sí mismo: "Aprendé con el maestro Luca la multiplicación de raíces".

Al tutearse a sí mismo se multiplicaba por dos. Si me tuteara, yo sería la lagartija. ¿Y si la lagartija fuera yo? Le digo a T. t., si no sos vos a quien prohíbo morir, y si fuera yo quien da la orden y quien la

recibe. ¡Esa frase no es lo bastante abierta! Escuchá: y si “Lagartija, levántate” fuera algo dicho por la voz que me tocó para hablarme a mí misma, entonces es que soy el hijo de Dios, entonces es que estoy muerta, resucito, soy “vos” y soy vos T. t. que acaricio para que luego seas mi padre y mi madre. Pero no Dios.

Leonardo se tutea en imperativo; es un maestro.

¡T. t.! digo. Estoy sentada en sus rodillas, abrazo su pecho, que no podría tomar por el pezón materno. Me interrumpo para llamarlo de modo apremiante: ¡T... t....! Sí. ¡T. t.! Sí, tengo por ciertas partes de su cuerpo un amor de los ojos y la lengua que no es solamente físico, sino sobre todo espiritual. Tengo una necesidad espiritual de su pecho. Mientras que mi lengua reconoce ese gusto extraño, ligero, agrio donde se disuelve, mis ojos siguen la curva musculosa, tensa, de un torso que, visto desde acá donde hice nido, se parece a la costra terrestre representada en los libros para demostrar que el astro es redondo: en el horizonte un barco trunco, una carabela. Es redonda. Su pecho es así mi tierra y mi horizonte. Mi alma ama su pecho. Por dentro y por fuera. No confundo, no busco el seno. Si fuera eso lo que buscara, iría a lo de la hermana mayor de mi padre mi tía-alimento, mi repositorio, mi almohadón maternal. Lo que mi alma quiere de T. t. es su corazón y sus pulmones, y es el horizonte.

Sabemos todo esto. Y también que la vida a veces se juega en una frase, o incluso en un único signo, que es quizás una frase plegada, e incluso se juega en una única letra que aferra todo. Así, ¿quién podrá medir jamás el efecto de la siguiente frase que Eva escuchó repetir por su madre en una época en que todavía no había visto el mar, y en la que Oriente era propietaria de los frutos: *Kennst du das Land wo die Zitronen blühen* y el efecto irritante y delicioso del sonido Z (ts) que me puso el limón [tsitron]²⁶ en el oído desde la infancia? Así pasa con la lagartija. Soy la presa de las frases. ¿Desde

26. Aquí limón (*citron*) se escribe comenzando con ts (*tsitron*) para denotar la particular pronunciación que le daba la madre de la narradora. (N. de la T.)

hace cuántos días estamos en camino? Hace varias semanas, hace un número ignoto de meses que estamos en estado de conmoción renovada. Según el cielo que consultamos en un mismo movimiento, es imposible decidir el mes del año. Según el reloj de T. t., estamos en diciembre, pero este cielo presenta los signos coloreados de un mayo. Entonces hay varias semanas y varios meses que hemos comenzado y sin embargo el reloj de T. t. es una herramienta perfecta. Entonces hay que aceptar que este diciembre sea nuestro mayo, lo cual no es contradictorio para nosotros. No es sorprendente: al tener el tiempo esta extensibilidad, me pasa que siento un agotamiento físico, con fiebre, movimientos incontrolados, sensación de exaltación vertiginosa, y siempre esa extraña ligera arremolinada gravedad, como si: "El sol me faltara"; "las cosas al bajar a toda velocidad me tiran de espaldas", "yo vivía de derecha a izquierda". Acostémonos ahí, dice T. t.

Y henos aquí auscultando el vientre de la frase para saber si está en fecha:

Él dice. Levantate. Después: Leva, leva, leva, vela, vela, velo.

Yo: Vivo [*Live*], vil, vil, he aquí [*voilà*] la i, que salió. Vivo, levi, levita, lo evita.

Él: Cola, vida. ¡Vida, muere! ¡Muerte, muere!

¿La cola de quién? Cola: longitud exacta de la cuestión. Q es una cuestión. Me parece que la letra Q se convirtió a la vez en el signo de la lagartija, del Ser, de la Letra, y en el marco concreto como el marco de un lecho a la medida de la cuestión. Cola quiere decir aquí levántate, levi, levita, el código se desenrolla muy rápido ahora, digo lagartija, luego mi lengua dice César, después hablamos del *Käse* en el lecho de T. t., y de ese ratón perforador, y del Sygno [*Sygne*]²⁷ de Kleist que se llamaba Thinka, y que hendía las aguas de fuego. ¿Dónde vamos con esta velocidad? Donde el sol nunca

27. Cisne, en francés, es *cygne*. Al iniciarla con una S, pero conservando la y consecutiva, se alude a la vez al signo (*signe*) y al cisne (*cygne*). (N. de la T.)

más faltará. Le cuento entonces a Thot a través de qué maravillosa operación la marquesa de O. se convirtió en el conde de O.

* * *

Por primera vez, el sol le falta a la marquesa de O., la noche del sitio, cuando el conde F. como un ángel del cielo, y habiéndola arrancado de la jauría de perros lúbricos, luego de llevarla con cortesía a un ala intacta, le habla en francés. La segunda vez que el sol le falta, ya el conde F. había desaparecido, y fue cuando, en una consulta médica en el transcurso de la cual la comadrona habla sin parar, mientras la examina, de la sangre de la juventud y de las malas lenguas del mundo, la marquesa de O. pierde la razón: he aquí el tenor del discurso de la matrona: que el robusto corsario que desembarcó para la noche de amor en la isla desierta de su viudez “terminaría por encontrarse”; que fuera de la Santa Virgen esto todavía no le había ocurrido a ninguna mujer en la tierra.

La marquesa deseó que la tierra se abriera para dejarle paso. No para quedarse en ella, sino para buscar un refugio apremiado cerca de la angélica F, de cuya muerte reciente se había enterado. Si había concebido sin ser virgen y santa, y sin estar regida por las leyes naturales, nada podía ser más imposible. La marquesa se erigió con toda la altura de su cuerpo por orgullo y fascinación, aunque su altura fuera más elevada que la de su propio padre. Por su decisión de franquear sin caer las leyes de la tierra y de la razón, estaba en metamorfosis: podía ahora negar la pesadez, si le hacía falta. Ya no podía ser retenida por el mundo horizontal. Salvo el niño, que la llenaba sin hacerla más pesada, nada hubiera podido frenar su ascensión. Por el niño, subía lentamente, con la cabeza en primer lugar, y su impulsarse era semejante al de un nadador de cuerpo contraído por el esfuerzo. Sus miembros plegados y estirados alternativamente desplegaban y volvían a cerrar el signo Z en el espacio. Finalmente, su alma vertical brotaría entre los

ángeles, como vemos el alma del conde de Orgaz subir desde la línea horizontal de Toledo donde tuvo lugar su entierro a través de una garganta nubosa, con la ligereza de uno de los pájaros que Leonardo inflaba con aire.

La marquesa de O., porque creía en el alma dado que creía también en las leyes del cuerpo y en los caminos de la concepción, no tenía miedo. Bien podía poner en juego su vida entera, a partir de O., como lo había hecho cuando acababa de perder a su esposo. No dejaba de sentir una alegría extraña por ese recomenzar que la cortaba de la tierra y de la tumba, preveía el alumbramiento como la oportunidad para ella misma de nacer en otra parte.

En el colmo de esta mutación espiritual que hacía de ella la igual de los pájaros y los ángeles, no dejaba, de tan grande que era su emoción (que a veces llegaba incluso hasta el transporte amoroso de ella misma, en el que adquiriría la apariencia del conde F. y se llamaba a sí misma, jugando, el conde de O.) de tejer pequeños gorritos y medias para piernas pequeñitas.

¿Sabés, T. t., cómo la venerable madre de la marquesa de O. llama a su hija cuando se convence de su "inocencia"? La llama "magnífica y sobrehumana criatura", después, "mi queridita". Son las palabras que dice la madre venerable y combativa cuando la hija viuda y encinta se eleva, con una altura mayor que la de su propio padre, después de haber superado los límites que separan lo humano de lo divino.

Sucesivamente, la marquesa de O., el gobernador G., la dama de G., el conde F., la marquesa de O., el gobernador G., la dama de G., el conde F., el gobernador G., el conde F. caen de rodillas, y preguntan: "¿Todavía me querés?". La marquesa de O. levanta al gobernador y a su madre. Al conde le dice: levántate.

Finalmente el gobernador G. toma a la marquesa de O. encinta sobre sus rodillas, posa sobre su boca largos besos ardientes, vierte sobre sus labios lágrimas brillantes, acaricia el vientre donde todo se prepara. Es feliz, pero no lo dice, de que ese niño no tenga padre.

Ningún otro padre. Acaricia con los dedos y los labios la boca de su hija y posa sobre el vientre maravilloso largos besos ávidos.

Con el tiempo las funciones familiares y amorosas se transforman. Sin el tiempo también, algunas veces. Si no hubiera orden de engendramiento, lo veríamos más claro: pondríamos en juego nuevas clasificaciones, produciríamos sistemas nuevos, a veces sorprendentes para aquellos a quienes desagrada esa combinatoria transformacional sin embargo necesaria, y que prefieren creer que las estructuras originales son sagradas y fijas. Cómo explicar la diferencia de los comportamientos y funciones de un conjunto E entre el tiempo inicial O y el tiempo B sino repitiendo el esquema primitivo. Las cosas *son* así, no hay necesidad de apoyarse sobre la salvaguarda del "como si". El gobernador G. es el amante apasionado de su hija. La dama de G. es la abuela de su esposo, el gobernador. La marquesa de O. es la joven madre de su padre. El conde F. es un ángel. Es un demonio del infierno. Es un ángel llegado del cielo. El hermano de la marquesa de O. es guardabosques. Es un cretino, un mensajero. La marquesa de O. es el padre juvenil y ardiente de sus dos pequeños hijos que no están separados de ella y no tienen nombre.

La Gradiva es el ama de casa ideal, la mujer indulgente de sus hombres distraídos, la que alimenta a su padre, su nodriza. El viejo Bertgang es un animal erudito. Jensen dice que el joven Norbert Hanold es para la Gradiva un *archaeopterix*. La Gradiva-Zoé tiene una jaula y en la jaula un canario cantor, en la ventana de su casa de Alemania. Josefa y Jerónimo preceden y superan todas las estructuras. No tienen nada que hacer ni aquí ni allá.

Mi madre es una joven princesa virgen que me sonrío. Es primordial. T. t no es mi padre. Tuve en otros tiempos un padre, el de mi infancia. Mis otros padres están todos muertos u olvidados. T. t. es mi cómplice. Es de buena constitución; cuando estoy cansada de buscar, me duermo, él me releva. Su cuerpo puede también ser el

delegado de mi cuerpo. A veces tengo un año, y me enseña a caminar. A veces él nace, y le enseño a ver.

Mi padre es un pájaro. T. t. dice que soy la hija de mi padre. Eva me lo entrega con ganas; dice "tu padre". Él me enseñaba las palabras. Eva me enseñaba las frases. Él jugaba y castigaba; entre la sentencia y la ejecución pasaba algo de tiempo. También era un hechicero, curaba, castigaba ordenaba. Se ponía un sombrero blanco, un "Panamá", un casco, un kepi, un sombrero de fieltro roto de explorador. Era hermoso, andaba por las alturas, guiaba grupos de muchachos que lo llamaban Cigüëña. Se deslizaba y desplazaba, largo, frágil, pesado y liviano, lo que no es contradictorio. Mi padre me toma con su pico. Eso no me hace daño. Soy lo que él ha encontrado.

Aquí recupero el aliento antes de ir todavía más rápidamente hacia el descubrimiento de la Causa Suprema (s z) soy entre lo que he dicho y lo que voy a decir.

Entre es T. t. Entre, soy yo.

Capturé el hilo que desenreda los nudos de cordón que llenan mi memoria a la perfección, si los enrollara tendría para toda la vida, es preciso que a veces me detenga para retomar aliento en el silencio, aunque T. t. me sostenga el hilo.

Sólo el sol no se mueve. Las cosas van rápido, la historia se aceleró mucho. Las frases se suceden ahora demasiado rápido para tener el tiempo de madurarlas. Estallan al llegar a mí y me inundan; caen a mí desde arriba, me acosan a picotazos. Los picos son aguileños o largos y rectos, dedos duros de Dios, penes voladores, pen, pena, penalizar. Son cada vez más pesados, pequeños pero macizos. Y sobre todo se deben escribir: si tomo aire es por esta escritura pesada que hago pasar de lo alto a lo bajo, y de la derecha a la izquierda, por esa pequeña mano minuciosa (en inglés se puede suprimir el segundo término de la expresión "hand writing": se puede decir que se tiene una hermosa mano; en alemán también se escribe a mano, en francés no se menciona ninguna mano), esa escritura condensada,

infinitamente potente pero no voluminosa, que me supera y me arrastra por ese mismo peso, mayor que el mío.

Desde el inicio de esta historia, la frecuencia de las contracciones aumenta. Apenas soy tocada por T. t. y llega una frase. He aquí una que me captura en el momento en que estoy sentada en sus rodillas, y se escribe bajo su pregunta: “¿Sabés dónde estamos?”. Según lo que él desea y según el cuadro yo habría podido responder: “en nuestra eternidad”, o bien “en un campo que no conozco y en cuyo horizonte se desgarran, en valles verticales, extraños circos angostos y volcánicos” o bien, en esta circulación infinita donde estamos comprometidos desde que comenzamos a dejar de morir; podría decir con derecho: “en Pompeya, en Santiago, en nuestros brazos, en el origen, *am andern Ende*, al término qué término, e incluso ahí donde las grietas de la tierra son rojas y oro en Tipasa, ciudad muerta de mi segunda infancia en España, en Alemania, en Palestina, en el cruce, en Oriente, al borde de la cuenca mediterránea, en nuestro lecho, en nuestras tierras”. Pero se escribe una frase que, apenas escuchada con la conciencia inocente, me asombra, se vuelve contra mí, viciosa y hermosa, me golpea violentamente, en los oídos, en el cuello, los labios, se retuerce, reptil de fuerza bruta –y sin embargo–, hermosa; “lo cercano está lejos”. No es la contradicción lo que me sofoca. Hace –lo Cercano– (es) mucho tiempo que conozco las bodas de los cielos y los infiernos. Es el sonido de esta frase que tiene la voz oracular breve y en apertura que habla en mi sueños de primera noche; una voz sin timbre, tan clara que siempre me resulta imposible saber quién habla, hombre, mujer, dios o yo misma, tan breve y justa que surge en mí la risa del descubrimiento. Sin embargo la frase me fue dada en la oscuridad: no la entiendo, lo que no me impide saber, sin vacilación, que me muestra todo. Lo cercano-está-lejos tiene esa cualidad de fulminación nocturna que había tenido la lagartija, con la diferencia de que el rayo se borra a la luz del sol. Esa frase no sabe lo que dice.

¡Por eso la frase primero se queda inmóvil en un sueño deslumbrado!

Il sole non si muove.

Finalmente soy yo la que se mueve: la remuevo con mi boca, la encarno, la hago girar muy velozmente en todas direcciones. Su cuerpo tan poco personal primero me afectó un poco: lo cercano no es nadie y no es de nadie. Si se hubiese querido desviarme sin escándalo del secreto, no se habría podido encontrar una fórmula más hábil. Porque lo cercano no me interesa —la distancia, o sus variaciones, me es indiferente—, ni como sujeto singular, ni como sujeto universal, ni como sustancia o concreto. Y después esa distancia no recorrida y sin embargo desplegada entre aquí y allá me siembra. La frase es pendular. No me afecta primero porque:

Pasa algo extraordinario: En el momento en que creo que la frase pasó —y ya no la escucho más, debió caer allá en la tangente que va del cielo a la tierra, yo-pensado [*pensé-je*]—, me alcanza en el punto cero —(donde bajo mis párpados cerrados los globos oculares abombados se parecen a huevitos bajo la membrana)— donde no pienso ni preveo y me hago volar en un estallido. Cráter. Del que asciende, con la raíz al aire, el árbol del reconocimiento. Me abrieron otra boca en el centro. ¿Qué dice ella?

Dice: “Estoy detrás”. Sea.

Dentro vi el río de la noche arrojarle dentro del río del día, y sin embargo sus aguas no se mezclaban. Después vi la avecula blanca de Kleist, la llamaba por su nombre porque no conocía el femenino de la palabra cisne, dije Thinka con una voz fuerte y cantarina, y ella remaba, con el cuello inmensamente largo y delgado y lleno de gracia en la frontera entre las aguas de la noche y las aguas del día y era la línea de su trayecto lo que separa las aguas. Dije: Thinka, la deseaba, quería que recostara su cuello contra mí y le habría pasado mis largos brazos delgados alrededor del nacimiento del cuello. Nadaba sobre ese tramo de los ríos que veía correr entre la boca y el horizonte para mostrarme algo: el movimiento de su cuerpo estaba hecho para mí, hacia mí: entendí —sigo la línea recta—. Las aguas, al cerrarse detrás de ella, centelleaban, tierras rojas (deduje:

blanco + negro = rojo. Dicho de otro modo: día + noche = sangre). Estos conjuntos convocaban en eco la frase de remate: imaginaba una resultante surgida de fuerzas contradictorias y que era rojo-vida.

Thinka, al hendir las aguas, se ponía de color sangre bajo mis ojos. Era roja, estaba mojada con las aguas negras y las aguas blancas.

La boca en el centro dice: occidente es oriente.

Me daba igual. A la inversa, lo que le ocurría a la avecilla me impresionaba: una vez fuera de las aguas, su cuerpo rojo de cuello inmensamente delgado y rojo crepitaba proyectando destellos. Como en un sueño sentía mi propia carne crepitar, sudar. Mi alma refugiada lo más lejos posible de la superficie estaba nublada de duelo, y yo no dejaba de sufrir y llorar sino cuando la boca me dice: "Sos la última. Andá del otro lado". Para mi estupefacción la boca me hablaba en una lengua extranjera que reconocí de inmediato pese a sentirme apenada por escucharla y reconocerla. Intenté taparme los oídos.

Escuchá dije a T.t., me hablan desde afuera, muy lejos de aquí, aunque no llego a escucharte. No era la primera vez que escucho hablar esa lengua que no quiero reconocer. La hablaban en las calles de mi primera infancia, encima de mi cabeza y a cierta distancia de mi cuerpo. Me apoyo con la espalda contra la caja de letras roja de letras rojas, que quiere vomitar un recuerdo contra mí.

Escuchá, dije a T. t., desde que me preguntaste: ¿sabés dónde estamos? ya no sé dónde estoy, esto se desplaza sin fin, pese a mí, estoy sentada en tus rodillas y sin embargo atravésé nuestros siglos, viajo, una voz sin timbre me lleva, una voz que quizás sea mi voz de otra parte o del fondo.

Escuchá, digo, la voz me dijo que occidente era oriente. Estoy aquí, te veo, veo tus ojos verme: y todo lo que veo es rojo veo rojo en todas partes, ¿qué es?

Siempre hay que decir que uno no sabe. El aire puro hiende las frases para arrancar su fruto todavía vivo. La lengua de T. t. puede incluso ir a buscar en mi boca la frase que se presenta mal. T. t. explora: ¿de dónde viene el rojo? ¿Cuál es el matiz exacto de ese rojo? ¿Es rojo sangre, púrpura, escarlata, carmín?

Depende. Es un rojo vivo, profundo, a veces como si fuera visto a través de una fina película de ámbar.

Estas son las lenguas que, por voluntad de mi padre, me hicieron aprender en mi primera infancia: primero el árabe, después el hebreo, más tarde el chino.

No hablo ninguna de esas lenguas. Tampoco sé ya escribirlas, había padecido el aprendizaje como si padeciera una reeducación: la gimnástica agotadora es inútil, uno no caminará jamás ni hablará jamás. Aprendí la impotencia.

Después de su muerte, aprendí otras lenguas que sé hablar. Durante mucho tiempo creí que las lenguas de mi padre no me habían alcanzado porque venían de demasiado lejos. Eran orientales. ¿Qué queda de ellas? letras, dos alfabetos, un peculio de palabras.

Cuando ustedes expresan la idea de que otro les dirige un lenguaje misterioso, pero que no los alcanza en ningún momento, dicen: Es hebreo, o bien: es chino. Pero ustedes no dicen: es árabe.

Cuando el joven Norbert Hanold quiso dirigir la palabra a la joven mujer Rediviva, su corazón casi dejó de latir: ¿en qué lengua interrogar a una joven pompeyana muerta más de dos mil años antes y que ha vuelto? ¿En una lengua muerta o en una lengua viva?

Quiere preguntarle quién es, aquí, retornada.

La Gradiva está sentada al sol entre dos columnas amarillas, equidistante de los fustes. No se mueve. Pero en su cuerpo habita el movimiento. Su vestido de pliegues innumerables es amarillo. El arqueólogo le habla primero en griego, en caso de que fuera la hija del poeta Meleagro, después en latín, en el caso en que hubiera sido la más hermosa hija de Pompeya. La Gradiva le responde en alemán. Su voz es nítida, baja, pesada; deja huellas de bronce en el aire. Mi voz es alta. La voz de T. t. es a veces baja y plena, a veces alta y vibrante. La voz de Eva es baja y calma. Muy calma y lejana. Es una voz perfecta para contar: ya hay un afuera en el timbre incluso antes de que haya dicho las primeras palabras que deslocalizan. Nunca fui: a Italia, a

Grecia, a Palestina, a Oriente. Pero puedo imaginarlos. Las imágenes son a color, son colores. Veo Italia, Grecia, Palestina, el Oriente sin ciudades, sin monumentos, sin calles, sin ruido sino el vago rumor general de la presencia. Veo sus grandes cuerpos elementales, sus carnes adormecidas y palpitantes, sus extremidades, labios de aguas saladas, el calor de sus tierras compactadas al mediodía por el sol, todo eso veo a través de grandes fragmentos espesos de color en movimiento, en respiración. Son madres, elementales, animales, mudas, receptivas. Tengo ganas de dormir en ellas.

A fuerza de decir no, agotamos el no. Cuando cae, piel muerta, nos asombramos de ver el sí destellante que la flor seca ya no camuflaba; no nos asombramos porque, apenas vemos el sí, ya nos confesamos haberlo entendido siempre a través del no, y solamente haber retrasado el tiempo del fruto para inflar el entre-dos donde las cosas van a ser y no son. La confesión es un placer. Es natural reservar la fruta para el postre. Las mejores frutas son las que se muerden, las que se dividen, las que se multiplican, las que se hacen durar. Las granadas, por ejemplo, ofrecen por su composición múltiple un tipo de placer refinado, lejano; por su color, también, un rojo a veces profundo, a veces más claro, por el núcleo blanco, visible en transparencia, alojado en el seno de cada grano, por la extrema fineza de las membranas amarillo doradas que tabican las secciones del fruto, por la corona de dientes puntiagudos que protegen su sexo exterior, por la piel espesa, cuero perfumado rojo y verde amarillento que lo encierra. Además las granadas maduras se abren solas bajo el sol. Entonces entre los labios vemos brillar los sí de vidrio esmeralda.

¿Qué me impedía querer confesar que no conozco la lengua que se hablaba cerca de mí? Es lo que me impidió poner "Lo Cercano está lejos" en comparación con "Lagartija levántate". Por esa razón, porque yo resistía, es que había rojo en todas partes: ese rojo es la sangre de mi memoria. Mi memoria es una placenta. Es la tierra roja que alimenta mi porvenir. En cuanto al árbol que crece con la

raíz en el aire, basta darlo vuelta para que, cabeza arriba, manifieste lo que es a través de sus frutos. Es el árbol de granadas de la noche de Chile, que filtraba la luna y albergaba la trinidad envuelta en un manto azul. Es el árbol erigido del desconocimiento, el que deja creer a los hombres que el paraíso crece en el medio de los hombres y que la inocencia tiene sede a igual distancia de los pilares del Templo.

No hay huella de una lagartija verde en la *Gradiva*. Verde es el color del broche que sujetaba la manta de la amante hundida en el hueco de su amante hace más de dos mil años. Pero hay un mar rojo que cubrió los mosaicos muertos y los mosaicos decolorados. Este mar no es un mar: es un inmenso campo de amapolas nacidas por la combinación de fuerzas naturales y de brotes inmortales. Jensen dice que ese campo estaba inmóvil, hipnotizado, que era real. El movimiento es ilusorio: es el movimiento inmóvil de un color desplegado bajo el sol: la luz inquieta bajo los ojos lo que nada hace mover.

Todo esto que tiene que ver con el rojo y el mar, con los frutos del árbol de granadas, con la voz de Eva, con el poderoso sol de mayo (porque ocurre en mayo), con las flores, con los pilares amarillos de Pompeya, con los pilares de día y de noche que precedían a los hebreos en el desierto que se abre entre Egipto y Canaán, con la división de las aguas del Mar Rojo bajo los pasos de los niños, que atraviesan el lecho seco entre dos muros de aguas rojas, con el doble pilar de Dios, que separa aquellos que hablan hebreo de aquellos que hablan la lengua faraónica y que fuera noche para aquellos y para éstos la luz en la noche. Y era el mismo pilar, y por más cercanos que estuvieran éstos de aquellos, estaban sin embargo infinitamente alejados. Porque no se veían.

Es mi Moisés y levanto un bastón, y las aguas rojas se erigen a mi derecha y a mi izquierda, y ya no se mueven.

T. t. y yo pasamos. Nuestros pies al mismo tiempo sobre la misma arena, al mediodía. Eva ya no está aquí. Está detrás de nosotros. La fuerza del mar cuando vuelve para cubrir al ejército, los carros, los

hombres, los caballos, el rey, es irresistible. En hebreo el nombre del mar es masculino.

El sol inmóvil moviliza los colores y hace vivir el rojo.

Dios le habla a Moisés. No se dice en qué lengua pero no dudamos en pensar que le habla a Moisés en la lengua de sus padres.

La lengua de la que no quería saber nada no es la de mis padres, ni la de mi madre. Imaginen que Dios haya hablado a Moisés en egipcio. ¿Moisés no se habría ahogado? ¿No habría dudado e incluso no se habría negado a atravesar el Mar Rojo, incluso si Dios le hubiera dicho que en la otra orilla todo se traduciría?

La lengua que me hizo dudar era el árabe. En esa lengua padre se dice Baba. Puerta se dice Bab. ¿Qué viene a hacer en mis oídos la lengua que habla contra mí, sino tener el designio de horadarlos? Por esa razón quise taparme los oídos. Así alejaba de mí las cercanías peligrosas. Cerramos los ojos, nos tapamos los oídos, nos adosamos a un pilar de doble cara: entonces no nos arriesgamos a ver bostezar lo negro y de escuchar chirriar los goznes y de ver el sí salir del no.

Lázaro no es para mí. Es de mi falta voluntaria si esta frase no fuera lo bastante abierta: no deseaba su apertura. Tenía ganas de detenerme ahí debajo, de apoyar mi cabeza en el escalón del templo de Apolo, de no dar a luz, de dormirme, en el borde de la cuenca mediterránea, sin jamás atravesarla, antes del inicio de la historia envuelta en los pliegues innumerables de un vestido que no sería ni verde, ni rojo, ni azul.

Finalmente el mar rojo se abre y se levanta.

“Lo cercano está lejos” es mi bastón: levanto las palabras, y la frase se abre en dos paredes simétricas, unidas y separadas por lo lejano-cercano. A la diestra, la voz ordena: ¡levantate, lagartija! A la izquierda la voz ordena: ¡Ábrete, sésamo!

¿Quién dice esta frase en voz fuerte y clara?

Es Alí Babá, de pie temblando ante la puerta de la gruta. Esa puerta (Bab) era tan pequeña, estaba tan bien escondida por los matorrales que Alí Babá, que creía conocer la montaña en la cual la

puerta estaba recortada, no la había visto nunca. Fue mi madre quien contó la maravillosa historia oriental haciendo vibrar los bronce de su voz, antaño, cuando la adoraba en tiempos de Ratona.

Dijo: ¡Ábrete, sésamo! Entonces en lo bajo de la montaña la puerta se abre enorme y abre paso a Alí Babá.

¿Qué hay en común entre la Gradiva, Alí Babá? La I y la A. ¿Qué hay en común entre la marquesa, Moisés, T.vos t [*T.oi t.*], Jerónimo y Josefa? La O.

¿Qué hay en común entre Sésamo y la lagartija? La Z, la S, la A²⁸.

¿Qué hay en común entre el Occidente y el Oriente? El pilar de dios. El dianoche.

Hace mucho que sabía todo esto sin verlo.

¿Por qué, si lo sabía, tardé tantos días en verlo, atravesé tantos desiertos, tantos siglos, lechos de arena, lechos de cenizas, traduje tantos relatos, desvié tantas aguas y erigí tantos muros, bloqueé tantos caminos, busqué hacer que el sol se levantara en el ocaso?

—Vemos gracias a esto que quiero ganar tiempo—.

Porque tenía miedo de que la noche quedara en blanco, de que mi madre fuera mi padre, de que mi padre fuera mi madre. De que mi lengua paterna se bifurcara, de que mi lengua bifurcada me pusiera una sirena en la boca.

Entre las aguas hendidas Thinka se volvió roja. Para pronunciar este nombre es preciso primero colocar la punta de la lengua entre los dientes. El cuello de Thinka es enorme; es mayor que el de un cisne común. Se podría decir que es un cuello de cigüeña. Al final de su trayecto cuando todas las aguas devinieron tierras rojas detrás de ella, Thinka se duerme. El sueño se levanta, aparece en el este de la cuenca mediterránea, y cava un agujero. Después el sueño pone un huevo blanco en el despertar. De él saldrá una pesadilla.

Cuando decía: ¡Lagartija, levántate! era el hijo de Dios y resucitaba [*suscitais*].

28. Lagartija (*lézarde*) contiene una Z. (N. de la T.)

Cuando digo ¡Sésamo! ábrete, ¿quién soy? Soy Alí Babá, quiero penetrar en la montaña por la puerta secreta. Si robo a los ladrones, no soy un ladrón. Los ladrones por otra parte no roban en nuestra región. Son hombres hermosos, jóvenes y alegres que roban en otros lugares pero se contienen de hacerlo acá. Toman allá lejos y guardan su presa aquí.

Lagartija levántate era la columna de nubes que me separaba de Ábrete, sésamo. Sésamo estaba demasiado cerca de mí para no estar demasiado lejos. ¿Qué es lo que está tan cerca que no lo podemos ver mejor que aquello que está lejos? El hombre cuando cree tomar a la mujer y atravesándola no se ve ya a sí mismo y tampoco la ve ya a ella. El hijo invisible en el seno de su madre. Aquí tendría necesidad de música para representar la cercanía de la muerte, que es el movimiento mismo de la vida: la muerte es esa pesadez rítmica que nos obliga a posarnos en el suelo e incluso a hundirnos para recuperarnos de los esfuerzos que exige la danza de la vida. La muerte está en el vientre de la vida. Nos mata naciendo. Desgraciadamente la [lez] artes me faltan. Felizmente Sésamo no está lejos.

Digo: ¡Ábrete, sésamo! porque quiero saber lo que hay del otro lado de la puerta. Está claro que juego a hacer el amor con la montaña. La montaña está erecta. Son las palabras las que la abren. Eva me contaba que el malvado hermano mayor de Alí Babá, que era rico y estaba celoso, olvidó la fórmula de tanto que lo había sacudido la emoción que sentía ante el espectáculo de las riquezas: se la olvidó. Había querido quedarse en el oro por la eternidad. Pero tenía miedo de los ladrones hermosos. Ahora bien, he aquí que Sésamo desapareció. Entonces: prueba con todos los cereales y todas las espigas: ¡maíz! ¡trigo! ¡cebada! ¡avena! Alí Babá esperaba entrar en una gruta angosta y sombría: pero se ve bajo una bóveda alta y clara, edificada sobre columnas altas, brillante con el resplandor de las pilas de oro y de plata. Un templo interior. El oro está adentro.

Entonces dejo de ser Alí Babá porque no quiero llevarme el oro.

T. t. me dice que, si no encontró la lagartija verde, al menos encontró la mariposa roja que se posa en los cabellos de la Gradiva justo en el momento en el que Norbert le dirige la palabra en griego, después en latín, después en alemán. Esa mariposa tiene las alas doradas y ribeteadas con un fino festón rojo. Es una cleopatra. En ocasión del segundo encuentro, en el cual el arqueólogo se acerca a la joven muchacha, una mosca se posa en la mano fina de la Gradiva. La mano larga de dedos suaves y delgados. El arqueólogo se ve invadido por un deseo furioso de tocarla para verificar: si la mano vive, se seguirá de ello que el cuerpo entero está vivo. Podría tocar la mano con su mano, podrá posar ahí sus labios, podrá rozarla, tomarla, pero su mano se resiste: imposible levantarla; aunque la conjure, su peso se convirtió en monstruoso. Está clavada a la piedra en la cual la había posado, o bien pegada, o bien petrificada. ¡Qué envidiable y detestable es la mosca!

La mariposa cleopatra, que parece surgida del contacto entre el mar rojo y el sol, si se juzga según el color de sus alas, es una criatura imaginaria. Ahí hay un mecanismo extraño que manipula el tiempo: porque N. H. cree por un instante, el instante de la pregunta en griego, que la Gradiva no es sino la hija del poeta Meleagro, es que la cleopatra se posa sobre la cabellera oscura de Cleopatra. Cleopatra se mató al enterarse de la muerte de su esposo. También yo me mataría. La mariposa surgió entonces de la ilusión efímera del arqueólogo. Aquí ya no sabemos de dónde vienen las cosas y a dónde van. La mosca quizás haya nacido de la necesidad desgarradora de verificar quién rondaba a Norbert. Si lo cercano está lejos, lo lejano también puede estar cerca y el deseo puede desovar su realidad.

Mi madre tenía la costumbre de enunciar en tiempos en que nos contaba Alí Babá sentencias familiares y poderosas. Decía: Ayudate, y el cielo te ayudará. Yo me ayudaba. T. t., que soy yo, me ayuda. Nos podemos ayudar infinitamente, el poder no tiene ningún límite sino cuando se produce el pasaje a lo divino. Todas las herramientas son buenas, sean efímeras o no, humanas o no. Nos agrandan: Cuando

Moisés tuvo que enfrentar al ejército de Amalek, distribuyó sus fuerzas del siguiente modo: dijo a Josué: elegí hombres para nosotros, salí, combatí a Amalek. Y yo iré a la cima de la colina con el bastón de Dios en mi mano. Esas son las herramientas que Moisés utiliza para la guerra contra Amalek. Utiliza: la fuerza de los hombres, la autoridad del jefe del ejército, la cima de la colina, el bastón de Dios. Se ayuda a sí mismo. En el extremo del bastón que sostiene en su mano sobre el campo de batalla está la potencia divina. Pero la mano es el lugar del poder humano, porque Dios que tiene una diestra y una siniestra puesto que creó el mundo no tiene mano. A fuerza de mantener los brazos levantados sobre el campo de batalla en sangre, Moisés sintió una enorme tensión muscular y sus manos se hicieron más pesadas que manos de piedra. Habría podido convocar a Dios en su ayuda. Pero el hijo no debe recurrir a su padre en tanto que puede sujetar la naturaleza a su deseo. He aquí cómo Moisés sigue siendo el hijo triunfante: se multiplica. El hijo es el amo del Nombre y no hay sino un dios. Moisés recurrió a dos extensiones: Aarón y Hur sostienen cada una de sus manos, uno de un lado, otro del otro. Tres Moisés dura, y sus manos no se mueven hasta la puesta del sol.

La mosca sostiene la mano pesada de Hanold: por un sistema de magnetismo orgánico: su periplo minucioso galvaniza los nervios que entonces hacen levantarse a esa masa que pesa en las articulaciones rígidas desde la espalda al codo, desde el codo al puño. El brazo se levanta. Un instante más tarde, la palma se aplasta sobre la mano larga de dedos suaves. No sabemos qué pasa con la mosca sacrificial.

* * *

Cuando el Mar Rojo se abre para dar paso a los hebreos, tiene dilatación completa. Cuando recupera su forma y se cierra, está en masculino. Siempre es el Mar Rojo. Cuando Alí Babá grita ¡Ábrete, sésamo!, la puerta se abre enorme, cuando grita ¡Ciérrate, sésamo! La

puerta se vuelve a cerrar y la montaña es infranqueable. Es la misma montaña, hueca, colmada, en apertura, cerrada.

En la gruta bolsas de oro, bolsas de plata. Asnos, mulas, caballos, asnos. Treinta y ocho hombres en treinta y ocho odres cerrados que tienen solo una hendidura fina para el aire. Treinta y ocho puñales. Un hombre cortado en partes después vuelto a zurcir a mano. Callejuelas en pendiente. Una mujer que lo ve todo. Signo de la sangre del cordero sobre el dintel y sobre los pilares de la entrada, la noche de *passover*. Signo blanco X en la puerta y en todas las puertas de la callejuela, luego signo rojo X en la puerta y sobre todas las puertas de callejuela donde vive Alí Babá. Durante la noche, Alí Babá y Morgiana amortajan en fila treinta y ocho hermosos ladrones muertos sobre un lecho de tierra suelta. Después apilan la tierra.

* * *

Para que la puerta gris perforada con un minúsculo judas se abra ante mí, es preciso que grite: ¡entre, entonces! como si fuera ella la que fuera a entrar donde yo estaba afuera, mientras que yo quería entrar adentro, en lo de la madre de mi padre. Deseaba entrar en el vestíbulo después en la habitación negra de donde venía mi padre. Porque soy la hija de mi padre. Había en el dormitorio armarios chinos laqueados de negro adornados con finos relieves en oro. Cigüeñas de oro torcían el cuello entre los juncos que erigían sus cabezas de oro encapuchadas alrededor de una cuenca vertical de vidrio oval donde uno se podía reflejar. Esa agua fina absorbía la luz en la cual me bañaba. En el armario negro, más allá del agua fija, está el libro de los pájaros que nadie jamás leyó. (Tristán dice que me parezco cada vez más a ese pájaro). Hay pájaros que suben, hay pájaros que bajan, hay pájaros que se sumergen. Está escrito que los pájaros tienen el conocimiento del tiempo, y que los hombres tienen la ignorancia del tiempo. Jeremías dice que si los hombres no saben que es tiempo de levantarse, caerá sobre ellos una época de

calamidad: los huesos de los reyes y los huesos de los príncipes y los huesos de los sacerdotes y los huesos de los profetas y los huesos de los hombres se desplegarán bajo los ojos del sol, y de la luna, y de las estrellas que no se les parecerán, y no los despertarán, y los huesos serán los excrementos desplegados sobre la faz de la tierra; porque los hombres no habrán sabido vivir, y conocer. Mientras que la paloma y la golondrina y la cigüeña vigilan el tiempo de su advenimiento, *turtur, et hirundo, et cyconia custodierunt tempus adventus sui*.

Mi padre murió. Era una cigüeña. Sabía cuándo había que vivir y cuándo llegaba el tiempo de morir. Mi madre es una ratona. Ama la vida por la que siente una gran curiosidad; corre por todas partes. Siempre se olvida el reloj. Heinrich Cornelius Agrippa dice en *De occulta Philosophia, sive de Magia* que los pájaros tienen un sentido augural. *Cyconia, concordiae avis, concordiam facit*. Esto es cierto. Mi padre: *altivolans*. Volaba [*volait*] alto. Quería [*voulait*] alto, también. De él me viene mi ardiente deseo de altura. *Cyconia advena*: es un ave de pasaje y de mensaje. Las cosas ocurren rápido, en altura. Hay pájaros que bajan, como el buitre, del que se dice que siempre es hembra, hay pájaros que se sumergen, como el cisne.

Pájaro [Oiseau]: la primera adivinanza que mi padre, que era el amo de las palabras y las letras, me planteó cuando accedí a los asuntos del espíritu. Me estaba llevando subida sobre sus hombros, bien alto, y me bajó al suelo. Para tener derecho a volver al lugar sublime era preciso que yo respondiera la pregunta: “¿Qué palabra incluye todas las vocales y tiene una sola consonante?”. Estaba parada ante él y el mundo me soplabá todas las palabras, y mi lengua se retorció de miedo en mi boca, como si quisiera escapar; mis piernas flaqueaban, mi padre se alargaba, se estiraba, yo levantaba los ojos hacia sus ojos y el sol, hundiéndose en mis lágrimas, me enceguenció, ya no veía el rostro de mi padre sino muy lejos, y tan alto que sus contornos vagos y centelleantes se confundían con el sol, sus cabellos llameaban rojos, la cabeza de mi padre era solar e inmóvil, debió haber descarozado al astro para alojarse en su nido, o bien el sol se había descolgado

solo, en todo caso: el cielo alrededor de la cabeza llameante de rostro invisible era negro: una bola de fuego se abatió sobre mi pecho y me atravesó sin matarme; sin embargo creí morir, o bien quería morir, pero no sabía cómo morir, por dónde, sabía solamente que estaba exultante y desesperada, que acababa de aprender lo que iba a querer desde ahora hasta mi edad más avanzada, supe el sentido de la palabra morir, que todavía no había usado nunca; morir era lo contrario del azar. Era querer. Y querer era lo contrario del azar. Era adorar. Y era posible adorar. Y la adoración es la muerte. Vegetaba al sol miserablemente, no me iba a quedar ahí. Él me llegó desde los brazos, que levanté hacia Él, y esos brazos crecían sin proporción respecto de mi tamaño pequeño. Salían de detrás de mi espalda, de debajo de mis omóplatos, eran largos, livianos, elásticos, no se terminaban para nada con manos.

La voz de mi padre estallaba como lluvia en mi rostro, la boca abierta, la lengua afuera, yo absorbía las gotas cuyo centro era cálido y su epidermis refrescante. Me inspiraba, me ayudaba sin duda: ¿Qué contiene todas las vocales y no comienza con nada de nada? Mi cerebro estaba aniquilado, no se lo preguntaba siquiera. No buscaba el enigma que el sol consumía en el centro de un enigma más vasto, había olvidado el chantaje, la condición previa. Estaba tensa hasta la muerte por mi querer. Las estaciones se sucedían a la velocidad de minutos, los siglos se agolpaban con la cadencia de los meses, y yo gritaba sin descanso: ¡Papá, levántame! Mi propia voz me aturdía. Mi desesperación me embriagaba, yo aullaba: ¿Por qué me bajaste? Y al mismo tiempo deslizaba la respuesta en la pregunta, de tanto que el descendimiento, que me cortaba los miembros, me llenaba de inmediato de una potencia desconocida, violenta, feliz. Yo quería. Soltame. Levantame. Soltame. Levantame. Caerás con la cabeza adelante y hacia arriba. Le tomé el gusto al miedo. Me valí de mis órganos en llamas para ver. Me moría. Me apuraba y me erigía hacia él. Ahora sabía lo que siempre querría en la vida: querría morir hacia lo alto y recomenzar cada vez de cero, siguiendo una línea orientada

de arriba abajo arriba. En ese momento tenía cinco años, y él tenía veinticinco años, y T. t. tenía veinte años pero yo no era su hija.

Bruscamente, en el resplandor que roía mis huesos y mis tejidos sin aniquilarme, el dolor dejó de ser mío y se volvió mi compañía, mi confidente, mi amante: se desplazaba con agilidad dentro de un tercer cuerpo que se extendía entre mi padre y yo. Yo lo reflejaba, lo comprendía, pero no lo contenía. Habría podido ser cualquier otra persona, no tenía nombre, no tenía edad, no tenía sexo, no tenía conocimiento. Me faltaba la memoria: recordaba la pregunta. Y tenía una única finalidad: subir, volver al lugar de donde provenía, ahí arriba. El dolor no me causaba daño, la ignorancia no me daba miedo, sentía un placer indecible sintiendo la elongación de esos nuevos brazos cuya ligereza me enseñaba que mis antiguos brazos habían estado lastrados por cadenas ocultas. Levantaba esos brazos que el viento llevaba. Y ya mi cuerpo era arrastrado, mi pie derecho estaba en posición vertical respecto del suelo y el pie izquierdo iba a levantarse cuando mi lengua maldita o bien era mi alma inquieta por la metamorfosis de su morada de carne, me hizo deslizar de la ignorancia dichosa a la pesadez irremediable del saber. Si no hubiera dicho entonces: ¡un pájaro! *hablando de mí, de mis* alas tan fuertes, *de mi* cuerpo soltado de las cadenas, levantado por el viento, sin duda habría cumplido el eterno deseo que hace soñar a las generaciones de hombres. Un pájaro no sabe que es un pájaro: sabe solamente que llegó el momento de volar, lo hace, no lo piensa, no lo dice. Por lo tanto yo no era un pájaro. Pero la palabra había llegado a los oídos de mi padre, la palabra total y facetada. El pájaro. Tuve cinco años, me ganaba un elogio por mi inteligencia, el sol inclinado sobre mí se parecía a mi padre, que me levantaba para sentarme sobre sus hombros. Habría podido volar si no hubiera descubierto el verdadero secreto. Queda una huella que T. t. conoce: por poco no fui un P²⁹. S.... si no hubiera tenido esta lengua en esta boca, y conservé una

29. Casi soy una "O", de *Oiseau*, pájaro. (N. de la T.)

muy lejana-cercana semejanza, de la cual hablaré más tarde. Pero era solamente la niña encaramada sobre el padre a una breve distancia de la tierra.

* * *

Evá decía en esos tiempos: todos los caminos conducen a Roma. Y Roma es todos los lugares deseados. Así: basta con partir para llegar.

Basta vivir para morir. Basta morir para amar y olvidar para recomenzar. Si caigo al modo humano me precipito por tierra pero la tierra bajo la presión de mi deseo se funde y derrama y hiendo el agua de tierra, si me lanzo el sol se borra y nubla. Intenten. Deseen y tendrán: basta con desearlo lo bastante fuerte. El fracaso no es sino una experiencia. Si no llegan al punto donde el infinito se da vuelta sobre sí mismo, es porque no lo han querido lo suficiente. Aumenten la apuesta. No hablen. La palabra mata y no hace morir. Si es preciso un lenguaje que sea aquel cuya cantidad no se puede reducir a un sonido único, que se mueve sin desplazarse, que describe sin trazar, que no conoce la letra y sin embargo es el espíritu y tiene el espíritu de ser sin haber recurrido a la visibilidad, que está hecho de tiempo y el tiempo no lo altera, que no conoce ni infancia ni edad, ni las lenguas ni los dientes que muerden las lenguas extranjeras, que se pone en el mundo a sí mismo, que su alma está en todas partes y en ninguna, que es libre en el encadenamiento. Aire tallado en el aire.

Ese lenguaje divino sería común a todos los seres –quizás uno, o dos, tal vez tres– que descubrieron el lecho angosto donde los opuestos se aman, donde el cielo y el infierno se desposan, donde los extremos se componen un rostro tierno para absorberse uno en otro, donde el huevo puede dar a luz a su propia madre, donde T. t. puede estar a mi izquierda y sin embargo yo estoy a su izquierda, y sin embargo lo veo brillar ante mis ojos al mismo tiempo en que veo sus cabellos creciendo blancos después mientras suelto una sonrisa dorada de alas ribeteadas con un festón rojo que se posó sobre mis

labios mis ojos ven crecer sobre su frente bucles castaños y es T. t. también al que amamanto recuerdo ya lo alimenté hace dos mil años, y el aire tallado se calienta a causa de la rapidez del infinito, porque todo lo que vive libre así en el encadenamiento es vivo y sutil como ese viento que en una temporada celeste fecunda a los buitres en pleno vuelo y bastaría con que la fuerza motora del infinito creciera y entonces el aire entero atrapado alrededor de la hendidura vibrará sin que un nombre jamás sea esculpido, ni ninguna otra palabra, sino solamente en el oído se arrojarán los ríos enrojados por los jugos de las amapolas, y el oído ya no se conocerá, y así, y llegaríamos ahí donde el aire tallado en el aire anularía todos los vestigios de la ciencia y de la razón, donde T. t. sería la Cabeza [*Tête*] cósmica en la cabeza, yo su ojo izquierdo y yo su ojo derecho, y el mundo sería música.

* * *

No bajé desde lo alto de mi padre: caí. Voluntariamente. Me escapé de él y me arrojé por furia hacia el suelo. Me parecía que, si el aire me había sido negado, la Naturaleza no me podía negar la tierra. También sentí un inicio de placer por no sentir mi movimiento contrariado. Las leyes me sostenían. El comienzo es aquí el final: apenas había sentido mi pecho ahuecado por la exultación cuando sentí que el aplastamiento llenaba mis pulmones de un fuego abominable. Había elegido mi infierno: se situaba en el punto exacto donde se encabalgan el nacimiento y la muerte. Para llegar hasta ahí había que querer y simultáneamente aplastar el querer. Más tarde lo hice con frecuencia.

¿Qué pasó? Mi padre frenó mi movimiento atrapándome por el empeine, pero llegué a tocar tierra con mi cabeza. Mi cuerpo se le deslizó entre las manos, estaba cubierto de la espuma pegajosa que unta al niño cuando es expulsado. A través de la herida que me abrió el arco de la nariz entre los ojos, conocí mi sangre, por los ojos y por

la boca. Vistos a través de la sangre, el cielo me parecía verde y la tierra era innegablemente roja y cálida.

T. t. sabe todo esto; dice que volví al pájaro dando la vuelta a la tierra, y que me parezco cada vez más a un pájaro. Al decirlo tiene esa sonrisa que me da el deseo de volar.

Después de una noche en que habíamos atravesado todos los reinos haciendo el amor, la cresta de mi nariz se abre en el mismo antiguo lugar y brotan dos hilos de sangre, uno cae sobre el pecho de T. t. y otro sobre mi pecho. Le explico a T. t. que derramar sangre es natural, dado que hicimos el amor, que la sangre es mi tributo natural, sobre lo cual me pregunta T. t. por qué la sangre brota de mi nariz, ¿es que mi nariz sustituiría naturalmente a mi sexo? ¿o al suyo? Heme aquí inquieta. T. t. se ríe, me trata de pájaro que ha vuelto. ¿Pero qué pájaro? Ese, dice, cuya cabeza es semejante a la de un predador de nariz aguilina cuando es *Temprano* [*Tôt*], y a aquel cuyas alas son de oro púrpura cuando va a ser *Tod*, y aquel que se parece a un hermoso joven inmutable cuando escribe. El que se parece a Egipto coronado cuando el sol deja de abreviar en el Nilo y entra en su concha. El que lleva la cuenta de los muertos, y cuyo cuerpo es el de un hijo de rey. El que retiene los nombres y que sirve de silencio al lenguaje y de ojo fiel al sol. Es un macho de día y, en Occidente, la noche es el vientre pálido de Oriente, la amante de las mareas, y la amante de la amante de las mareas. Las aguas son sus esclavas, los nacimientos le obedecen. Y mientras que T. t. me cuenta los amores de Oriente y Occidente y cómo un temblor de las aletas de la nariz de Egipto armaba y desarmaba a los padres del universo y cómo el oro, los dioses, los ejércitos, las leyes, los pueblos, los ciclos, la historia, las revoluciones, el miedo, las prisiones, la ciencia podían danzar como la tierra en torno al sol.

lo tomo por los labios y por su lengua mía y lo atraigo hacia otro imperio, por sobre los mares desconocidos, lo arrastro hacia el árbol de Chile. Esa es nuestra alegría de partida que mis flancos estallen, y que los siete pliegues de oro que acorazan el pecho de

T. t. estallen, y de nuestro cuerpo hendido caigan y rueden, granos de vidrio escarlata, las islas, los continentes, los volcanes palpitantes en el momento de vomitar, las entrañas de oro y los órganos sagrados: finalmente el único soluna que es sol cuando el hombre lo observa y luna cuando lo mira la mujer. Si solamente yo hubiera apuntado a Chile, habría dicho que mi viaje estaba cortado sobre la tela del sueño. Si T. t., en mis brazos, y sus labios rojos sin movimiento bajo mis labios, y su frente coronada con mis senos, me hubiera llamado con todos los nombres de Oriente, yo habría dicho que hacía lugar a la Naturaleza. Pero caminábamos juntos de Oriente a Occidente, con ese paso rápido que T. t. nos impone, y que habría sido el de la Gradiava si N. H. le hubiera dado la mano para pasar de la muerte a la vida. Te amo en vos mismo y yo en vos. Teníamos una única sombra cuya frente tocaba la montaña *am andern Ende*. Nadie más pasaba. Nuestro avance hacía nacer zonas de sombra y zonas de sol.

T. t. me preguntó si me gustaría que escribiera mi biografía. En tiempos de nuestras desapariciones, habría detestado el alejamiento del libro, habría hecho brotar alrededor de nosotros una espuma sangrante de sospechas. Pero aquí, ahora que vamos hacia el árbol de Chile y que me parezco cada vez más a un pájaro, sentía un enorme placer. Incluso aquello me *sonreía*. Sí, el libro era *esa sonrisa*. Esa Sonrisa.

Soñamos, pero en el momento en que tenemos un solo sueño y un solo cuerpo, entonces una sola sombra y un solo horizonte, ya no somos soñados: hacemos nacer y morir nuestro tiempo bajo nuestros pasos. Me doy cuenta de que yo-en-Tod, amada en-mí-misma-en-Thot por T. t., soy extrañamente libre: recuerdo a mi padre y a Eva pero el recuerdo no está en T. (odo) t. [*T. (ou) t.*] donde estoy, y no estoy en el recuerdo: lo miro pasar por los ojos de nuestro tercer cuerpo. Lo había sabido, él me había tenido, allá. No aquí.

¿Y la lagartija? Se murió. Se volvió roja. ¿Y mi padre? Era largo y flexible, y brillante, verde y oro. Era sanador de los otros, amo de las palabras, plantador de cosas en su lugar, terapeuta, taciturno, me

incitaba a escribir, a contar, a hendir las frases con mi hacha para ver qué contenían, era homeópata, quien portaba un niño, pasajero. Iba recto y en la horizontal. Se deslizaba entre las rocas, se detenía bajo el sol, se agitaba en la sombra.

Se acostaba Temprano [*Tôt*]. Quería que yo lo imitara.

* * *

¿Podrías escribir nuestra historia? T. t. me sostiene la mano. Si tengo tiempo. ¿Cuánto tiempo tenemos? Según mis cálculos tenemos nueve siglos de un lado, más una docena de siglos del otro. ¿De qué lado? Nuestro tiempo tiene dos lados: T. t. y yo. Recorrimos mi lado y nuestra sombra está siempre delante de nosotros.

* * *

Por última vez, hoy nos valdremos de una lengua prestada. Sea el francés por allá, sea el alemán por acá. Y pongamos a Pompeya en el crédito de mis nostalgias de infancia, y que sus cenizas cubran la cabeza de la mujer que sonreía encima de mí cada vez que hubiera podido volar. T. t. me aporta la lagartija verde y oro, ¡oh, mis dos ojos distraídos y mis dos ojos atentos! ¿Perdí el sentido del color terrestre antes incluso de decidida la partida? ¿Y dónde estaba el verde y oro lagartija? Atravesé Pompeya en veinte trayectos paralelos y veinte líneas perpendiculares. La cuadriculé en cuatrocientas celdas, y pasé treinta años todavía en ese desierto para esperarla, en vano. Escalé las montañas y di vuelta las piedras, y no vi Signo verde, ni arriba ni abajo. En el límite del último siglo me detuve. Había usado mi bastón para arañar las rocas y cavar entre las baldosas, y cuando lo esgrimía ya ningún pájaro respondía.

Es que, dice T. t., la lagartija no estaba en Pompeya. La atrapé en otra parte, y en la época en que no habías nacido.

¿Había estado?

No la lagartija verde y oro; sino la *Lacerta Faglionensis* brillando en las rocas.

* * *

Estamos sentados en nuestra cama en un templo de sombras y sin horas. Afuera es mediodía. Qué ardiente es el mediodía del 2 de noviembre, solo los muertos circulan sin ruido en el horno, a la búsqueda de sus huesos que ni las estrellas, ni el sol, ni la luna juntaron, aunque los huesos de los reyes estén mezclados con los huesos de los hombres. Nunca lograrán, dice T.(ho)t. reconocerse porque nunca amaron sino el sol, la luna y las estrellas, y no el dios que fluye en el cuerpo del hombre.

* * *

Del querer de N. H. nació la mariposa cleopatra. Era un querer liviano, violento pero modesto, y por eso surgió la criatura más delicada no humana que pueda nacer del deseo del hombre. Del bastón de Moisés podía nacer una serpiente capaz de matar a los sacerdotes y los reyes. La cleopatra es la Belleza del deseo del alemán. Del deseo de Eva, mi madre, nacería sin dudas la visión de una calle larga y ardiente en Oriente, y ella se demoraría delante de cada puesto para tocar todos los objetos y desearlos. ¿Qué nacería del deseo de T. t.? Nuestra inmortalidad: él trabaja el tiempo con la fuerza de un titán, a fin de derribarlo. Ya hemos modelado el lugar de nuestra inmortalidad: está en la intersección de nuestros dos deseos tensados rectos, surgidos del mismo lado de nuestras lenguas unidas y silenciosas y que, porque tienen padres y madres, orígenes e infinito, se presentan de súbito desde el otro costado, bajo la forma de un tercer cuerpo que, en el espejo de mis ojos, está hecho a su imagen y semejanza, ese cuerpo que, en el espejo de sus ojos, está hecho a mi imagen y semejanza: en ese cuerpo hemos intercambiado hasta el extremo

de la semejanza; en ese cuerpo nos traducimos. ¿Qué nacerá de mi deseo? El cuerpo único y desconocido de nuestro silencio: hay que encontrar esta lengua sin palabras y sin límites que nos perpetuará sin equívoco y sin debilitamiento. Después consumir ese vuelo que el término Pájaro había suspendido.

Hoy T. t. empezó a hacer retroceder la muerte: “Borramos aquí las ciudades de nacimiento, los recuerdos infantiles, los peñascos hendidos, las montañas fracturadas, los pilares que sostienen templos y separan ejércitos, los besos paternos, las aguas de las madres, los orígenes. Ya no necesitaremos que Lagartija se levante y Sésamo se abra. En la gruta sólo hay el peso de las cosas, las bolsas de plata y las bolsas de oro. ¿Entendés? El tercer cuerpo adquirirá fuerza y alma en lo que nunca fue visto antes: transportará el allá aquí; hace el futuro ahora”.

Hoy es 2 de noviembre. T. t. empieza a hacer retroceder nuestra muerte. Nos hace falta mucho lugar para el aquí-ahora. Afuera no están tristes. Calculan, miden, intentan, se olvidaron, están muertos, sin sus nombres, sin sus ojos, sin verse, cuatro pilares de nubes se despliegan e inflan hacia el cielo; debería haber solamente uno, solamente uno había en el origen pero a fuerza de golpearlo ciegamente lo hicieron estallar, y ahora el proceso de división es incesante, los pilares se inflan después estallan las nubes se expanden, se despliegan, se elevan, se inflan, después estallan –Despertame, le digo a T. t., ya no quiero verlo.

Entonces abre mis ojos, y con tal fuerza alegre que es verano. Pero no del todo. Es una nueva temporada, o bien una temporada antigua y desconocida por mí: las flores en sus comienzos, los frutos en su madurez, los perfumes en el inmenso calor se expandieron entre los pliegues innumerables de un manto azul que ya vi en otra parte pero que no tenía el tamaño de éste. Este manto es muy largo, puede extenderse, desplegado, hasta que la vista se pierde. Cuando se lo desenrolla, se descubre que adentro de los pliegues, más oscuro, el manto está ocelado. El tejido en su lado interno es una carne seca

azulada profunda. Los ojos que adornan el color más profundo no son ojos humanos, ni de ningún animal conocido; atraen primero los ojos de los seres con o sin alma, por su luminosidad: la fuente de la luz está en el ojo mismo, lo que me parece inconcebible. Es así: cada ojo es un ojo dentro de un ojo. El segundo ojo ilumina al primer ojo. Lo que me asombra es que esos ojos no ven, no están sin duda destinados pese a su forma a mirar. Brillan, fueron creados para recibir imágenes y no para transmitir las. Son especies de espejos orgánicos, análogos a la puerta del templo que no estaba seguido de ningún templo. Son ojos absolutos, pero no estoy segura. Brillan demasiado como para que esté segura de su color. Me parece a veces que tienen el iris en fuego, entonces rojizo, pero a veces me parece, al contrario, que son de hielo. ¿Qué es?

T. t. dice: los llamo ojos de ángel, son ojos anónimos que no transmiten y miran solamente lo divino. En realidad este tapiz de ojos que no ven es la frase celeste.

—¿Dónde estamos?

—Estamos Aquí. Absolutamente Aquí.

Aquí es nuestra cama. Nuestro tercer cuerpo se estira en él entre las tierras sedosas y rojas, a veces me veo a mí, a veces lo veo a él estirarse y desplegar nuestros miembros entre las tierras de seda.

¿Sabés que estamos muertos fuera de la muerte? Sacudo la cabeza. Mi saber está hecho por completo de una beatitud de todos los sentidos y no tiene lenguaje ni otro nombre que la impresión de esos labios que me redistribuyen. Veo pasar a través de los párpados de T. t. cerrados sobre mis ojos una pareja flotante que me ilumina: —¿Sabés, dije a T. t., que en verdad Dante subió a *buscar* a Beatriz? T. t. sabía. En su saber finalmente como el fruto del sueño feliz.

Cuando abro los ojos, mis ojos de leche, estoy sentada en el seno de T. t. que está sentado bajo el árbol con frutos. El jardín donde estamos tiene cuatro paredes de agua que se derraman en vertical de abajo hacia arriba sin ninguna salpicadura. T. (odo) t. [*T. (ou) t.*] se inclina sobre mí, su cuello es largo y gracioso, su rostro ya se prendió

fuego sobre mis labios, me ilumina hasta que me le parezco. Tiene esa sonrisa que ya vi en otra parte. Me enseña que nació. Recuerdo su voz: nos da un infinito pasado. Lo cercano se aleja y vuelve con movimientos vivos y temblorosos que hacen centellear su piel verde. Me enseña que nació. Esa sonrisa lo tiene. Es mediodía. *Il sole non si muove*. El sol está inmóvil. Desde aquí vemos la tierra girar alrededor del sol. Dejamos de morir.

¿No estás cansado?

No tengo cuerpo donde estar cansado.

Sabemos todo y sin embargo somos inocentes. No tenemos preguntas: allá sólo es un reflejo de aquí, el resplandor cruzado de nuestros ojos. T. (odo) t. [*T. (ou) t.*] me dicta entonces todos los tiempos, grito [*j'écrie*], escribo [*j'écris*], escribiendo se hace un libro que no conoce ya los tiempos: sólo hay un tiempo. Ese tiempo mientras escribo escribo [*j'écris j'écris*] es inmóvil, mi mano escribiente es una eternidad, mi mano está tan derecha que los dedos están verticales. Pilares del libro. Escribo con la mano derecha casi vertical. Bajo la vertical se lee un tiempo sin movimiento, sin verbo. Sin embargo, escribo con tanto amor y certidumbre, con esa fuerza masculina del Mar Rojo cuando abate sus largas espadas sobre el ejército, los carros, el faraón, y se vuelve a encontrar natural, inagotable, cerrado, flexible, lleno de muertos, él mismo, que el libro ya no necesita acción, verbo, movimiento. Se enrolla al infinito a partir del mismo punto, en un eterno presente de altura. Soy la derecha y T. t. es la izquierda, y esa escritura trenzada, dirigida de derecha a izquierda, cuenta una historia sin tiempo, sin historia. Dibuja más bien un recorrido. Nos tutea (la escritura), nos da órdenes. Nos sugiere caminar uno delante del otro o uno detrás del otro. Pero la derecha es de T. (odo) t. [*T. (ou) t.*] porque yo soy la derecha, y porque T. (odo) t. [*T. (ou) t.*] es la izquierda, la izquierda es mía, y atravesamos la escritura con un mismo movimiento giratorio, que sube, por nuestro mismo y tercer cuerpo, y soy la izquierda y T. t. es la derecha, lo veo que pasa el pie derecho sobre el intervalo que separa dos páginas no

obstante el pie izquierdo se dispone a seguirlo escribo, escribo hasta que nazca el día de la noche. Después escribo hasta que la noche nazca del día. Si tuviera que rendir cuentas pasaría esto en medio de un recinto de duda: escribo por orden y dictado de T. t. Encima y debajo se acosan mutuamente y no sé jamás dónde estamos. Están las páginas nacidas del día nacido de la noche; están las páginas nacidas de la noche nacida del día. Las de la noche son más cortas, más claras, más pesadas.

Él dicta. Yo escribo. Él lee. Descubrimos entonces que hay tres textos, el primero, el intermedio, el segundo. El intermedio huye y se desliza entre la noche y el día, a veces entreveo su cabeza, a veces lo sorprendo en el momento en que tiene la cola todavía afuera. Todo esto para decir que lo cercano está lejos, y que incluso si soy yo quien escribe, no toco nada, no robo, al contrario presto. El resto es Naturaleza. Para comenzar escribo lo que sigue:

Aquí donde estamos, el sol está en la vertical sobre la cabeza de T. (odo) t., al término de una línea recta que nos atraviesa y retiene la luna en el otro extremo. Estamos equidistantes de la Luna y el Sol, en el lecho de aire donde tallo, remo, me hundo, me deslizo, bajo el dictado de T. (odo) t., alrededor del árbol del desconocimiento. El árbol gira lentamente sobre él mismo; proyecta en esa revolución una música natural tan pesada que en ciertos puntos la calidad espiritual de esa pesadez afecta la regularidad de nuestros metabolismos. El hálito de Thote se acelera hasta el gemido. Esta música nos puede hacer sufrir, morir, explotar, volver. Parece a mí oído que es mi herencia inmediatamente transmitida a T. t. marcada con una voz que antaño habría llevado palabras, pero que ya no es sino un lecho vaciado, una garganta muerta y sin embargo vibrante. Soy alcanzada aquí por lo inconcebible, lo desconocido reconocido, el chirrido violento de esas fibras aserradas, cortadas, inmortales; escucho aquí que no hay música de las esferas sino el jaleo apresurado de

la demolición infinitamente recomenzada de la materia. El árbol pivotea, resuella, transpira, sufre o no sufre, quiero rodearlo con mis brazos.

Cuando la luna está en la vertical sobre la Cabeza de Tristán, la Cabeza prende la eternidad. Es así: primero crece un campo de bucles blancos; después crece un prado de bucles castaños. Los cabellos mismos atacan el tiempo. Bajo mis ojos T. (odo) t. se transforma, lo hace rápidamente, me dicta cada vez más rápido, un mechón negro cae sobre mi frente. Ojos tristes y tiernos se abren a lo largo de la línea que nos atraviesa y por ellos vemos todo a la vez. Estamos de pie ante el árbol de granadas, con la eternidad tensada alrededor de nosotros pero todavía no del todo desplegada, sin ningún muro, sin ningún suelo además del que nace al menor movimiento de nuestros pies. Pasan templos derribados cerca de nosotros, columnas elevadas, el vientre vacío, oleadas de escalera corren en el vacío, nadie pasa, reconozco el pilar de Jerónimo por su rigidez inútil y su cuello ceñido por una cuerda. El gemido del árbol se precipita. Me sobresalto: adivino que esta música natural que mordisqueaba las médulas dentro de mis huesos proviene del frotarse de la muerte al borde de la vida; si no lo reconocía, y mis médulas sí conocían esa música y gemían con su gemido, es porque es el sonido prenatal y el eco último: lucha, se desgasta. El árbol se asierra a sí mismo. Al término de ese aserrarse, habrá nacimiento o bien silencio. Me apoyo contra el pecho de T. t. que arrima mi corazón al suyo y presta al árbol que vacila su columna vertebral, después nos enraizamos sin dificultad. Aquí ahora. Hay juncos que arrastran un río en sangre. ¡Mi Moisés! ¿Qué hace ahí? En el momento en que grito, rompo la última pequeña fibra, un torrente de lágrimas saca afuera mis ojos. T. t. se aferra a una rama del árbol de granadas que se vacía y aplan. Él está lleno de sangre, ¿llegada de dónde? Nos creía sólidamente enraizados, pero el silencio universal es tan apremiante que cedemos, deslizados uno dentro del otro. Ese silencio va a durar. Derriba alrededor de

nosotros sus murallas de espadas rojas. Cuando hablamos dentro del agua no se nos escucha. Por otro lado, no tenemos nada que decir, un lecho vale otro, un tiempo vale un tiempo. Ningún arrepentimiento. ¿Mis ojos? Vuelven a mí los ojos de leche. Él vuelve a mí desde unos ojos de leche. —¿Acaso estamos en la infancia? —No, dice T. t. girando sus ojos de fuego hacia mi rostro, estamos en la vertical, sobre la infancia, y hemos volado. El lecho sobre el cual estamos es un navío plano ilimitado, un cielo dado vuelta, el manto azul desplegado.

Miramos la danza de la tierra en torno al sol. Decimos que es una danza, pero la danza no es sino el nombre de una tremenda amenaza. Lo que vemos es el duelo original: aquí el tiempo todavía no está cortado; no sabemos todavía quién engendrará a quién. Todo está por hacer. No sabemos todavía cuál impactará, cuál abrirá, cuál entrará, cuál alumbrará, cuál sepultará. Sabemos que esa representación es única. Un cordón de seda púrpura une la tierra con el sol y separa el sol de la tierra. La tierra está lejos de nosotros, tan lejos como el sol pero el ritmo de su danza entra en nuestros miembros a la velocidad y la suavidad de la luz. El ritmo se ubica en el modelo de la frase *Echate al suelo [terre-toi], el sol se abrirá*, dicha también en voz baja y tan precipitadamente como sea posible. La tierra se desplaza con la regularidad fascinante de un péndulo pero muy velozmente: y eso aunque esta masa roja que esperaríamos ver danzar pesadamente transporte de placer a nuestros nervios motores porque su cadencia oscilatoria es de más o menos trescientos sesenta o sesenta y cinco curvas completas por minuto, entonces cuatro veces más veloz que las pulsaciones de mi cuerpo. Semejante rapidez podría tener el efecto inverso, dar la ilusión de una extrema ligereza; pero nada pasa, afortunadamente: la tierra se mueve de derecha a izquierda a derecha inflexiblemente, sin que la regularidad sugiera algún mecanismo de relojería oculto. Al contrario, hay en este desplazamiento pesado y vivo una potencia animal, amenazante, prometedora: la salida del enfrentamiento es imprevisible. Una soberbia voluntad anima los flancos sin embargo fijos de la tierra.

Una relación numérica garantiza la comunicación de su movimiento a nuestras sangres. Muy pronto nuestros músculos resuenan ante el diapasón. Lo que vemos moverse tan lejos en un bamboleo místico es la espalda de la tierra: por cierto la tierra no tiene "espalda" pero es el movimiento que hizo el cuerpo, y ese desplazamiento sorprendente grava la masa.

Dejó de describir un círculo para recorrer solamente un espacio angosto con una maestría triunfante. El cordón púrpura vibra. De pronto, la tierra es inmensa. Escribo: es más grande. Él dice que ella no es más grande, ¡sino que parece serlo porque está más cerca! Y es verdad. Sin suspender su danza, la tierra baja, arrastrando al sol que el cordón púrpura hace vibrar. Aquí sentimos que la tierra quiere matar. Nos vemos invadidos por su anhelo: es ese deseo lo que pesa en sus flancos. Sentimos también hasta qué punto ella ama lo que quiere matar. Porque quiere matar: se balancea a toda velocidad para atraer al sol. Si finalmente el sol se arrojara sobre ella, se matarían entre sí. Vení dice la fuerza motriz, vení. El sol baja. ¡Qué bodas! ¡Cuán pura es la muerte, invisible, enteramente concentrada en la tensión del cordón cuyo púrpura mismo ella es! Todavía más, todavía más, todavía más. Qué importa si todo termina, si ya nada es escrito, y si el espíritu es repudiado. La danza basta. El combate. La música de la muerte. Y que dure trescientos sesenta siglos y trescientos sesenta y cinco siglos todavía y todavía nueve veces trescientos sesenta y cinco siglos. Si es necesario. Es necesario. Entonces sucederemos. Ahora el sol tiene sus enormes ojos tristes y tiernos que mi padre le dejó. La tierra nos tiene, nos apunta, nos atenaza. Uno de los dos lanza un grito: SALÍ de MI LIBRO. T. t. dice que es el grito del sol que dijo en verdad: ¡Salí de mi cama! Yo digo que es la tierra que gritó: ¡Salí de mi libro! Nuestros decires son el árbol y el fruto.

Salimos por arriba, sin forzar, en el mediodía y en vertical. Entre el pilar opaco y el pilar luminoso que conmemoran a los bailarines desaparecidos el cielo se extiende hasta lo eterno y sin ley.



En *El tercer cuerpo*, la poeta, novelista, crítica feminista y teórica Hélène Cixous entreteje un presente narrativo que rehúne anécdotas, autobiografías, lirismo, mitos, sueños, fantasías, reflexiones filosóficas, citas intertextuales y conversaciones con otros pensadores y pensadoras.

Cixous evoca la relación de la narradora y su amante, una relación de presencias y desapariciones, separaciones y reencuentros. Este vínculo asume formas columnares dentro de una compleja red de escritura, que crea, de la misma forma que un acorde se sostiene sobre dos o más notas, un “tercer cuerpo” a partir de los cuerpos entrelazados de la narradora y su amante.

Ha llegado el momento de preguntar: ¿cuáles son las relaciones entre mis lenguas? ¿Entre todos nuestros idiomas? Me cruzaste. Nuestras lenguas se cruzaron. Conocemos los terrores, las dudas, los agujeros negros y los agujeros blancos, las presencias eternas, los poderes primordiales, las primeras aguas y las últimas. En la encrucijada de nuestras lenguas nos ha llegado un tercer cuerpo, donde no hay ley.

H.C.



ISBN 978-987-790-058-3



9

789877

900583